

Mañana será otra vida

Ana Bover Viñals

Citas desastrosas con hombres imposibles, exmaridos que no salen del todo y un psicólogo empeñado en curarle su adicción al ideal romántico… Las divertidas hazañas diarias de una mujer que a los cincuenta sigue creyendo en que lo mejor está por vivir.

Nunca me hubiera imaginado que al llegar a los cincuenta no luciría collar de perlas ni bolso de Yves Saint Laurent ni traje chaqueta entallado *beige*, y mucho menos que el vértigo no me lo proporcionarían unos altísimos tacones, sino mi propia vida. Tampoco se me hubiera ocurrido jamás que acabaría hablando sobre mi soledad con psicólogos, perras, putas, taxistas o madres pianistas. Ni que por culpa de la maldita nostalgia acabaría numerando a los hombres —especialmente a los maridos— por orden de aparición.

Ana Bover Viñals

Mañana será otra vida

Título original: *Mañana será otra vida*
Ana Bover Viñals, 2025

Revisión: 1.0

 12/05/2025

A José Luis de la Cámara

Siempre me han gustado
las personas y los apellidos compuestos

La vida real está bien
para los que no pueden llegar a más.

WOODY ALLEN,
Día de lluvia en Nueva York

Diecisiete días después

Empecé el año con las uvas caídas por el suelo.

La incapacidad para comer algo, unas copas mal resueltas y que alguien me mostrara una imagen de mi recién exmarido número dos extasiado de felicidad consiguieron que yo también acabara de madrugada en el cemento.

Con la mirada desordenada de lágrimas, balbuceando que no quería vivir, supongo que parecía más una mala copia de cualquier canción de Sabina que la mujer fuerte que había decidido ser.

—Señora, ¿está usted bien?

Abrí un ojo y vi a un policía borroso que intentaba levantarme. ¿Qué estaba haciendo yo ahí sola? ¿Llevaría tanto tiempo en el suelo para que ya me llamaran señora? ¿Señoraaa? ¿Por qué lo único que me dolía en ese momento era eso? «¡Señora tú!», quise contestar mientras salía un triste y balbuceante «Sí, gracias» de un remoto lugar que debía de ser mi boca.

No sé cómo llegué a mi cama. Me temo que a trompicones, algo impropio de cualquier mujer a la que acaban de otorgar un título tan honorífico.

Al despertar no tenía resaca. Sin embargo, el puñal seguía clavado. Ese metal perseverante e insufrible que no se mueve de sitio. En ese lugar donde siempre has leído que vive el consabido aleteo de las mariposas cuando te enamoras. En ese punto preciso es donde a veces se siente el dolor más insoportable.

Y lo peor es que no sabes cuándo va a terminar.
Ni si lo hará.

Dieciocho días después

Dos semanas y tres días. Una condena de tics y tacs invencibles martillean mi sien.
No duermo. Tampoco despierto.

Diecinueve días después

Hace más de dos semanas que firmé el divorcio. No me acuerdo de los detalles, ni siquiera sé si escribí mi firma de siempre o cualquier otra cosa.
Ni si pronuncié alguna palabra.
Ni si era por la mañana.
Ni si llovía.
Solo me viene a la memoria el estruendo que se oyó al caer algo que debo de tener por dentro.

Veinte días después

He leído por ahí que la mayoría de las separaciones se producen después de las vacaciones (últimamente, leer estadísticas me ofrece consuelo). Se ve que la gente no se aguanta y cuando ya no les queda ninguna excusa potable para no estar juntos y el calendario los obliga a una determinada convivencia, todo salta por los aires. Pueden echar la culpa al cuñado, a la suegra o a la encantadora adolescente recién salida de un matrimonio anterior, pero la verdad

es que la magia se ha volatilizado.

Yo me separé antes de las vacaciones de verano y he firmado antes de Navidad.

Jamás he sido muy de hacer lo que hacen los demás.

Veintiún días después

Me estoy preguntando si empezar el año así significará acabarlo peor.

Mi hijo me mira de reojo y yo me pongo de perfil. Intento que no note mi pena entera.

Solo quedan dos días para que se vaya a hacer un máster a Nueva York. Me gustaría proponerle que nos larguemos juntos, pero todavía conservo un poco de cordura y callo. Callo y me pongo de perfil.

En realidad, me apetece que se vaya para poder desparramar sin pudor mi nauseabunda tristeza por toda la casa, inundarla hasta el último rincón. Cuando esto pase, ya me pondré a limpiar.

Me cuesta un mundo disimular. Inevitablemente, soy de esos extraños seres que siempre van de cara, sin darse cuenta del puñal que llevan clavado por detrás hasta que la sangre sale a borbotones. Solo entonces, cuando veo con mis propios ojos el estropicio, siento la herida y grito de dolor.

Lo mío es el después. El demasiado tarde. El encontrar la respuesta idónea al día siguiente, cuando estoy en la cama, en duermevela y sin otro testigo enfrente que mi mejor versión.

Ahora necesito desprenderme de mí, de todos mis lados y circunstancias. Salirme de madre y de ser madre. Me urge ser nadie.

Además, mi hijo siempre me ha recordado demasiado a su padre (marido número uno) y lo único que me faltaría ahora sería pensar que el segundo marido ha hecho bueno al primero y echarlo de menos a él también.

Exmarido número uno

Mi exmarido número uno (dios) no tiene tiempo.

Nunca.

«Voy de cráneo» es la expresión que le he oído decir más veces durante la enorme cantidad de años que hace que tengo el inmenso honor de conocerlo. Esa y «¡Por los clavos de Cristo!» cuando algo le lleva la contraria.

Para conseguir hablar con él (tenemos un hijo, oiga), me da cita telefónica con día, hora y tiempo máximo de duración. Es como el oráculo: «Dispondré de tres minutos, voy de cráneo», sentencia.

Inevitablemente, cuando por fin llega mi turno, empiezo a tartamudear.

—Deberíamos hablar de…, quería hablarte sobre… —Siento tanta tensión al otro lado del teléfono que se me eriza hasta la lengua.

—Te repites —me increpa cada vez que lo vuelvo a intentar.

Cuando consigo acabar mi frase, dios me responde displicente, utilizando un castellano antiguo que he ido aprendiendo con los años y algún que otro latinajo jurídico que, de tanto oírlos, ya sé lo que significan.

—¡Silencio! —me suelta cuando me atrevo a interrumpir.

Es lo que tiene ser dios.

Mi exmarido número uno es puro nervio. Hace tantos gestos en tan poco tiempo que cualquiera afirmaría que sufre un trastorno. Exageradamente delgado, atractivo, listo y creído, va por el mundo sin tener que pedir permiso ni opinión.

Debido al estatus que él solito ha conseguido, se permite ciertas excentricidades en su aspecto, que recuerda vagamente a Valle-Inclán. Sin embargo, cuando sale por la tele al lado de sus defendidos, utiliza siempre esa pose tan natural del que no quiere salir.

Ya.

Me enamoré de dios cuando era jovencita, convencida de que, si algo me quedaba bien aparte del color negro, era un intelectual. Me confundí y creí que un erudito podía ser feliz con las mismas cosas que nos hacen disfrutar al común de los mortales.

Y no.

Un hombre así es un eterno damnificado de la «felicidad» de los demás. «Por los clavos de Cristo, qué afables y cursis son los humanos», repite sin cesar.

De joven era el ser vivo menos reaccionario de la tierra. Se oponía por sistema a cualquier tradición o conservadurismo social. Y, por supuesto, era absolutamente contrario al matrimonio, por lo menos tal y como lo celebraban por aquel entonces nuestros semejantes. Pero, no sé si por amor o por alguna razón que todavía hoy se me escapa, me casé de blanco, por la iglesia, con el *Ave María* y unos suegros que lloraban.

Tuve un hijo, incorporé al cuadro un schnauzer mediano, piso en la zona alta y un Volvo familiar. Me separé al poco. El piso tenía demasiado pasillo, el hijo apuntaba a autosuficiente y el chucho se escapaba cada vez que podía, igual que su dueño (en realidad, el único que tenía verdadera vocación familiar era el Volvo).

En cuanto a mí, a pesar de que quedé huérfana de madre muy temprano, o tal vez por ello, los obstáculos no me convirtieron nunca en una mujer sumisa y paciente. Seguramente mi madre no aportó mucho a que fuera así cuando me leía *Bambi* por las noches y me ofrecía cualquier obra de Oscar Wilde el día después.

Salí cínica, pero demasiado sensible. Lo mejor para hacer feliz a un hombre, vamos. Y si es dios, ni te digo.

Supongo que la falta de ofrendas, sacrificios y mi incesante empeño en hacerlo bajar del monte Olimpo con mis abundantes críticas tampoco ayudaron a que mi casa fuera la de la pradera. Era muy difícil convivir con alguien que se jactaba de no haber pedido nunca perdón, como si eso fuera garantía más que suficiente para confirmar que no se había equivocado jamás. Tampoco sabía qué

contestar cuando le pedía que me reconociera un solo defecto de sí mismo: «No tengo tiempo para boberías».

Amén.

Ahora pienso que seguramente nos quisimos mucho, con rabia, con odio, con desesperación, pero siempre intentando doblegar uno la voluntad del otro. No calculamos costes. Tener toda la vida por delante nos hacía invencibles. Al final, nos perdimos un nosotros y ganamos un hijo único. En todos los sentidos.

Hoy, a medida que la memoria dispersa y confunde, he conseguido olvidar muchos de sus excesos y casi todas sus carencias, aunque sigo pensando que es un tuerto en el país de los ciegos. Sospecho que, cuando tienes tanto éxito como aduladores, terminas cerrando un ojo por pereza o aburrimiento y ya no lo vuelves a abrir.

Dos meses y dos días después

Mi exmarido número uno siempre decía que, a partir de los cincuenta, todo el mundo tiene la cara que se merece.

Me estudio minuciosamente en el espejo. Cada mañana compruebo si ya se me ha puesto esa cara de loca que sin duda merezco. Todavía no atisbo ningún signo de expresión facial que me delate.

Una de las muchísimas ventajas que tiene hacerse mayor es que nadie sabe muy bien si te has vuelto tarumba o solo te has quedado obsoleta. Quizá a estas alturas esté ya descatalogada y no importe nada.

¿Quién siembra vientos?

Si alguien me preguntaba en la adolescencia por lo que quería

ser de mayor, yo contestaba siempre, sin la más mínima duda, que sería una mujer divorciada. Una pintora divorciada, una escritora divorciada, una fotógrafa divorciada, una periodista divorciada, una bombero divorciada. La profesión iba según el día, pero lo que resultaba totalmente ineludible era mi paso firme por el divorcio.

Nací en unos años en los que separarse de tu otra mitad todavía era ilegal y supongo que sentir el hastío de unos padres que se aguantaban porque no les quedaba otro remedio hizo que floreciera en mí ese rotundo deseo. La ley del divorcio se aprobó cuando yo tenía quince años y hacía ya tiempo que tenía clarísimo mi destino. Todas las demás libertades que las mujeres fueron conquistando en esa época tampoco significaron ninguna alteración en mi vida, pues tuve una madre que se encargó, mucho antes de que nadie lo concediera en ningún derecho, de que yo fuera un ser profundamente independiente de cualquier otro ser.

Quienes la conocieron me dicen que la recuerdan como una mujer adelantada a su época. Nació en el seno de una familia desganada en una ciudad que, por aquel entonces, era tan provinciana, inerte y gris que el único desafío a la rutina, aparte de algún cotilleo local, consistía en cruzar el río oscuro y saturado de colosales peces repulsivos que dividía la calle principal en dos.

Mi madre salió corriendo hacia la capital en cuanto descubrió en sí misma la sensibilidad y el talento suficientes como para ponerse a estudiar piano en el Conservatorio del Liceo. En las fotos de esa época se la ve atractiva, delgada, ni muy alta ni muy baja, vestida y peinada a la moda, con una sonrisa dulce. Solo desbaratan esa apacible armonía unos ojos expresivos que miran a la cámara desafiantes, como queriendo decir: «No sabéis lo que os espera». Aparte de obtener el premio extraordinario de fin de carrera y una beca de dos años en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, obtuvo también la licenciatura de Derecho en una facultad sin apenas mujeres. La principal razón de su perseverancia y su dedicación desmesurada al estudio de todo lo que se le pusiera por delante no eran las ganas de abogar por la justicia, como

seguramente les sucedería a las demás, sino el espanto de tener que regresar algún día al lugar de donde había salido. Cualquier esfuerzo valía la pena con tal de no tener que volver.

En la capital conoció el amor. Se entregó a él con el mismo tesón con el que había aprendido a hacerlo todo. Y todo salió mal. Los padres del novio no estuvieron de acuerdo con esa relación y, sin necesidad de que el hijo se llamara Romeo, convirtieron a mi madre en toda una Julieta que lloró ese amor hasta su muerte.

Mi madre volvió a su ciudad natal porque se le habían quitado las ganas de hacer cualquier otra cosa. Y le dijo que sí a mi padre, cuando se enamoró de ella al oírla tocar el piano en el Teatro Municipal, por la misma razón. Mi padre era lo más opuesto al hombre que le había robado el corazón. Era inculto, fanfarrón y muy guapo. En fin.

Yo nací diez años después, cuando absolutamente nadie me esperaba; y, si la memoria no me falla, la hice muy feliz. Recuerdo, entre otras mil cosas, las noches en que se sentaba en mi cama y se inventaba un cuento. Justo a la mitad se interrumpía para que lo terminara yo. Daría todas las palabras, todas las historias, todos los cuentos que me quedan por contar por poder abrazarla y escucharla de nuevo.

Cuando enfermó, yo tenía diecinueve años y durante semanas estuve lamiendo las cucharitas con las que removía el té por si se me contagiaba su tumor y podía marcharme con ella. Intuía que sin esa madre yo ya tendría el partido perdido antes de empezar. No me equivoqué. Su vida acabó a mis veintidós. Desde entonces echo de menos sus manos, sus caricias, sus abrazos vencidos.

Me lo enseñó absolutamente todo haciendo especial hincapié en que no me llegara a parecer nunca en nada a ella. (Le salió bien: no le llego ni a la suela de los zapatos).

Aunque, al final, esa obsesión resultó bastante inútil, porque, aparte de no dejarme aprender a tocar el piano, de prohibirme estudiar Derecho y de obligarme a pensar antes de actuar, está el maldito ADN, por el que acabé heredando sin remedio el intenso

verde grisáceo de su mirada, la atracción por la nostalgia y su mal ojo con los hombres.

Unos tres meses después

No estás en mi corazón.
Sobrevives en mi estómago.
Ahí donde todo duele más.
Si por lo menos fuera en el corazón, yo ya habría muerto.
No. Es más adentro.
Ahí donde la herida te dobla en dos.
Sin tregua.
Sin corredores humanitarios ni alto el fuego.
Ahí de donde quieres salir y todavía no sabes cómo.
Andas encorvada.
Lenta.
Pero vuelves.

Unos tres meses y un día después

«Cuando hayas pasado esta fase de duelo, desaparecerá de golpe tu tristeza, ya verás. Y entonces, cuando menos te lo esperes, aparecerá el hombre que te merezca. Normalmente, un duelo dura unos dos años, pero con tu experiencia y un poco de suerte puede que sea un poquito menos».

Este es el mantra que escucho cada día por parte de mis bienintencionadas amigas.

El problema es que yo soy rebelde (porque el mundo me ha hecho así) y suelo hacer todo lo contrario de lo que se me aconseja.

—*Amb aquest caràcter no et casaràs mai* —repetía mi abuela. Y nada, que no paré de casarme para llevar la contraria. En fin.

Cada día que pasa son más insistentes en que ya no puedes seguir estando triste, en que tienes que reaccionar, sonreír, arreglarte, ponerte guapa para volver a ligar, ir al gimnasio para subir el culo; y te aconsejan, ya que estamos, un poquito de bótox en ese ceño que te está saliendo, para que la cara te quede sin huellas, como si la vida no te hubiera dado nunca ninguna hostia.

Además de estilistas, psicólogas y manuales vivientes de autoayuda, mis amigas se están convirtiendo en verdaderas analistas de mercado: que si hay un viudo supersénior de buen ver y gran masía en el Baix Empordà; que si hay otro divorciado un poco díscolo, pero que está muy bueno y ya cambiará; que una amiga de otra amiga conoce a uno del que se dice que es muy buena persona y busca relación estable (en este punto es cuando ya he salido corriendo).

—Total, se trata de que dejes de estar sola —repiten y repiten.

¡Dios! ¿Cómo puedo hacerles entender que mi corazón no está de oferta, ni siquiera en promoción? Que no ofrezco ningún descuento y mis Black Friday los paso en casa viendo pelis, deseando que llegue el lunes, mi nuevo día favorito de la semana, rogando que el espejo, un domingo soleado o el silencio de mi teléfono dejen de recordarme que estoy jodida y sola.

Intento gritar que me tengo, que no lo estoy, pero no me sale la voz.

Y, entonces, llega lo peor.

Es cuando te rindes y accedes a tu primera cita a ciegas.

Al día siguiente de mi cita a ciegas número uno

Cuando mi cita a ciegas número uno me vino a buscar ayer a casa, me sorprendió la atractiva sonrisa con la que me recibió, el flamante deportivo rojo en el que llegó y que en ningún momento se bajara de él.

«Empezamos mal», pensé intentando adivinar qué sería lo que ocultaba aquel tipo para tener que conducir semejante modelo y color. Camino al restaurante, demostró tener una conversación fluida y divertida mientras yo miraba por la ventana, muerta de vergüenza por la situación. ¿Qué pensará este sujeto de mí? ¿Creerá que estoy desesperada? ¿Supondrá que me impresiona su coche? ¿Qué me quiero casar?

Cuando llegamos al *parking* mis dudas quedaron brutalmente noqueadas y tuve que pellizcarme para no cambiar mi expresión.

Al bajar del bólido, mi cita se convirtió en un enanito que me llegaba a las tetas.

Yo, calzada con los tacones más sexis que encontré, tuve que recordar mis adolescentes estudios de *ballet* para hacer un *grand plié* con la elegancia suficiente para darle dos besos sin perder el equilibrio.

Intenté tragar saliva y animarme pensando que el físico no lo era todo en esta vida y mucho menos para una mujer como yo, que, a mi edad, y como se me repetía sin cesar, ya empezaba a cumplir todas las reglas de la invisibilidad.

Durante la velada, él no paró de hablar de sus coches, barco y propiedades inmobiliarias mientras movía incesantemente las manitas y los piececitos, que no acababan de encontrar el suelo.

Yo asentía desganada con la mano aguantando mi cabeza, preguntándome si se compraría la ropa y los zapatos en la sección infantil de El Corte Inglés o tendría un sastrecillo, también bajito, para tomarle medidas.

Al tiempo que yo iba muriendo, él se fue poniendo maleducado y, no sé si por querer captar mi atención de golpe, se tiró a la yugular.

—En realidad, ahora lo único que quiero es una mujer que no venga conmigo por interés. Entiendo que mi estatus es muy atractivo, pero quiero que quede claro desde el principio que todo mi dinero es para mis hijos y que la chica que esté conmigo ha de tener su propia fuente de ingresos. Y por supuesto, otro requisito es que sea de derechas y, si puede ser, que lo sea mucho —explicó.

—…

—Disculpa que sea tan directo, pero ¿es tu caso? Con la edad que tenemos, guapa, es mejor no perder el tiempo, ¿no? —preguntó.

—¿No prefieres ser más correcto y preguntarme por mi película o mi canción preferida? —contesté sin vomitar todavía.

—No entiendo.

—Vamos a ver. Por ejemplo, has venido a buscarme y has visto dónde vivo. ¿Cómo crees que he podido comprarme un piso en esa zona?

—Bueno, he supuesto que te lo ha dejado tu exmarido, la verdad. Me he enterado de quién es. —Sonrió con seguridad.

—Bueno, yo también he supuesto que la tenías pequeña cuando he visto el tamaño de tu coche y no tiene por qué ser cierto. —Me detuve un instante y lo miré—. ¿La tienes…?

—¡Cállate, guarra! —Se levantó de golpe.

Solté una carcajada.

—¡Píllate un taxi, guarra, más que guarra!

No podía parar de reír.

—¿No tendrías suelto? ¡Es que cuando salgo a cenar con un señor como tú nunca cojo dinero!

Cuando, por fin, pude recomponerme de las carcajadas, vi que el ser diminuto había desaparecido.

Sin mucho esfuerzo, claro.

Cuatro meses y tres días después

Me inunda la desgana.

Completamente inundada.

Como si fuera una catástrofe natural y no entrara en mi seguro.

Cuatro meses y cinco días después. Un martes diferente

Hoy me ha escrito mi exmarido número dos.

(Me has escrito, me has escrito, me has escrito, me has escrito).

«Hola, ¿cómo estás? No sé muy bien qué decir. No sé si empezar por pedirte perdón o por confesar que te echo de menos».

El corazón latiendo en mis oídos me ha impedido escuchar nada ni a nadie en todo el día. El pensamiento incendiado por ideas desbocadas me ha imposibilitado decir ni una sola palabra. Creo que se me ha hinchado la vena de la sien.

No le he respondido.

Miércoles

«No sé muy bien si quieres que insista, pero me gustaría poder explicarte cómo me siento. Puede que sea demasiado tarde, pero me he dado cuenta de que en realidad solo quiero compartir mi vida contigo. Déjame demostrarte todo lo que te quiero y admiro. Quedemos».

No respondo. Simplemente no puedo.

En mi interior suena una especie de marcha triunfal que me ensordece. Trompetas, bombos y platillos retumban como a destiempo y me provocan una auténtica desazón.

Estoy muy triste.

Un viernes perturbado

Hace dos días que ya no me dice nada.

El desasosiego ha dado paso a la ansiedad y esta a la necesidad urgente de actuar. He releído sus mensajes no sé cuántas veces seguidas y al final he quedado para hablar con mi mejor amiga número dos. La más tolerante, o, quizá en este asunto, la única que lo es.

—¿Qué hago? —pregunto sin atender a ninguna respuesta.

(En realidad, ya sé lo que voy a hacer).

—Hagas lo que hagas, estaré a tu lado. Pero creo sinceramente que deberías pensar en todo lo que has sufrido y el gran camino que ya llevas andado recuperándote —responde con gesto apesadumbrado.

—Lo sé, lo sé.

—Le has dado todo y no ha parado de mentirte. Has intentado por todos los medios que solucionara su problema, pese a que no era tu obligación. Y, ahora que parece haberlo conseguido, mira cómo te lo ha agradecido. No te lo mereces, de verdad —añade.

—Ya, ya —asiento con la cabeza—. Voy a llamarlo y a quedar con él —susurro sin alzar la vista del suelo.

Viernes por la noche

—No sé muy bien qué pretendes ahora con estos mensajes que me mandas —le suelto con mi típica voz de mala leche en el mismo momento en que noto su respiración en el auricular.

—¡Ah! ¡Hola! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

(No respondo, intento disimular de esta forma tan ridícula que la que lo he llamado he sido yo).

—Bueno, eh… En realidad, no quiero interrumpir tu vida ni…, mmm…, lo que estés haciendo. Solo quería que supieras que aquí estoy —explica dubitativo.

—¿Estás dónde? —Sigo en mi tono irritado.

—Pues aquí, no sé. —Él sigue en el suyo y no añade nada durante lo que me parecen muchos minutos.

—Pero ¿no querías quedar? —Ahora soy yo la del tono vacilante.

—¡Claro! ¡Quedemos! Pero hasta la próxima semana no podré —me contesta ya sin disimulada confianza.

—De acuerdo, pues ya me llamas cuando te vaya bien —digo en voz muy bajita antes de colgar y de que la perspectiva de otro desolado fin de semana derribe todas mis fuerzas.

¿En qué momento cambiamos algunos tan rápidamente del lado vencedor al vencido?

Definitivamente, en una guerra, yo sería de las que tendrían que tirarse al suelo y hacerse las muertas para salir con vida.

Mi exmarido número dos

Mi exmarido número dos no es un tipo seguro. Para disimularlo, se apoya fundamentalmente en tres pilares: un apellido de rancio abolengo, sus maravillosos ojos verdes y un costoso máster en Stanford que, de tanto mentarlo, ya está más que amortizado.

Sin embargo, yo no me fijé en nada de eso cuando lo conocí. Al poco de haber empezado a hablar con él, sentí que por fin había encontrado algo que hasta entonces ni sabía que estaba buscando.

Me enamoré enseguida de su sonrisa blanca y picara, de sus manos fuertes, de sus ganas de jugar conmigo sin ningún miedo. Era paternal, cariñoso, granuja y farolero. Todo esto, unido a un contundente atractivo físico, hizo de mí la más cándida y dichosa de las mujeres (mayores de cuarenta, claro).

«Ven aquí, mi niña», decía; y yo iba hacia él dando saltitos. «Dame un beso, preciosa»; y le daba diez. «Vamos de paseo a contarnos mentiras». Me hacía reír, no podía parar de reír.

«Me parece que vamos a pasar una temporadita juntos», me susurró un día al oído. «A ver si no se va a convertir en toda una

vida», deseé yo mientras volaba con mi escoba.

Al cabo de un par de meses me propuso ir de Barcelona a Formentor en su viejo velero. Ni se me ocurrió pensar que jamás había subido a ninguna embarcación ni mucho menos navegado durante toda una noche, pero me habría lanzado en vuelo libre si me lo hubiera pedido y acepté entusiasmada.

Esperamos a que la luna estuviera llena y la mar llana para tener una travesía tranquila. Me explicó cinco minutos antes de hacernos a la mar, entre besos y risas, todo lo que necesitaba saber sobre el viaje. Yo escuchaba feliz (es decir, no escuchaba ni una palabra). ¿Podía existir algo más romántico?

Zarpamos bajo la luz plateada y mi luminosa emoción. A medida que transcurría el tiempo, se oía de fondo el murmullo de las suaves olas meciendo el velero al pasar, mientras no paramos de contarnos cosas hasta que se me fueron cerraron los ojos.

—Vete al camarote, duerme unas horas y cuando yo no pueda más me sustituyes, mi niña bonita —dijo sonriente cuando la humedad ya me estaba calando los huesos.

Justo en el momento en que estaba soñando que mi madre me balanceaba en un viejo columpio, me despertó con suavidad y me pidió que me quedara sola en popa vigilando.

—No te preocupes, el piloto automático lo hace todo. Me despiertas si pasa algo raro y, si no, déjame dormir tres horitas.

Estaba tan eufórica ahí, en plena naturaleza, la luna como único testigo, completamente libre y protegiendo el sueño de mi amado que casi me da un infarto cuando oí una sirena descomunal acompañada de una luz cegadora y feroz que venía directa hacia mí. Me quedé petrificada, sin hacer nada, mientras veía al ferri de Balearia pasar tan cerca que podía distinguir el perfil de los pasajeros. «¡Dios, esto no me puede estar pasando!». No se me ocurrió otra cosa que ponerme a saludar con la mano como si fuera la mismísima reina madre de Inglaterra mirando confusamente a sus súbditos después de atizarse un *gin*-tonic.

Después de un buen rato, cuando parecía que mi corazón había

recobrado su ritmo, contemplé como en el horizonte empezaba a salir el sol. Iba a sacar el móvil para hacer una foto cuando vi unas nubes con una especie de manga con forma de torbellino que llegaban al mar. «Pero ¿eso qué es? ¿Hay tornados en Mallorca?», pensé mientras el corazón volvía a galopar. Acojonada, estuve a punto de ir corriendo a despertar con un alarido de pánico a mi novio número no sé cuántos y obligarlo a que me depositara en cualquier trozo de tierra que significara firme. Pero algo dentro de mí me hizo desistir. En aquella relación había decidido ser perfecta y ninguna fuerza de la naturaleza podría doblegar mi propósito. Este hombre me interesaba de veras y quería mostrarme como la mujer ideal, como un dulcísimo ángel caído del cielo, como el firme reposo del guerrero o del mismísimo Neptuno, lo mismo da.

Supongo que a todos nos sucede que, cuando encontramos a alguien que nos atrae tanto, decidimos adornarlo con todas las cualidades que en el fondo deseamos. Y, si nos empecinamos, aunque al sujeto no le peguen nada dichos atributos, utilizamos un tubo de Loctite para no confesar que otra vez nos hemos equivocado. Oooh, me encanta este hombre. ¡Tiene todo lo que siempre he querido! Pobre tipo, no sabe lo que le espera.

El sol apareció y las trombas marinas desaparecieron.

—Vaya, el viento ha rolado y va a hacer un diarrón. ¿Cómo ha ido, preciosa? —preguntó desperezándose y mostrándome su irresistible sonrisa.

—Todo perfecto, mi amor.

Jueves. Todo llega

Hemos quedado esta noche.

No me ha escrito en toda la semana ni yo a él. Me ha llamado para decirme que hoy estaba libre. Yo le he respondido en un tono despreocupado y falso que me iba bien.

Inexorablemente, sigo en el bando de los vencidos.

Estos últimos días he estado calculando todas las probabilidades del encuentro, siempre bajo un denominador común: él quiere pedirme perdón y volver conmigo.

Voy pensando mi respuesta mientras se agolpan los buenos recuerdos. Mi corazón se queja, mi estómago aúlla, pero todo queda en silencio cuando aparece en escena la melancolía.

Influenciada por mi educación, me haré la dura, claro. A los hombres no les gusta que se lo pongamos fácil. Por supuesto, le dejaré hablar. Estaré seria, dolida, pero no lloraré. Ya se sabe que los lloros los espantan. Tampoco enfadada; tal vez un poco alicaída, pero sutilmente, como quien no quiere la cosa; algo dubitativa, pero que está dispuesta a dejarse convencer.

¿Las jóvenes de ahora llevarán el mismo microchip implantado en el cerebro?

Respecto a lo más importante de todo, y para dejar sin armas al contrario, me he puesto los tejanos que me hacen mejor culo y que él no conoce, camisa de seda con un buen escote y un poco transparente (todavía sigo con el dilema de con o sin sujetador), tacones que no me pongo desde hace diez años, pelo despeinado en la pelu, hidratación facial efecto *flash* y una depilación a tope por si la reconciliación es de las de desenfreno.

Por fin es jueves por la noche

—Hola, ¿cómo estás? —me dice al abrirle la puerta mientras me da dos besos.

No ha traído flores. (Cuando te acostumbras a que te regalen flores es que ya estás medio muerta; pero cuando nadie te trae ninguna, quizá has fallecido del todo y aún no ha llegado tu entierro).

—Bien. Pasa. Bueno, he preparado una ensalada de higos y

jamón para cenar en el terrado, ¿te parece bien?

Me enamoré de mi apartamento por su terrado. Es un rincón maravilloso, decorado cuando la felicidad alimentaba mi vena creativa en todo lo que me rodeaba, repleto de plantas exuberantes cuyo esplendor actual es debido al riego automático y a un jardinero afable.

No había subido desde el divorcio. Ahora me molestan la belleza y sus recuerdos.

He puesto un mantel de lino verde musgo, cubiertos de plata y porcelana vieja de distintas colecciones. En un rincón de la larga mesa, muchas velas usadas de diferentes tamaños dan una luz íntima y cálida. Y entre cada árbol frutal, una guirnalda de bombillas.

Yo subo la bandeja con la ensalada, y él, la cubitera con un Cloudy Bay, el sauvignon blanco que siempre pedíamos cuando celebrábamos cualquier cosa. Lo he comprado en el último minuto por si inusitadamente él aparecía sin nada. Mujer previsora vale… Bueno, no vale nada: da una pena que te mueres. Cuando nos sentamos y contemplo el marco que yo sólita he creado, me doy cuenta de que solo falta un detallito: un gran neón justo detrás de mí que ponga: «¡SÍ! ¡POR SUPUESTO QUE VUELVO CONTIGO!». ¡Dios, me he vuelto gilipollas y hasta ahora no me había dado cuenta!

Durante la cena él come con apetito mientras me habla de su trabajo, de sus objetivos, de lo bien que le está yendo en su nueva vida. Yo no sé qué decir. Deseo con todas mis fuerzas que el efecto *flash* de mi cara no se haya desvanecido y logre disimular mi estupor.

¿Cuándo piensa decirme que no puede vivir sin mí?

—Bueno, deberíamos hablar, ¿no? —me dice con una mueca extraña cuando se termina el postre.

—Claro —contesto con mi sonrisa *flash*.

—He estado pensando mucho, muchísimo, y me he dado cuenta de una cosa: que no quiero herirte más. Si volviera contigo, te haría daño otra vez y…

Me levanto de sopetón como si algo me hubiera pinchado el culo

y, sin decir nada y como una posesa, me pongo a apagar las velas con soplidos exagerados, histéricos, espasmódicos.

—Oye, para, hablemos —me dice nervioso agarrándome el brazo.

Y yo fuu, fuu, fuu, soplando a la vez que intento que me suelte. Cuando termino con ellas, empiezo a desenchufar las guirnaldas a ritmo desenfrenado, recojo los restos de la cena y por el camino a la cocina se me van cayendo las cosas.

—Espera, hablemos, no te enfades tanto —me ruega mientras recoge lo que yo voy dejando por el suelo—. Simplemente he sentido que no iba a funcionar…

Me paro en seco, cojo aire, me doy la vuelta y lo miro.

—¿Todavía estás aquí? ¡Lárgate y no vuelvas nunca más!

Y se largó.

(Y me importa un huevo si a su barco lo llamó Libertad. Lo siento, Perales, pero vaya estupidez de canción).

De madrugada

¿Que quien bien te quiere te hará llorar? ¿En serio?

Esta frase la inventó algún imbécil para no tener que pedir perdón y seguir jodiendo la vida a los demás.

El fin de semana después

—Tienes que levantarte.

Mi mejor amiga número uno, la más práctica o la única entre todas nosotras que lo es, no para de decirme esto mientras me mira sin ninguna condescendencia desde los pies de mi cama.

—Tienes que levantarte, va —repite.

Intento responderle que no quiero, pero entre las lágrimas y los mocos me sale un sonido tan extraño que nos da por soltar una

carcajada a las dos.

—Dúchate y nos vamos adonde tú quieras —me dice mientras me incorporo.

Me impresiona que mi amiga, tan activa que nunca tiene ni un minuto en el que no esté ocupada, me dedique su tiempo; y eso me hace llorar todavía más.

—Y, ahora, ¿qué pasa? —pregunta.

—Que me sabe mal no ser lesbiana —le suelto.

—Pero ¡si yo no lo soy!

—Ya, ya. También me sabe mal eso, sí.

Y vuelvo a llorar.

—A ver, ¿adónde quieres que vayamos? ¿Quieres ir a Montjuïc? —me pregunta mientras entro en su coche.

La miro intensamente.

—Pero ¿tú quieres que me corte las venas? ¿Hay algún sitio en Barcelona más deprimente que Montjuïc? —digo con voz ronca.

—Lo decía para que vieras el mar —me responde.

—Yo solo vería un cementerio, prisiones, ejecutados… ¿No te has enterado todavía de que estoy depresiva? —gimoteo.

—No, qué va, con esa cara pensaba que estabas feliz de la hostia.

—A ver, que te conozco. Tú, en realidad, ¿adónde tenías que ir esta tarde? —La interrogo esbozando media sonrisa.

—A Ikea —me contesta bajito.

—Pues vámonos a Ikea, a ver si me redecoro de una puñetera vez.

Otra madrugada

«A enemigo que huye, puente de plata», te recuerdan. Pero lo que quieres de verdad es dinamitar el puente, que no se vaya, que duerma a tu lado una vez más.

Cinco meses y tres días después: no hay que perder nunca el sur

Acabo de llegar a casa exhausta después de mis andanzas por el sur. Exhausta y pletórica.

—Nos vamos a la feria de Jerez —me dijo hace unos días mi mejor amiga número seis.

—¡Pero si yo no sé bailar! —me quejé.

—Pues mira tú por dónde, ahora vas a aprender. Cuando embarcamos en el avión, me cogí con toda la intención del brazo del marido de una de mis amigas para desmentir, sin necesidad de hacerme con la megafonía de la nave, que el número impar de ese grupo tan simpático y de buen ver no era yo.

Nos sentamos todos desparejados y, sin parar de reír, nos pedimos vinito y cacahuetes.

«¡Por Jerez! ¡Oleee! ¡Por nosotros!». «Ole», me dije a mí misma brindando al cielo que veía desde la ventanilla.

Llegamos al hotel y, supongo que para que no olvidara en ningún momento mi estado civil, me habían reservado una habitación *single*. Aquí y delante del tipo de recepción ya no me atreví a abrazarme a ninguno de los maridos, so pena de que me cayera una buena hostia: la paciencia tiene un límite y entre mujeres es una línea finísima.

Cuando entré en mi habitación individual con vistas a nada, se borró mi mal humor al ver colgado en la puerta del armario el precioso vestido de faralaes encargado con mis medidas quince días antes.

Mi mejor amiga número seis, mitad andaluza y mitad hada madrina, vino a ayudar a enfundarme el magnífico traje. Escote diseñado para realzar con elegancia mi voluminoso pecho, grandes lunares negros sobre un estiloso verde oscuro y algunos volantes estratégicamente colocados en piernas y muñecas.

Cuando me observé en el espejo, no me lo podía creer: «¿De quién es este tipazo?».

No hay mal que por bien no venga y, con lo delgada que me estaba quedando por tanto disgusto junto, mi aspecto era sensacional. No me había visto aquella figura tan delineada desde un día en que me puse un traje de neopreno para participar en una «marnatón» en Begur, en la que logré nadar unos cien metros antes de que un tipo en kayak me sacara del agua.

Mi hada me recogió el pelo en un precioso moño adornado por claveles rojos, dos criollas y la sonrisa del mismo color.

—¡Ea! Mi niña ya está.

Bajamos entre risas y tropezones hasta un coche de caballos aparcado en la entrada y, no sé cómo, me vi sentada encima y convertida en una Cenicienta rodeada de hadas, ratones y lunares.

Bajé del coche con cierta dignidad, obligada por la estrechez de mi vestido, y pisé el albero por primera vez. Fuimos a picar alguna cosa hasta que llegara el momento del alumbrado. Tomé jamón, pescaíto y rebujito apretujada y feliz, entre olor a fritanga y colores ruidosos. Cuando se encendieron los miles de lucecitas y farolillos del recinto, sentí que allí mi tristeza no tenía lugar. Que no cabía. Que había perdido su *sitio. «Quien* fue a Sevilla perdió su silla». ¡Y quien se fue a Jerez igual! ¿No? Pues eso.

Hasta que no entramos en la tercera caseta no me animé a bailar. Lo hice intentando poner el ceño de Lola Flores y la gracia de María Jiménez; disimulando las piernas entre los volantes, me dejaba llevar en cada vuelta por la infinita alegría que te da la manzanilla con Seven Up. El rebujito no hace decir tonterías ni dar el codazo a nadie porque, simplemente, baila dentro de ti. Y yo levitaba por bulerías.

Y así, flotando, fue cuando lo vi.

Entre faralaes y taconeos, entre guitarras y palmas, entre miles de voces ensordecedoras, oí fuerte el latido de mi corazón cuando se me apareció de repente su sonrisa en su mirada azul.

Guapo a rabiar, desbordaba raza por todas partes. Alto, esbelto,

piel canela y, cómo no, pelo negro repeinado por detrás de las orejas, donde se arremolinaban unos bucles que apuntaban picardía y jugueteo. Vestido con impecable camisa blanca, resaltaba más, si cabe, suporte, su belleza, su poderío. Y sus ojos. ¡Ay, sus ojos! Azul altamar.

—Niña, ¿me ves? —me preguntó sin acercarse—. Pues esto es todo lo que hay —añadió señalándose a sí mismo y sacándose el forro de los bolsillos del pantalón—. No me queda más na.

Y, como si hubiera pronunciado «abracadabra» a mi alma entera, me acerqué despacio.

—Pues invito yo a lo que tú quieras —le susurré al oído.

—Niña, que me pongo malo —me guiñó en azul.

Pedimos una jarra de rebujito. Riéndonos con las miradas, fuimos intercambiando pocas palabras con largos abrazos. En cada uno de ellos me estrechaba más fuerte y con tanta gracia que conseguía que mis pies casi siempre perdieran el suelo. Parecía una niña pequeña a la que levantan para que disfrute. ¡Cuánto tiempo hacía que no me sentía así!

De repente, me di cuenta de que varias niñas de verdad y con peineta revoloteaban a nuestro alrededor y nos miraban: a él con deseo y a mí con reprobación.

—¿Qué edad tienes? —le pregunté.

—Treinta y ocho años.

(¡La Virgen de la Macarena!).

Supongo que debido a que era todo un señorito, él no me preguntó lo mismo. Seguimos a lo nuestro como si tal cosa o como si yo tuviera quince años menos, lo mismo da.

De los abrazos pasamos a los besos en el cuello, en el pelo, en la nariz.

—Niño, me haces cosquillas —sonreía yo.

—¡Ay, mi niña preciosa! —Sonreía él.

Y en esas llegó mi hada con la carroza a sus espaldas.

—Nos vamos, venga —me dijo.

(¿Ya son las doce?).

—Ni de coña —contesté.

—Pero ¿qué haces? —me cuestionó mientras yo ponía ojos de Cenicienta buena—. ¿Te quieres quedar con este? ¡Si no lo conoces de nada! —me reprendió más madrina que hada.

—¡Oye, que este está aquí! —protestó mi príncipe andaluz—. Mira, niña, te doy mi palabra de jerezano que a tu amiga no le pasará na.

—¿Puedes enseñarme tu carné de identidad? —preguntó ella en tono ya más de madrastra.

Lo sacó de un bolsillo del pantalón y se lo dio. Mi amiga le hizo una foto.

—Como ella no esté sana y salva desayunando en el hotel por la mañana, voy a la policía.

Me sentí Cenicienta adolescente.

—Y tú, guapa, que sepas que me parece bien que te diviertas, pero creo que nunca has hecho una animalada tan grande —me soltó haciéndose la seria, pero con la risa asomando por las comisuras.

Mi príncipe me pidió un baile y yo se lo di.

Bailamos, cantamos, bebimos y me llevó a las mejores casetas de Jerez. Me reí como nunca, repartiendo abrazos y mi teléfono a todos los mejores amigos que me iba presentando.

Dos horas después de medianoche tocó buscar un taxi que me llevara de regreso. Subió a la calabaza conmigo y nos empezamos a besar en el asiento de atrás.

Seguíamos besándonos cuando llegamos a la puerta del hotel y me empujó con tanta fuerza contra una de las paredes de cristal que temí perder todos los faralaes de golpe. Muriéndonos de risa, deseé sin abrir los ojos que el mismo recepcionista de la mañana hubiera cubierto dos turnos y nos estuviera mirando: «¿Qué? ¿A que ya no te doy pena, chaval?».

Pero, como siempre en la vida, hay un momento en que te has de quitar tu disfraz y saber que hasta ahí puedes llegar. Creo que a eso se le llama algo así como sentido común; y a veces, y sin

desearlo mucho, aparece.

—Tengo que subir a dormir un poco. Mañana tenemos visita a una bodega con mi grupo de amigos —le dije en tono de disculpa.

Él me miró y, como aquella noche era un principie de esos que no tienen miedos ni complejos, comprendió y asintió sonriendo.

Nos despedimos así. De felicidad. Él, trotando alegre, mandando besos a ese aire de jazmín que nos iba alejando cada vez más; y yo, quieta, saboreando como nunca ese instante de soledad, contemplando mis dos zapatos de cristal perfectamente relucientes.

Así deberían acabar todos mis cuentos.

¿Otra vez es viernes?

La euforia del sur se ha ido esfumando cada noche y en cada despertar. Han entrado por orden la rutina y la desgana y me han vuelto a encontrar.

Ahí están todas mis caras.

Las miro en el espejo y están rodeadas: quiroprácticos, especialistas en *reiki*, acupuntores, masajistas, lectoras del tarot, un par de *coaches* que salen en Instagram, teorías de la atracción, libros de psicología y palabras de Dios.

Toda una avalancha de voces que te hacen dar bandazos mientras intentas reinventarte.

O requererte.

Al final, voy a ponerme en la cola del registro de marcas y patentes, no sea que, mientras pienso en quién me reinvento, venga un alma cándida, se reinvente en mí y yo me quede sin mi propio personaje.

Sentimientos inquietos

A veces me siento la única culpable de mis divorcios.

Escucho a mis amigas casadas (de hecho y de rehecho) y me doy cuenta de que nunca he experimentado lo que ellas sienten. Hablan siempre de lo que se supone que es la evolución natural de una relación que se mantiene a través del tiempo: la pasión ha desaparecido y ha dado paso, en el mejor de los casos, a una buena y tranquila amistad. (Puede que esa calma chicha sea la causa de la imperturbable media sonrisa con la que escuchan mis abundantes episodios de vehemencia sin freno). Argumentan, citando estudios científicos de no sé qué universidad, que el enamoramiento, tan lejano el pobre, dura en las mujeres un máximo de tres años y solo seis meses en los hombres. Añaden que sería imposible vivir estando enamorados como al principio y que, si algo tan terrible como esto nos sucediera, acabaríamos completamente desquiciados.

Y digo yo: ¿por qué los cuerdos se casarán para toda la vida si ya saben todo eso?

En fin.

Creo que la principal razón por la que me divorcio es porque en los momentos de mayor pasión siempre hago prometer a mi querido cónyuge que nunca nos convertiremos en amigos. Aunque también sospecho que, irremediablemente, a algunos seres hipersensibles y entusiastas como yo el matrimonio se nos da simplemente fatal. La manía de ir firmando títulos de propiedad cada vez que deseamos a alguien devalúa el verdadero sentido del deseo en sí.

Tal vez, para muchos de nosotros firmar un *renting* sería una buena solución. Conducir una vida común sintiendo que el otro no es tuyo del todo. Adaptar kilometraje y fecha de devolución a medida que vas experimentando tus ganas de seguir juntos y, si la cosa se alarga, convertir tu amor en un magnífico descapotable clásico que, con el tiempo, ha adquirido un valor incalculable.

Comida de sábado con amigas

¿Dónde estoy?

Se ve que ya ha pasado el tiempo de lloros, de penas y quejidos.

La ciencia (esa que se basa en las estadísticas) dice que ya está bien de lamentos, que abra la puerta para que corra el aire.

Que salga y conozca a alguien.

—*Next!* —suelta una amiga.

Que no hace falta que lo convierta en otro amor de mi vida, que ya llevo unos cuantos y aburre.

Que de momento es mejor un rollete y que me lo tome como una aspirina.

—¿Puedo con vino blanco?

—¡Tira! —Oigo entre risas.

Se hacen un lío entre la teoría que sostiene que para encontrar a alguien lo mejor es no desearlo y la otra que dice que tengo que visualizar a mi futura y todavía desconocida pareja cada mañana antes de levantarme. «Que sí, que el universo te dará todo lo que pidas, solo tienes que visualizarlo». Claro, joder. Estoy rodeada de rigor científico.

En lo que se ponen todas de acuerdo es que, en esta ocasión, me fije de una vez para siempre en alguien «normal». Yo, cada vez que me dicen esto, me imagino a un pobre *peix bullit* acojonado a mi lado sin atreverse a hablar.

Pero no quiero contradecirlas y asiento como una niña buena. Al fin y al cabo, la palabra *normal* proviene de *norma o regla*, y con los tipos que he dejado entrar en mi vida creo que me las he saltado todas.

¿Por dónde se moverán esos tipos normales?

Mi cita a ciegas número dos

Me aseguraron que esta vez el tipo estaba estupendo y que la cita iría genial.

Cuando me llamó y accedí con entusiasmo a su invitación de recogerme en moto para ir a comer a un restaurante delante del mar, no tenía ni idea lo que se me venía encima.

Me vestí mona, con un cierto aire deportivo, pero sin forzar. Salí del portal dando saltitos adolescentes y mirando de reojo al que parecía estar buenísimo, pero me concentré, sobre todo, en el casco que me ofrecía, plenamente consciente de que mi cabeza era (de toda la vida) un poco más grande de lo normal.

Apretaba, pero decidí sonreír.

Cuando subí, maldije haber escogido las deportivas de suela gorda, pues los estribos estaban tan altos que las rodillas se me quedaron encajonadas a las axilas y mis atributos femeninos encima de la espalda del buenorro sin ningún decoro.

Rezando para que no me viera nadie, cerraba los ojos en cada semáforo.

Para cuando estábamos a la altura del Prat, sentí cómo se me iban hinchando la sien, las cervicales y el coxis a igual velocidad que la moto e intenté sugerirle, mientras mi saliva volaba por la autovía, que unas patatas fritas en el *duty free* del aeropuerto podían ser algo mucho más simpático que una paella en ese lejano pueblo llamado Sitges.

Seguimos avanzando. Yo iba falleciendo.

Pensé que si teníamos un accidente tal vez se tendría que llamar a un soldador en vez de a una ambulancia, pues estaba temiendo no poder estirar las piernas nunca más…, ni en esta vida, ni en mi muerte inminente.

Cuando aparcó, intenté respirar unos minutos antes de bajar, me

quité el casco con todo el dolor disimulado tras una leve sonrisa esbozada con la boca de rape que se me había quedado y, mientras andaba renqueando por el paseo marítimo, me fui reanimando al observar que el tipo tenía el culo más estupendo que había visto de cerca en toda mi vida.

En la primera cita con alguien que me gusta no puedo comer (en cambio, cuando no me gusta devoro como una hiena). Pues eso, mientras trataba de hacer bajar cuatro granos de arroz por el gaznate, charlamos sobre nuestras cosas, pero sin mucho detalle, como se debe hacer cuando quieres repetir.

No me di cuenta hasta el postre. ¿Cómo no lo vi antes? ¡Al tío bueno le faltaba un diente! Uno de los de delante, pero a un lado, no sé cómo se llaman, ¿caninos? ¡Por favor! ¡Ya no pude fijarme en nada más!

Hablaba y yo solo veía el hueco.

Y si saliera con él, ¿podría superar eso? ¿Cómo abordaría el problema sin herirlo? ¿Aprovecharía cualquier cumple, santo o aniversario para regalarle un diente? ¿Bromearía sobre el Ratoncito Pérez y le pondría el dientecito debajo de la almohada? ¿Y si al besarle se me encallaba la lengua por ahí? O peor…, ¿y si en un morreo se le caía otro?

Volvimos a Barcelona en la misma moto y con las mismas dificultades, pero ya ni me di cuenta, anestesiada como estaba por mis temores.

Otra cena de sábado

Las cenas de grupo son lo que peor llevo. Mis amigas ya no conservan ningún pudor en anunciar por nuestro WhatsApp que han reservado para 11, o para 13, o para 7; ¡qué más da!, la impar siempre soy yo… Lo sé, tengo un trauma con eso.

Voy percibiendo que se están empezando a acomodar en la idea

de que esta vez sí que me voy a quedar para vestir…, bueno, en realidad, no sé lo que se viste a partir de los cincuenta si te quedas sola.

Esa condescendencia al decirme una de ellas que me siente al lado de su marido (está cañón) sin ningún miedo a que nos rocemos las manos ni los muslos por debajo del mantel. Esa cabeza ladeada de la otra al pedir una botella de blanco solo para mí, ya que el resto bebe tinto.

—Tú disfruta, cariño, ya verás qué bien lo pasamos.

Esa sorpresa de otro marido al verme.

—¡Anda! ¿Estabas ya sentada? Creía que todavía no habías llegado.

Coger cada vez más mi propio coche para no molestar e impedir así que siempre tengan que venir ellos a buscar a la amiga redivorciada-coñazo; preferir mil veces quedarme en casa leyendo las obras completas de David Foenkinos que ir a cualquier cena; sentirme poco a poco menos mujer y mucho más un insignificante animal de compañía. Como un canario. O puede que un pequeño saltamontes. Todo menos confesar que en realidad me estoy convirtiendo para los demás en alguien que nunca habría imaginado: un ser absolutamente adorable.

Y justo ayer, tras uno de estos encuentros entrañables y después de haberme bebido mi vino blanco con especial fruición, al llegar a casa agarré el iPad y me puse a buscar, como una posesa etílica, la mejor y más exclusiva web de citas.

Elegí una por su diseño excelente y porque tenía una red de contactos a lo largo y ancho de toda Europa. Con el ojo que tengo, mejor ampliar el número de probabilidades de éxito y así rebajar el de los chascos locales. ¿Y si mi vida diera un vuelco hogareño y apareciera un señor sueco de toda la vida? Uno alto, rubio, confortable, que siempre sonriera y no discutiera por nada, que pusiera los ojos en blanco cuando yo me arrancara a gritar por cualquier cosa y siguiera construyendo la caseta de nuestro perro sin hacerme mucho caso.

También me gustó que en esa web no admitieran a cualquier individuo. Se debían cumplir varios requisitos, entre ellos: pertenecer a una franja de edad, digamos, madura; ser solvente, o lo que se conoce por manejar pasta; tener estudios universitarios, idiomas, y toda la seriedad posible en las intenciones. Pensé que se habían olvidado de algo tan pasado de moda como la obligación de ser sincero, pero ¿de qué me ha servido en la vida ser tan quisquillosa? De nada, gracias.

Tardé muchísimo en decidir qué foto publicar. Escogí una de cuando era feliz, más que nada para hacer ambiente. Vestida de un modo sugestivo, pero sin parecer un zorrón; maquillada muy poquito, natural, como dicen que es, no sé por qué, la vida misma. De fondo, un paisaje neutro, para que nadie lograra adivinar, por si las moscas, mi paradero. Después introduje mis gustos lo más rápido que pude (lo mejor sería no darle vueltas y ser espontánea).

El paso siguiente consistía en esperar la lista de hombres idóneos para una personalidad como la mía. La verdad es que, mientras aguardaba a que me confirmaran que todo se había hecho bien, agradecí que el territorio de búsqueda fuera solo Europa, pues si llega a ser todo el mundo mundial igual va y me sale un señor inuit de Groenlandia, que, dicho sea de paso, se ve que son inteligentes que te mueres.

Juro por mi vida que es cierto: la primera fotografía que apareció fue la de mi exmarido número dos. Me quedé petrificada, mil punzones de hielo me atravesaron la piel sin que saliera ni una gota de sangre. No me atreví ni a pestañear. Muerta.

Estaba muy guapo, como en un anuncio lleno de promesas, con una camisa que yo le había regalado por su cumpleaños de un color azulón que hacía resaltar sus ojos y su maldita sonrisa.

Llegados a este punto, ya no pude evitar leer lo que seguía. Se autodefinía de tal manera que tuve que mirar varias veces la imagen para confirmar que era el mismo tipo con quien me casé un mal día. Lo que más me chocó fue que le gustaran la sopa, hacer *running* y defender los derechos humanos (otro que me debe considerar un

animal de compañía). El resto, como empezaba a doler, lo leí en diagonal.

Borré mi foto lo más rápido que pude, me di de baja no sin dificultades técnicas y solté el iPad encima de la mesa con un golpe.

Me quedé pensando en las mujeres que lo encontrarán irresistible y acudirán con ilusión (seguramente, renovadísima) a una cita con él. Y se lo creerán. Y vuelta a empezar. Bendita casilla de salida. ¡Alehop! Y tiro porque me toca.

Yo creo que a este tipo de webs les faltan unos puntos que me atrevería a calificar como fundamentales. Deberían permitir, como hacen por ejemplo en TripAdvisor o Airbnb, los comentarios y las opiniones finales. Sería una maravillosa opción leer la experiencia que tuvieron las exusuarias con cada candidato.

«En las imágenes parecía algo acogedor, pero se oye mucho ruido por la noche, la presión de la ducha es insuficiente y la cisterna no funciona. Necesita una reforma urgente. No repetiría».

Un lunes de algunas semanas después

Acabo de cruzarme con un gato negro.
Nos hemos mirado intensamente y ha soltado un bufido.
Ya no me gustan los gatos.
Me he comprado una perra.
La voy a llamar Perra.
Porque lo es.

Psicólogo número uno

He conseguido de pura casualidad mi primera cita con uno de los psicólogos más afamados del país. Se lo conoce porque aplica las enseñanzas de la psicología cognitiva de una manera sencilla,

divertida y brillante. Sus libros, que él mismo exige que nunca se expongan junto a los manuales de autoayuda, se convierten en grandes éxitos en poco tiempo. Sus conferencias siempre están abarrotadas, se suelen quedar muchísimas personas en la calle con las ganas y sin poder calmar su desasosiego.

Casi siempre empieza su oratoria citando a su filósofo predilecto, Epicteto, célebre por enseñarnos que «no nos afecta lo que sucede, sino lo que nos decimos a nosotros mismos acerca de lo que sucede». *Touché*.

Mi optimismo viene de serie. Apasionada, vital, divertida, impulsiva, siempre he conseguido salir del hoyo en el que seguramente me he metido yo solita. Desde hace años soy una mezcla rara de mujer independiente y fuerte por fuera con un alma cándida por dentro que busca sin cesar al hombre real con quien compartir esta gloriosa y sencillísima vida.

Pero ahora las cosas han cambiado de verdad. El hoyo se ha abierto y convertido en un túnel de una sola dirección. Al fondo y por abajo, gracias.

El edificio donde ofrece las consultas es un pequeño palacete del Ensanche. Cuando he entrado y he dado mi nombre, he hecho el gesto involuntario de mirar al suelo, como si no quisiera que me reconociera alguien (Barcelona es como un pueblo y la mayoría de la gente que yo conozco está también un poco trastornada). Me han indicado que entrara directamente en su despacho. En contraste con el inmueble, el cuarto donde me recibe es pequeño y oscuro. Conocedora de mi aspecto un poco pijo y de la calidad del problema que me afecta (que no parece más que otro desamor de los *vulgus vulgaris*), me he sentado en el borde de la silla poniendo las manos sobre el regazo, como pidiendo perdón.

—¿Cuál es el motivo de que estés aquí? —pregunta con mirada indolente.

—La desgana —respondo.

Alza las cejas y veo como algo se ilumina en sus rasgados ojos.

—¿Quieres explicármelo? —Aquí ya sonríe un poco.

—No tengo ganas de nada. Y lo peor que hay, sin duda, es vivir con desgana. Si por lo menos vives con tristeza, la vida es dolorosa, puede que hasta insoportable, pero es. Sin embargo, vivir sin sentir nada te convierte en algo como vegetal, ¿no? En una especie de palmera, pero no como las del Caribe, perezosas y disfrutonas, sino una de esas que vemos ahora desde tu ventana, que malvive en una ciudad contaminada, sucia y gris, a la que nadie mira nunca, de la que nadie disfruta…, a la que ninguna baronesa se va a atar para que no la talen.

Observo cómo el dios de los psicólogos pasa de la indolencia a un tenue interés.

—¿Qué nota le pondrías a tu estado anímico del uno al diez? —(¡Ay! Estos psicólogos y sus preguntitas).

—Un cinco —contesto rápidamente.

—Pues no estamos tan mal, ¿no? ¿Qué dirías que te falta para llegar al diez?

Ajá, esta me la sé.

—Tener una pareja —sonrío como una niña mala.

—Ya. Y ¿cómo puntuarías al resto de tu vida? Tu familia, amigos, salud, trabajo, dinero… —continúa preguntando.

—Todo un diez. —Mantengo la sonrisa y la maldad.

Se queda pensativo y yo me empiezo a arrepentir. Igual me receta antidepresivos, que, por supuesto, no pienso tomar. Mira su reloj. Cuando me los tomé a raíz del disgusto que tuve tras mi divorcio número uno, me quedé con el corazón anestesiado y la sonrisa petrificada durante meses.

Empieza a apuntar cosas en su ordenador.

Alguien me dijo que debo de ser hipersensible a estos medicamentos, que en realidad no te cambian tanto. Y yo pensé que también me pasa con el vino blanco, porque desde siempre se me sube mucho más que a las demás; pero, por lo menos, cuando bebo y me río, la mayoría de las veces sé por qué.

Suena el teléfono y lo coge. Responde con monosílabos.

Pero no me podrá recetar nada porque no es psiquiatra y,

aunque esté en el mismísimo Olimpo de los loqueros, es solo un psicólogo. O sea que relax.

—Mira, vamos a tener que hacer juntos bastantes sesiones hasta que yo crea que estás bien. Mi sistema consiste en hacerte comprender por todas las vías posibles y mediante ejercicios diarios que lo que te preocupa y te hace infeliz no es verdad. Son solo ideas que has ido construyendo equivocadamente y te machacan. En cada sesión, tú me explicarás cómo te encuentras en unos diez minutos y el resto hablaré yo mientras lo grabas todo. Tus deberes en casa consistirán en escuchar dicha grabación por lo menos dos veces al día. ¿Entendido? —Hago un gesto afirmativo—. Perfecto, nos vemos de aquí una semana. —Y sigue tecleando en su ordenador.

Viernes al despertar

Mi cita número tres no fue a ciegas. La vi venir.

Lo conocí ayer por la noche, en una fiesta de alguien que cumplía sesenta. Era una reunión de personas típica de cualquier zona alta de cualquier ciudad mediana.

Una celebración en la que sabías perfectamente cómo entrabas y cómo ibas a salir, sin mucho contraste ni sobresaltos, ni nada que obstaculizara esa corriente subterránea de cordialidad que reconforta a los individuos cuando se reúnen y reconocen en un mismo lugar.

Me fijé en él porque era el único hombre que vestía con un pañuelo en el bolsillo de la americana. En otros tiempos habría sido tremendamente guapo y tal vez por eso tenía una sonrisa sostenida de satisfacción en su rostro; sin embargo, en sus ojos se percibía un amago de tristeza, o quizá era amargura, no sé. Lo que estaba claro es que quería destacar por su elegancia y, al esforzarse tanto, en mi opinión se la restaba. Daba la sensación de que escondía un mundo, de que todo en él era una pose, de que su vida debía de ser una

total impostura. Y como en esos momentos mi psicólogo número uno todavía no me había enseñado a evitar la atracción hacia los abismos, le sonreí.

Veterano en estas lides, se acercó sigilosamente, como un felino.

—No nos conocemos, ¿no? —Su mirada era de un verde astuto.

Empezamos a hablar y me divirtió desde el principio. Era ocurrente, listo, rápido. Su flirteo se mantenía en forma, igual que su cuerpo. Sospeché que utilizaba los mismos recursos desde hacía mucho tiempo, pero en realidad no me importaba demasiado, dado el periodo de carencia por el que yo estaba atravesando.

Cuando la fiesta empezaba a decaer, me propuso una cita para el día siguiente.

—¿Qué te parece si vamos a hacer una excursión al Priorat y nos quedamos a comer por allí? Conozco un par de bodegas en las que, además de ofrecer una excelente degustación de vinos, sirven unas tapas exquisitas.

—Estupendo.

(Estupendísimo).

Nos despedimos con dos besos, uno de ellos justo en la esquina de mis labios.

Al día siguiente vino a buscarme en un cochazo verde que tenía un felino como él incrustado en el capó.

Me llamó la atención que volvía a llevar pañuelo, aunque este en tonos burdeos. (¿Será porque vamos a una bodega? Uf, este tipo no debe de relajarse nunca).

Se bajó del coche y me abrió la puerta con una reverencia que me hizo sentir bastante ridícula, pero aguanté como pude las ganas de devolverle el gesto inclinando la cabeza como haría María Antonieta a su lacayo.

«Tranquilita», me dije.

Durante el viaje sonaba el *Adagio* de Albinoni y, mientras me hablaba, iba conduciendo con la mano izquierda y dirigiendo la música con la derecha.

—¿Sabías que en muchas bodegas ponen música clásica para

madurar mejor los vinos? Esta pieza en concreto la ponen en una bodega de Ciudad del Cabo… ya sabes, allí por Sudáfrica —explicó.

Intuía sin mucho esfuerzo que todo lo que me contaba formaba parte de un guion basado en cuatro datos memorizados de Wikipedia y que ya habría usado millones de veces.

—Bueno, es que yo leo muchísimo y sé infinidad de cosas —añadió, imagino que por si me había quedado con cara de tonta ante tanta erudición.

Se le notaba la marca del peine en el pelo, minuciosamente colocado para que rellenara los espacios que ya estaban vacíos. La americana le quedaba algo ancha de hombros y sospeché que el pantalón también, como si no hubiera podido renovar el vestuario en mucho tiempo y no se hubiera percatado de que el paso de los años consume también los huesos.

—¿Estás cómoda? Conduzco muy bien, ¿no? —preguntó mientras se miraba en el retrovisor.

—Sí, mucho —contesté cuestionándome si no me estaría convirtiendo en un imán de despropósitos ajenos.

Llegamos al sitio y era precioso. Un señor muy educado nos recibió y nos acompañó en una visita privada por la bodega.

Mi acompañante le hacía preguntas pertinentes y me empecé a animar: «Tal vez no es un hombre tan majadero», pensé. A los veinte minutos de catar vinos decidí que era muy agradable. A la hora se convirtió en un ser extraordinario. Intenté no dar importancia al dedo meñique que ponía tieso como una antena cada vez que cogía la copa, pensando que también lo hacía mi suegra número uno en una reacción artrítica cuando iba a llover. Disculpé, además, la afectación con que paladeaba el vino y el uso de adjetivos rimbombantes para definir sus cualidades: «Este caldo resulta muy sugestivo y sutilmente quimérico».

«¡Bah! Detallitos sin importancia», me dije.

Al salir, decidimos ir en coche a recorrer la zona. Tan a gusto como estábamos, se animó a parar al ver un cartel que ponía: Reserva de la biosfera.

Aparcó el coche en la falda de una colina con fantásticas vistas y, tan pronto como nos bajamos, nos empezamos a besar con furia. Sin frenar sus besos, abrió el maletero y sacó de él una manta de cuadros con pinta de cachemir. En un momento la extendió en el suelo. Acto seguido me empujó contra el capó doblegando mi espalda en él y en el frenesí del momento se arrancó las gafas y las tiró con tanto acierto que se deslizaron suavemente por la manta: «Shhh». Yo quise imitarlo, pero con tan mala fortuna que cuando tiré las mías rozaron la cabeza del gato cromado, desviando su curva inicial y aterrizando encima de unas rocas puntiagudas: «¡Crashhh!».

—¿Qué ha sido eso? —preguntó sin alzar la cabeza.

—Nada, habrá sido un pájaro. ¡Tú sigue! —le contesté entrecortada, faltándome el aire.

—Claro, princesa. Ahora tendrás la suerte de ver lo bien que folio —soltó.

Lo aparté con brusquedad. Lo miré de verdad, como si mis ojos se acabaran de abrir por primera vez, y entonces me di cuenta. No era más que un ser insignificante venido a menos.

Volvimos en silencio. Cuando estábamos entrando en Barcelona ya se me había pasado el cabreo y se me escapaba la risa. Afortunadamente, cuando entré en casa sentí que lo único que llevaba roto eran las gafas.

A veces, ser una palmera es lo mejor que te puede suceder.

Reflexión antes de dormir

¿Cuánto tiempo debo llevar sin acostarme con un hombre?

Yo no sé si será cierto el rumor que afirma que cuando llevas un tiempo largo sin vida sexual vuelves a ser virgen, pero, después de citas así, como si me quieren sacar en procesión en Semana Santa.

Consejos

Mi mejor amiga número siete y la más divertida de todas me da siempre los mejores consejos.

—Tú pruébalo —me anima.

—No sé yo… —respondo sin mirarla.

—¡Que sí! Te sentirás una mujer completamente diferente. ¡Ni psicólogos ni mierdas! ¡Ya verás! —me dice impaciente.

Resultados

—Señora, le ha llegado un paquete de Amazon —me dijo ayer el conserje cuando llegué a casa.

—¡Aaah! De acuerdooo, pues me lo llevo ahora —contesté con exagerada naturalidad.

Esperaba disimular así el nerviosismo que sufría por si el conserje tenía un aparato de rayos X en su garita y había descubierto lo que contenía el bulto.

Entré a casa a toda prisa y me escondí de la perra en la habitación. Llamé a mi mejor amiga número siete.

—Ya lo tengo —susurré con un hilo de voz.

—¿Qué? ¡No te oigo!

—Joder, que ya tengo el Satisfyer —dije—. No quiero que me oiga nadie.

—Pero ¡si vives sola! —exclamó.

—¡Shhh! Vivo con mi perra. Y calla, que las paredes oyen —seguí en voz baja.

Mi amiga era una experta en ese invento. Mucho antes de que saliera esa marca y se pusiera de moda, ella ya poseía un lujoso modelo americano adornado con incrustaciones de Swarovski. Mujer

viajada, rica y culta, solo había conocido a un único varón en su vida, hombre espiritual donde los haya, que la adoraba como a una santa. Ella, un poco más carnal que todo eso, había decidido serle infiel con el aparatito una vez hubo experimentado los milagros que este hacía.

—¡He llegado a tener siete orgasmos seguidos!

¡Coño! (Nunca mejor dicho).

Colgué el teléfono precipitadamente después de que mi amiga me deseara un buen viaje.

Desprecinté todo sin leer (en mi vida lo he hecho) ninguna de las instrucciones. Alejé el aparato lo suficiente para que mi cansada vista enfocara donde ponía «*Play*». Pulsé. Comprobé que hacía ruido y lo puse donde se tiene que poner. (Lamentablemente, hay un descomunal número de hombres que lo ignoran, de ahí quizá el motivo de que el chisme sea un supervenías mundial).

Al cabo de cuatro segundos di tal brinco en la cama, despatarrada como estaba, que casi me secciono un dedo del pie con ese ventilador que puso en el techo un día mi marido número dos en un arranque de nostalgia por un amor caribeño que tuvo en la juventud.

—Pero ¿a qué velocidad lo has puesto, loca? —se desternillaba mi amiga.

—¡Y yo qué sé! No llevo gafas —respondí—. ¡Ay! ¡Qué dañooo! ¡Creo que me he partido la espalda!

Y así fue como el artilugio milagroso del que todo el mundo hablaba se llenó de polvo y aburrimiento en el fondo de uno de mis cajones.

Siete meses descompuesta y sin novio

—Tienes que abrirte más —me dice mi mejor amiga número cuatro.

(¿Máááás?).

Ella es una amiga buena. De las que quieren que tú también lo seas. De las que te aconsejan.

—Deberías proponerte hacer una especie de *casting* de pretendientes. No sé, o ir a una agencia, hacerte socia de un club, nadar en grupo o apuntarte a un crucero de *singles* por las islas griegas. —Deja de hablar para encender un pitillo—. Lo que sea para conocer a diferentes señores y no encasillarte como siempre con esos tipos tan raros que te gustan.

Entiendo que para mi amiga cualquiera que no vaya vestido con pantalón chino conjuntado con americana de color *beige* y que no pertenezca al Real Club de Polo es un tipo raro y poco recomendable.

—Mira, te voy a presentar a un médico. Está viudo desde hace dos años. Es un poco mayor, pero muy buena persona. Juega al golf, va al Liceo, baila sevillanas… En fin, que te pega muchísimo y quiero que lo conozcas —me cuenta con su mejor sonrisa.

—No sé yo…, aunque las batas blancas siempre me han puesto un montón.

—Está jubilado.

—Uf, no sé, no sé.

—Ya le he enseñado un par de fotos tuyas. Dice que tienes mucha clase y eres monísima.

—¿Qué fotos? —pregunto un poco alarmada.

—Pues algunas de las que tienes en Instagram, aunque ya le he aclarado que al natural eres mucho más guapa.

—Pero ¡si es justo lo contrario! —digo recordando mis poses de presunta *influencer* senil—. ¿Y tienes alguna suya?

Me muestra su perfil de WhatsApp. Veo a un señor mayor con una mirada un poco asustada, con labios muy finos y entreabiertos, como si lo hubieran cazado en un momento que no esperaba. De fondo, una luz mortecina envuelve un local que parece un restaurante de poca monta, repleto de muebles de estilo *rústic catalá* y ventanas decoradas con rejas curvadas.

Me llama la atención que alguien escoja esa foto tan desoladora como imagen de su perfil; salvo que su realidad sea muchísimo peor, claro.

«Buenas tardes. Soy tal (médico viudo y jubilado número uno). No creas que estoy acostumbrado a hacer algo como esto. De hecho, es la primera vez. Pero, como soy absolutamente contrario a los contactos por redes sociales, he considerado que la oportunidad de conocerte a través de esta buena amiga es una magnífica opción. Nunca he necesitado hacer ninguna maniobra semejante para estar con la mujer que he querido. Al contrario, mi gran reputación como cirujano ha logrado que haya tenido que recurrir a veces a algún que otro ardid con efectos disuasorios. Me consideraré un señor muy afortunado si aceptas tomar un piscolabis conmigo antes de ir a escuchar, si es de tu gusto, el *Stabat Mater* de Pergolesi en el Palau de la Música. Espero tu respuesta con impaciencia», me escribe por WhatsApp.

Aparto el móvil de mi vista y suspiro.

No me gusta la gente que se defiende de algo sin que nadie la haya acusado antes (siempre me lo recordaba mi marido número uno: *Excusatio non petita, accusatio manifestó*). No me gustan los señores que no llaman y utilizan mensajes escritos para comunicarse por primera vez. No me gusta quedar con alguien sin conocer su voz. No me gustan las personas que utilizan la palabra *piscolabis* (o *pompis*), y muchísimo menos que usen expresiones como *ser de tu gusto*. También odio a la gente que consume la palabra *magnífico*.

Sin embargo, si de algo disfruto en esta vida es de escuchar piezas como el *Stabat Mater* de Pergolesi.

«Perfecto. Me encanta Pergolesi. Igual es una señal», escribo coqueteando un poco.

Pasan varios minutos. Me lo imagino pensando su respuesta en un salón con las persianas bajadas y todos sus diplomas clavados en paredes con gotelé.

«Magnífico. Si me das tu dirección, te paso a recoger mañana a las seis de la tarde».

«Perfecto», respondo. Como si repetir «perfecto» convirtiera la realidad de los hechos en algo ligero, despreocupado y «perfectamente» normal.

Otro viernes trágico

«Estoy abajo», recibo en el móvil.

«Voy», contesto.

«No hay prisa. Tómate el tiempo que quieras».

A pesar de los años que ya he vivido sin ella, siempre echo de menos a mi madre.

Con locura.

Mamá, ¿me puedes hacer una tarjeta explicando que no puedo salir de casa porque me encuentro mal? Y me la imagino, tan genial como era, dejando de tocar el piano para escribir:

Estimado señor médico viudo y jubilado:

Mi hija no se encuentra en las condiciones idóneas para acompañarlo al Palau. A pesar de que Pergolesi resulte ser uno de sus compositores preferidos, a usted no lo conoce de nada y, aunque fuera el mismísimo Hipócrates, mi hija, como usted comprenderá, es un alma tan delicada que no puede exponerse a los vaivenes tan subjetivos y aleatorios que supondría entablar conversación con un desconocido. Puede venir un día, si así lo desea, a tomar un té.

Atentamente,

Madre sin número

Cuando salgo a la calle busco un coche esperándome y no lo encuentro. De repente, en la esquina veo un pequeño auto sin gracia y sucio. Sale del interior el jorobado de Notre Dame con una mirada de las más avariciosas y aterradoras que he visto en mi vida.

—¡Hola! ¿Eres tú? —me pregunta mientras hace unos aspavientos con los brazos que no entiendo.

—Sí, sí —contesto deseando decir que no.

Me he vestido toda de negro, con un pantalón de *crêpe* que me adelgaza y que necesita tacones por dentro. Una americana masculina de la misma tela y un top escotado me convierten en una mujer mucho más estilizada y provocativa de lo que en realidad soy.

Me inclino tanto para darle dos besos que corro el peligro de que se me salga un pecho, lo cual sería apreciado enseguida, dado que una vez más la cabeza del besado me llega a las tetas. (¿Qué habré hecho yo para que el universo me mande tantos hombres bajitos?).

En el coche, la música está tan alta que apenas entiendo lo que me dice. Tiene una voz chillona y un problema con algunas eses, que pronuncia como si fueran ches.

—Así que te gusta Pergolechi —me grita mientras observa mi escote.

—Chi… Quiero decir, sí, perdón —contesto y observo cómo sube más el volumen y ni me escucha.

—¿Te gusta esto? Es de nuestra época. —Será la suya, ¡no te digo!—. Chris Rea… ¡Magnífico!

Y, de repente, se pone a cantar: *Take me back to the place that I know… On the beach, yeahh, yeahhh*.

Asiento y miro por la ventana, pensando en mi madre, que se estará descojonando allá donde esté.

Y cada vez que vuelve el estribillo repite: *On the beaaach… yeah, down on the beaaaach…*

Cuando termina la cancioncilla, baja la música al mínimo y se pone a hablar de sí mismo.

—¿Y nunca habías oído hablar de mí? ¡Qué extraño! En esta ciudad todo el mundo me conoce.

—Pues, eeeh…, no me suenas, la verdad —respondo sin saber a dónde mirar.

—Mis pacientes eran personas muy importantes de este país, incluso he operado a varias personalidades del extranjero.

—¿Y qué especialidad ejercías? —pregunto en el tono más interesado que puedo.

—Urología.

(Para de reír, mamá).

—Bueno, entonces no es tan raro que no te conozca, ¿no?

No me contesta y vuelve a subir la música.

Aparca el desafortunado coche (aunque debe de ser una ventaja tener la tranquilidad de que nadie te lo va a robar) y vamos andando hasta encontrar un local con una mesa libre.

El piscolabis ha resultado ser un triste perrito caliente a medias y de pie en un bar repleto de guiris. Al salir, me he fijado en cómo una mancha de mostaza cobraba un repentino protagonismo en su raída camisa blanca, pero me he limitado a desviar la mirada y a seguir andando.

—Algún día que dispongamos de más tiempo te invitaré a un restaurante magnífico de verdad, ya verás —dice de una manera un poco altiva, como si yo hubiera estado hasta hoy encerrada en las cuevas del Sacromonte.

Llegamos al Palau y nos ponemos en la cola para entrar. Él pasa delante y muestra el billete al empleado con rapidez. Cuando voy a pasar yo, el chico me pide la entrada y le respondo que la tiene el fulano que ya está subiendo por la escalera.

—Este señor solo ha validado una —responde.

Mi acompañante, al oírlo, se gira y le empieza a gritar como un energúmeno:

—Oye, inútil, te he dicho dos. ¿Oyes? Dooos.

On the beaaach.

Hacemos la cola para platea y nos mandan al gallinero.

—Es lo que tiene comprar las entradas a última hora, ni me he fijado dónde estaban las que quedaban.

(Claro, claro).

Una vez arriba, y con el vértigo que yo tengo, me muestro insegura andando por los escalones. El petimetre se da cuenta y me sujeta con el brazo por detrás, de tal manera que sus dedos llegan

hasta el nacimiento de mi seno derecho. Me aparto molesta y me tambaleo. Él esboza una sonrisa picarona y yo empiezo a sentir que la ira se adueña de mí. Por fin me siento y empieza el concierto.

—Jamás me había sentado aquí —sentencia—. Aunque la ventaja es que así se puede apreciar con todo detalle el magnífico techo modernista.

Le lanzo la mirada más asesina que sé que poseo y se calla de golpe.

Empiezo a sentir un frío paralizante y, haciendo un gran esfuerzo por mover el cuello y dirigir la mirada hacia arriba, veo que tenemos encima el descomunal aparato de aire acondicionado de todo el recinto. Nunca había escuchado a «Pergolechi» criogenizada.

Cuando todo termina y me levanto desentumeciendo como puedo las manos y los pies congelados, el médico me dice que se encuentra mal. Siento un cierto alivio ante este anuncio revelador de que la velada quedará suspendida.

Conduce lívido y sin decir palabra. Nos despedimos deprisa y sin dos besos.

Abro la puerta de casa y me abrazo a Perra casi con lágrimas en los ojos.

—¡Dios mío! ¡Qué felicidad! —murmuro en voz baja.

Mi cama se convierte una vez más en mi edén, y Morfeo, en mi mejor amigo.

Por la mañana recibo una foto en el WhatsApp mientras me lavo los dientes. En ella hay una especie de piedra volcánica del mismo tamaño que la uña del dedo que aparece a su lado. Mientras amplío la imagen para entender algo, recibo el texto: «He estado toda la noche en urgencias y mira lo que ha expulsado mi cuerpo».

Me tambaleo por segunda vez en tan pocas horas. Me lavo la cara con agua fría mientras decido que esto de los médicos no va a ser para mí. Yo, que soy aprensiva de nacimiento y rehúyo cualquier visión demasiado realista de cualquier intimidad ajena, he de admitir que este gremio se me escapa.

«¡Es una piedra magnífica!», escribo con punto final.

Martes (probando, probando)

Hoy estoy practicando un experimento que he leído en La Contra de *La Vanguardia* y que consiste en mantener una sonrisa en la cara todo el día, pase lo que pase. Se ve que si sonríes tu cuerpo se relaja, tu mente se apacigua, los pajaritos cantan y la lluvia se levanta.

El problema (siempre hay uno, joder) son los demás.

Lo primero, es sabido que el pesimismo colectivo une mucho más que cualquier alegría. Segundo, si sonríes todo el rato en medio de un grupo de gente que te conoce, generas recelo, sospechas y mala leche: «¿Le habrá tocado la lotería a esta o se habrá echado un novio macizo? ¿De qué se reirá la hija de puta?». Y en tercer lugar, si lo haces ante desconocidos corres el peligro de que piensen que te descojonas de ellos, que estás como una cabra o que eres tonta del culo: «Oye, risitas, ríete de tu puta madre, si te parece».

En realidad, lo de forzar nunca me ha salido muy bien.

Yo soy más de carcajada espontánea tirando la cabeza para atrás.

Siempre pensé que con los años pasaría del «jua, jua, jua» al «ji, ji, ji», más elegante y fino (también es verdad que a mi edad suponía que vestiría con traje de chaqueta, perlas y pelo corto a lo señorona).

Mejor me río en casa y con gaseosa.

Miércoles de terapia

Ayer acudí animosa a la cita con mi psicólogo número uno. Me sentía como cuando de niña empezaba el colegio y quería sentarme en primera fila (esa actitud casi siempre cambiaba a medida que

pasaban los días y aparecía el aburrimiento).

Dicen mis amigas que soy muy disciplinada a la vez que imprevisible. Trabajo muchísimo y en orden, voy regularmente al gimnasio, hago régimen sin trampas cuando me paso, conservo mi casa siempre impoluta y hasta mis ideas van con índice. Total, que en mi vida las cosas están casi siempre en su sitio; menos mi corazón, que todo lo desordena.

Comenzamos la sesión contándole al detalle todo lo que había perturbado mi existencia en los últimos años. A medida que lo hacía, tenía la sensación de que no era yo quien hablaba. Sentía como si todo fuera irreal, como si contara una ficción: ¿todo eso me había ocurrido a mí?

Me empecé a encontrar mal, mareada, sentía muchas ganas de llorar.

—Está bien. Voy a hablar —me cortó—. Graba.

A pesar de que ya debería estar acostumbrada a cómo ordenan las cosas los dioses, empecé a temblar buscando la maldita tecla de grabación. Para ellos, su tiempo es oro, aunque, con lo que me costaba cada hora de terapia, diría que para mí también. «¿Si fuéramos amantes, me cobraría? ¿O me haría descuento? ¿Y si me hiciera daño me tendría que buscar a otro psicólogo para que me curara de él? La verdad es que era un dios bastante atractivo».

—¡Adelante! —exclamé.

—En realidad, y aunque ahora todavía no lo creas, has tenido mucha suerte de que ya no estés con este señor. Las personas con ese tipo de problemas casi siempre arrasan con todo lo que tienen a su alrededor. Pocos se salvan de un mal final. —Se sirvió un poco de agua—. Tú has salido indemne. —Me removí en mi asiento—. Sí, bueno, no pongas esa cara; de acuerdo, has sufrido un duro golpe. —Cerré los ojos—. De repente y sin anestesia, lo sé —añadió esto último en tono paternal—. Pero todos sufrimos alguna adversidad en nuestra vida, un cáncer, la muerte de un hijo, un accidente…, y creo que tú lo has enfocado muy bien. Y ¿sabes por qué? —Negué con la cabeza—. Pues porque estás aquí. —Hizo una pausa con un suspiro

de satisfacción.

(Lo dicho, se siente como dios).

—Mira, en realidad, lo que hemos de trabajar profundamente es la necesidad que tienes de pareja —siguió—. Eso es lo que te hace sentir así de mal. —Ladeé la cabeza—. No, no te preocupes, aunque es doloroso y te fastidia la existencia, con mi ayuda y tu trabajo lo podrás superar. —Sonrió.

(Fui sentándome cada vez más recta en la silla. Atenta).

—La sociedad nos ha vendido la idea de que una pareja da la felicidad. Muy al contrario, yo pienso que la pareja hace mucho más difícil el alcanzarla. La realidad estadística es que el cincuenta por ciento de las parejas se separan y un treinta por ciento no lo hacen porque no pueden. Así pues, el ochenta por ciento de las parejas están mal o muy mal. Queda un veinte por ciento —dijo subiendo el tono—. Puedes hacer un experimento: siéntate en un banco y observa a las parejas de cierta edad; mira si algunas van cogidas de la mano, si se hablan, si se sonríen, ¿verdad que no? —Negué con la cabeza—. ¡Claro! Porque de esas que chutan solo existe un veinte por ciento. Encontrar a una pareja así es un puto hallazgo —dijo con gran énfasis.

(¿En serio ha dicho «puto»?).

—Nos dicen que el dinero da la felicidad, que la belleza física da la felicidad, que tener pareja da la felicidad. Te aseguro que la mayoría de las personas que acuden a mi consulta tienen pareja, dinero y son guapísimos. —Dio un golpe a la mesa—. Debemos darnos cuenta de que, si seguimos aspirando a esas y otras gilipolleces por el estilo, seremos unos eternos frustrados. No necesitamos pareja para ser felices. En realidad, no necesitamos nada para ser felices. Cuando realmente no necesitamos nada, es cuando llega la abundancia. Paradójicamente, la buena pareja te llegará cuando ya no la necesites para ser feliz. —Me cogí las manos para no ponerme a aplaudir, pero sonreí—. Lo que sí da la felicidad es aprender a no quejarse, suceda lo que suceda, y saber aprovechar las oportunidades en cada momento. La principal

característica de las personas más fuertes y felices es disfrutar de la vida como si todo fuera un puto milagro.

(Me empezaba a encantar cómo sonaban sus «puto»)

—Y, para llegar a esto, nos hemos de dar cuenta de algo fundamental. —Echó un vistazo al techo, hizo un silencio y me miró a los ojos intensamente—: Somos seres espirituales. Recuperar esa espiritualidad es la manera de llegar a lo que queremos. Ser una persona espiritual es incompatible con otras neuras. Amar a las personas, a lo que nos rodea, contemplar, respirar, sentir verdadera pasión vital. —Me observó con vehemencia y, acercando su rostro al mío, dijo—: Hay que comerse la vida a dentelladas.

(Yo estaba ya a punto de ponerme de pie y abrazarlo).

—Esto se experimenta mucho mejor si no tienes pareja. La pasión por la vida será más sólida porque estará en todas partes y no en una sola persona. Y, por ello, nadie tampoco te la podrá quitar. Será tuya porque serás tuya —me dijo mirándome otra vez—. Tenemos que procurar vivir en comunión con la naturaleza. Fuimos creados para ser felices. Perfectamente acoplados con la vida. Correr libres y despreocupados, como los animales, como jirafas por la sabana. —Se levantó, rodeó su escritorio, se acercó a mí—. Y tú vas a aprender a hacer todo eso.

Puto dios.

Reflexiones pospsicólogo

A medida que voy trabajando en mí misma según las enseñanzas del que ya se ha convertido en mi nuevo y verdadero dios, he ido notando de forma perceptible cómo va cambiando todo a mi alrededor.

Mis amigas se están volviendo un poco suspicaces, incluso diría que temerosas ante mis carcajadas permanentes, mis constantes abrazos y mis respuestas complacientes ante cualquier contrariedad

que me plantean.

—¿Habéis visto qué nubes tan maravillosas? —digo, y en vez de mirar al cielo, dirigen sus miradas extrañadas hacia mí—. Hoy va a hacer un día precioso —añado.

Les doy continuamente la razón en todo, siento que son mucho más importantes los buenos momentos que pasamos juntas que querer tener siempre razón.

—Es que los españoles viven de nosotros. ¡Ya está bien! Que se pongan a trabajar, hostia —vocifera mi mejor amiga número nueve, que es un poco independentista.

—Desde luego, desde luego —asiento yo.

—Como sigan estos catalanufos tocando las narices y cargándose esta ciudad, yo me largo a Madrid, que es donde mejor se vive —suelta mi mejor amiga número siete, que creo que vota un poquito a la derecha.

—Y yo también, yo también —afirmo sonriendo.

—¿No has engordado un poco? A mí me pasó justo lo contrario: cuando me dejó mi marido, adelgacé unos kilos y me puse monísima —me suelta otra que va a ser mi nueva examiga.

—Sí, puede ser. Ya sabes, la ansiedad —contesto mordiéndome la lengua para no soltarle un insulto.

—Por cierto, ayer vi a tu ex entrenando en el gimnasio. La verdad es que se conserva de maravilla —añade la (ahora sí) muy cabrona.

Sonrío mucho y me hago daño en la lengua.

La verdad es que no discutir con nadie me llena de energía. Ya no malgasto mi fuerza en riñas inútiles ni pensamientos angustiosos. Llevo días durmiendo como nunca, sin remordimientos por haber hecho daño a alguien con mis palabras. Ya no sentencio. Indulto todas las ideas, sean malas o buenas. Mías o ajenas.

Si no fuera porque es uno de los verbos que se usan más y que quizá por ello más detesto, aseguraría que he aprendido a fluir. Pues sí, las horas pasan con fluidez. A buena temperatura, en calma, contemplando la maravilla que es ir latiendo acompasadamente con todo lo que va llegando. Sin ansiedad, mis quejas van

enmudeciendo.

Incluso diría que me empiezo a caer bien.

Una madrugada de esas

Son las tres y todavía no he conseguido pegar ojo.

¿Es realmente así de simple todo? ¿El gran secreto de la felicidad consiste sencillamente en gestionar tus emociones filtrando la entrada de tus pensamientos? ¿En dominar esa técnica?

No sé por qué, pero dentro de mí algo se remueve y no me deja fluir en paz.

Tal vez sean mis demonios.

Putos.

Todos ellos.

El pasado tampoco duerme

Hay algo recurrente que me sucede en los aeropuertos cuando tengo la suerte de viajar sola. Mientras ando hacia mi puerta de embarque, voy observando a las personas que hacen cola en las puertas de destinos diferentes al mío y casi siempre me dan ganas de cambiarme.

A veces por el destino en sí, a veces por un grupo atractivo de pasajeros que destaca sobre los demás y otras simplemente por llevar la contraria. Todo queda en una fantasía, claro. Ya he dicho que soy disciplinada y a mi disparatada rebeldía la están tratando, pero me divierte sentir eso.

En ocasiones lo que me ocurre es que, una vez sentada y mientras observo a los pasajeros que van entrando, todos me resultan algo familiares. Es como si hubiéramos quedado para volar un grupo de conocidos en el mismo avión, amigos del colegio que no

he visto en años, una prima lejana, alguien con quien me senté en una boda o bailé en una fiesta, el peluquero que me cortó el pelo un día, aquel camarero del restaurante al que iba de pequeña… Diría que es una sensación, incluso, reconfortante.

Pero el martes pasado, en mi vuelo a París, sucedió de verdad.

Me había acomodado en el asiento y me había puesto los cascos cuando lo vi.

Era él, sin duda: el hombre más guapo con el que he salido en mi vida. Solo fueron unos cuantos meses y ocurrió hace unos cuantos siglos, pero, al verlo, empecé a temblar. El paso del tiempo había hecho una auténtica fiesta con él. No podía estar más impresionante.

Mi reacción fue instantánea, no se me ocurrió otra cosa que mirar absurdamente hacia la ventanilla (todavía no había amanecido) y disimular. El madrugón, mi socorrida coleta en el pelo y la falta de maquillaje me convirtieron en una mujer insegura que solo quería desaparecer.

Ignoraba si me había visto.

Empecé a sentirme tan estúpida como cobarde. ¿Por qué no decir nada? Tuvimos una historia alucinante. Me enamoré de él con todas mis fuerzas. ¿Por qué suponer que estar tan estupendísimo equivalía a que me hubiera borrado de su memoria? ¿Los hombres se acuerdan de las risas y de la complicidad, o solo de los polvos? ¿Recordaría alguna vez los nuestros? Yo, afortunadamente, sí a todo.

No despegábamos aún.

Le escribí un WhatsApp: «Hola, por si no te has dado cuenta, estoy en el mismo avión que tú. No sé si te acuerdas de mí».

Lo leyó al segundo. Tardó unos minutos en contestar: «Perfectamente, tu sonrisa es inolvidable».

«Sigo sonriendo», contesté.

«Feliz vuelo, ratón».

¡Se acordaba de que me llamaba ratón! ¿O quizá nos llamaría ratones a todas?

Me pasé la lengua por los labios mientras sentía la taquicardia; y,

como cuando me pongo nerviosa soy una suicida, seguí: «Tengo una petición. Si se produce algún contratiempo en este vuelo, ¿podrías encargarte tú de ponerme la mascarilla de oxígeno?».

Envié y apagué. Me encogí en el asiento. Durante todo el vuelo ninguno de los dos se levantó para ir al baño. Aterrizamos. Me incorporé sin levantar la vista del suelo ni tocar el móvil. Alguien me ayudó a bajar la maleta y una vez en el *finger* apreté el paso y no paré hasta que me senté en el taxi sin mirar atrás.

Encendí el móvil.

«Claro. Pero se me ocurre algo mejor si aterrizamos sin problemas: te invito a cenar».

El taxista miró asustado por el retrovisor cuando emití una especie de chillido animal mientras mi madre empezaba a tocar una polonesa de Chopin.

«Perfecto», contesté hiperventilando mientras observaba mi billete de vuelta para esa misma noche.

«¿Conoces l'Avenue?», preguntó.

«Sí».

«Pues reservo a las ocho, ¿te va bien?».

«Perfecto», repetí bendiciendo al que inventó el WhatsApp (dios protector de las voces temblorosas).

Me miré en el reflejo de un escaparate y acto seguido comprobé si llevaba todas las tarjetas.

Había salido de casa a las seis de la mañana con el único propósito de trabajar y estaba hecha un asco. Calculé que hacía más de siete meses que me había divorciado, exactamente el mismo tiempo que hacía que ningún hombre me había hecho latir el corazón, y disponía de unas siete horas para conseguir el milagro de Notre Dame: estar segura de mí misma.

Pelu y manicura en Carita, ropa sexi en Le Bon Marché, reserva de un hotel *boutique* en Le Marais.

—*Réservation pour une seule personne, madame?*

—*Je t'aime… moi non plus* —creo que contesté a la recepcionista en ese estado catatónico en el que me encontraba.

Con las cuentas en números rojos y sin billete de vuelta, llegué a tiempo a la cita.

Me recibió una camarera-modelo de dos metros y cincuenta kilos. Me acompañó a la mesa recorriendo un corto camino de mesas repletas de más modelos, hombres ricos, mujeres absurdamente operadas y bolsas de Céline.

A punto del desmayo, el corazón me hizo revivir cuando vi el inolvidable color aguamarina de los ojos del hombre que me aguardaba. Tictac, tictac. Me senté con cuidado para evitar una más que probable caída.

—¡Siempre nos quedará París! —Se me ocurrió decir.

—Cierto —contestó esbozando una cautivadora sonrisa.

Unos veinte años atrás, la cena fue en un bistró de moda en los Campos Elíseos. Recuerdo levantarnos los dos a la vez y darnos con las cabezas, rebosantes de carcajadas, cogidos de la mano. Salimos fuera y nos empezamos a besar. Abrí un poco los ojos y vislumbré el Arco del Triunfo. Todavía siento un estremecimiento cuando recuerdo el esplendor de ese momento. Siempre estábamos jugando y riendo, en la calle, en el coche, en la cama… De repente, mientras intentábamos bailar un tango en medio de la avenida, me hizo entrar en un Sephora descomunal y me propuso que nos separáramos unos segundos para comprarnos un regalo. Yo elegí L'Eau d'Issey Pour Homme, que me encantaba en ese momento. Cuando nos intercambiamos los paquetitos en la calle, él se moría de la risa al verme abrir el mío, que resultó ser un pasador de pelo de leopardo plastificado horripilante. Después nos fuimos a bailar a Les Bains Douches y ya no me quité el pasador hasta el día siguiente.

«Por muchas cosas que me pasen, quiero que sepas que este ha sido el mejor fin de semana de mi vida», le dije a mi mejor amiga número tres cuando volví a Barcelona.

—¿Cómo te ha ido en todos estos años? ¿Y tu hijo? —me preguntó después de pasar casi toda la cena recordando la gran cantidad de momentos hilarantes que habíamos compartido en el pasado y evitando rozar el presente.

—Mi hijo está genial, vive en Nueva York y se está convirtiendo en alguien de quien cada día me siento más orgullosa.

—¡Qué bueno! ¿Y el amor? —Sus ojos brillaban al preguntar.

—Me casé otra vez y me he vuelto a divorciar. Llevo dos de dos.

Sonrió levemente.

—¿Y ahora estás con alguien? —Intensificó la mirada.

—Sí. Últimamente, estoy intentando ligar conmigo misma y, a pesar de la atracción evidente, me estoy haciendo un poco la dura.

Se carcajeó conmigo.

—¿Y tú? ¿Sigues siendo un nómada? —pregunté con más énfasis del que quería mostrar.

—No, hace mucho tiempo que vivo en Madrid. Casado y con una hija —me contó entrecerrando los ojos, tal vez para ocultar cualquier señal que delatara un poco de tristeza, algo de cansancio, un halo de añoranza.

—Nunca imaginé que te casarías —fue lo único que logré decir.

—Yo tampoco.

Me pareció que estaba a punto de añadir algo, pero no lo hizo. «Mierda», pensé mientras apartaba el postre y dejaba la servilleta encima de la mesa.

París se me cayó encima y la fe en los finales felices también.

Tanto puto psicólogo y todavía no me había enseñado cómo calmar la ilusión cuando irrumpe de repente. No calculé que eso podía pasar. Al emocionarme tanto recordando el pasado y con el cerebro efervescente después del chute de adrenalina en la yugular, no reparé en lo que me podía estar jugando. Era él. Quizá lo había sido siempre.

Sentía que lo deseaba otra vez.

Y otra vez era imposible.

—Me casé por varias circunstancias, pero ninguna de ellas es la que te imaginas —dijo acercando su rostro al mío y pintándome de azul adriático.

—Yo no voy con hombres casados —susurré manteniendo la cercanía—. Lo estén por amor o no. —Esperé una respuesta y, como no la hubo, seguí—: Y soy siempre yo la mujer y la amante. Dos en una. Sin concesiones —añadí apoyándome en el respaldo.

Estábamos en París veinte años después, desafiando el aquí y el ahora. No nos hacía falta pasear por el Sena, bailar con Édith Piaf ni subir a ninguna torre; la pasión envenenaba el aire y me costaba respirar.

—Me voy a pedir un taxi para volver al hotel —dije girándome y levantando la mano hacia un camarero.

—¿Estás segura? —Esbozó una sonrisa apagada.

—Completamente —mentí.

Ya en la cama, intentando apaciguar sueños indomables, me di cuenta de que nunca podría poner un número a ese hombre.

Lunes. Tercera cita de terapia

—No te has enamorado. Es «necesititis» —me aclara mi puto psicólogo número uno.

La terapia en su despacho va a ser quincenal. Dice que es un intervalo suficiente para valorar si se está produciendo una clara mejoría o no. La cara de decepción que ha ido poniendo a medida que le he ido contando mi viaje a París revela que no la estoy consiguiendo. La mejoría, digo.

En esta tercera reunión nos hemos trasladado a un piso superior. Es un despacho presidido por dos hermosos ventanales que bañan la estancia con una luz mágica y aterciopelada, en disonancia con la sonrisa irónica que sostiene mi terapeuta.

—No te he dicho que esté enamorada. Solo digo que hacía mucho tiempo que no me sentía así, tan viva. Me gusta pensar que he pasado del mundo de las palmeras al reino animal. Y, aunque ahora sea como una perra triste, sola y probablemente azul, tengo ganas de mover la cola. —Suelto la parrafada del tirón y sin mirarlo a la cara, como indicando que estoy molesta.

Sigue sonriendo, es una sonrisa más festiva, aunque no dice nada.

—Quizá la vida me esté brindando una segunda oportunidad para estar con él, ¿no?

Sigue en silencio.

—¿Crees en el destino? —insisto.

—En absoluto —sentencia.

Y seguimos con la terapia.

Martes. Esta semana promete

Siempre llevo el móvil en silencio. No soporto que ningún sonido me distraiga de lo que estoy haciendo a cada segundo. Nunca ha supuesto ningún problema porque puedes gestionar los mensajes y devolver las llamadas cuando tú quieras y eliminar o dejar en perdidas las que no.

Hoy estaba en uno de esos momentos, con el iPhone en una mano y un expreso en la otra, cuando he visto de repente que él me llamaba. No he sabido nada más de él desde que lo dejé en ese restaurante de París hace dos semanas, tres días y unas cinco horas. Parálisis facial. Parálisis corporal. Párpado derecho que se dispara solo. (¡Joder! ¡Me está llamando!). El aparato vibra sin parar y yo, inmóvil mientras la sístole y la diástole van discutiendo a grito pelado: «¡Que lo cojas! ¡Que no!», hasta que ha llegado el silencio y el aire ha vuelto a entrar en mis pulmones.

De repente tengo treinta años menos y quiero llamar a mis

amigas: «¿Qué hago?, ¿qué hago ahora?». Ganas de ir a una vidente y que me augure un futuro inmediato brutal, de comprarme un billete de AVE y llamarlo desde la Puerta de Alcalá («mírala, mírala») y quedar en el Retiro y ponernos a bailar y que me cuente que ya no está casado y que sí quiero y que comamos perdices para siempre y más allá.

Entonces me miro, con ojos de dron, y veo a una mujer vivida y medio muerta de dolor. Ya no tengo toda la vida por delante, sino mucha por detrás. No quiero volver a equivocarme a sabiendas. No voy a aceptar más retos, a jugármela con el mejor rival. No puedo seguir pensando que puedo. Porque no podré.

Cierro la espita del gas, la llave del agua, bajo el diferencial general, meto mi coraje en la maleta y me largo a vivir a un sitio tranquilo y seguro.

Sin tanto tráfico por dentro.

Al día siguiente. Es miércoles

Voy deambulando por la Diagonal mientras contabilizo mentalmente la cantidad de llamadas perdidas de ese hombre sin número y, de repente, me entra una nota de voz. Es él.

Mi hijo dice que es de una tremenda mala educación dejar audios que duren más de un minuto, a la vez que me advierte de que, bajo esta premisa, nunca va a escuchar los míos, que ni de coña tiene tiempo. (Malditos genes).

En este caso, con el corazón saliendo por mis oídos, compruebo que tiene una deliciosa y educadísima duración de treinta y siete segundos y yo atesoro todos los días del resto de mi vida para escucharlo las veces que haga falta.

«No me dejas otra opción que dejarte un mensaje por aquí, ya que parece que no me quieres coger el teléfono. No entiendo muy bien por qué no quieres hablar conmigo después de haber tenido

una cena tan agradable y sorprendente en París. Solo te quería proponer otro encuentro y poder seguir con nuestra conversación. Los dos somos adultos, diría incluso que lo suficientemente maduros para saber lo que queremos. Y ¿qué quieres que te diga? ¡Me divierte estar contigo! Supongo que mi vida está ya muy hecha y sé que soy una persona sin coraje para cambiarla. Y… y menos en un arranque de pasión, pero, si quisieras amenizarla sin demasiadas estridencias, llámame».

No lo hago.

Jueves. A por la cuarta

—¿Te consideras una mujer con mala suerte?

Hoy mi psicólogo número uno está especialmente atractivo y he estado a punto de coquetear con él en mi respuesta: «¿Yooo? ¿Por qué lo diceeesss? ¿Tú creeesss?», pero me he frenado a tiempo.

—No, siempre he pensado que he tenido mucha suerte; simplemente, creo que ha llegado el momento de dejar de tentarla. Ni siquiera de provocarla, aunque sea un poquito.

Hoy me ha recibido en un piso superior (¿será el puto dueño de todo el puto edificio?).

La sala es mucho más espaciosa y relajante, diría que incluso un poco mística, con unas pesadas cortinas de lino color berenjena, tan cerradas que apagan cualquier sospecha del sol rotundo y cegador que inunda la calle. En el centro, dos butacones de cuero (¿serán Eames auténticos?) amueblan toda la estancia. Nos hemos sentado uno frente al otro sin mesa, ordenador ni ningún otro objeto que nos separe, salvo el guion de afamado terapeuta de uno y el papel de aspirante a loca de una servidora.

—Ya no quiero correr más riesgos. Es como lo de escoger a la perra que tengo ahora. He buscado y comparado metódicamente por todo internet hasta que he encontrado la raza considerada más

bondadosa del mundo. En su origen, fue creada tras mezclar las mejores características propias de otros perros hasta lograr dar en el clavo. En el criadero, entregan a los cachorros esterilizados para asegurar su carácter, belleza y pureza. Te garantizan así que la línea de linaje no se ha mancillado, es decir, que ninguna perra de las buenas se ha liado jamás con un chucho callejero ni al revés. El resultado es una cachorrita dócil, que no muerde ni ladra ni te putea. Puedes dormir tranquila con ella, sin preocuparte por si algún día tendrá un brote psicótico heredado de un bisabuelo con malas pulgas.

Tomo aire y cambio de postura.

—Pues algo parecido a esto quiero que sea mi futura relación. Un buen tío que lleve unos genes tan maravillosamente benignos que resulte imposible que vaya a dejar de serlo. No haría falta que estuviera esterilizado. —Me detengo un segundo para pensar lo que voy a añadir y lo suelto—: Y si aparte de buen tío es un tío bueno, pues qué quieres que te diga, mucho mejor.

Hace una muestra de desagrado ante mis últimas palabras, pero suspira y sigue con la terapia.

—¿Dirías, entonces, que nunca te has enamorado de una buena persona?

—Mi mejor amigo número uno siempre cuenta la misma anécdota en las diferentes cenas impares en las que coincidimos: «Hace años le propuse conocer a un colega que estaba solo y era muy buen chico. Ella me contestó que mientras intentaba hacerse una idea de cómo era el tipo ya se había muerto de aburrimiento».

Se le escapa una carcajada.

—Sí, es verdad, antes yo era así, pero ahora no —añado, contenta por haberle arrancado algo espontáneo.

—La «necesititis» de lograr una relación con alguien que por encima de todo sea bueno demuestra que, aparte de lo primero, también tienes «mieditis». Estás creando una realidad subjetiva basada en un miedo irracional a volver a sentir sufrimiento y dolor. Tienes que entender que tú eres valiosa por la gran capacidad que

has tenido de amar a los demás y a la vida. Has sido muy honesta contigo misma —(«Uf, no tanto, no tanto», pienso yo)— y con los demás. Has amado mucho, aunque también te han herido. ¿Y? — Alza las cejas.

—No sé —respondo cabizbaja.

—¿Cuánto tiempo duró tu última relación?

«Por fin, ¡una pregunta de médico de verdad! ¿Cuánto hace que sufres estas molestias? ¿Cuántos días llevas con diarrea? ¿Cuánto tiempo hace que tienes ese hormigueo? ¿Cuántas noches llevas sin dormir? Con mi exmarido número dos estuve toda una vida, una que viví allá por el Paleolítico. ¡Todo ha pasado tan despacio desde entonces! Los hechos se desdibujan: ¿éramos de verdad una familia? Y, de repente, se me aparece en sueños (hoy, ayer, hace un mes) y se cuela por todas mis esquinas».

—Trece años. —Lo miré a los ojos—. Sí, ese, el de la mala suerte.

—Yo, en tu lugar, llamaría.

Le lanzo una mirada interrogante.

—A ese de París, no a la mala suerte.

Miércoles de recuerdos y ceniza

Hay días en los que despiertas y lo ves todo clarísimo. Entiendes que tu personalidad viene muy marcada por la perseverancia, y tus actos, por un puro instinto de supervivencia. Supongo que haber quedado huérfana tan temprano influye en el individualismo que envuelve todos tus pasos; máxime cuando el resto de los familiares vivos te dieron también por muerta y pasaron un huevo de ti.

(Mi madre deja de leer y me mira con dulzura. En sus manos tiene un libro de poemas de Rabindranath Tagore).

Imagino que a unos la edad los vuelve más cobardes. A mí me sucede todo lo contrario. Has de ser valiente para lograr confesarte a ti misma que tal vez lo que ha ocurrido es que siempre has tenido

un problema grave con la soledad. Y, lo más intrépido de todo, es probable que hayas zigzagueado tanto al andar tu camino que a nadie de aquellos que más te han querido se le haya ocurrido ni por un instante que lo hacías muerta de miedo: «Zigzag ahora por aquí, zigzag ahora por allá». ¡Qué valiente eres!, ¡esta es mi niña!, ¡cuánto te admiro!

Cuando conocí al que se convertiría en mi marido número dos, decidí que iba a estar siempre a su lado. ¿O lo decidió él? No sé, me enamoré con tanta intensidad que me imagino que en ese estado una cree que todo es posible.

Es como cuando en un aeropuerto te pierden una maleta, se te revienta la rueda de un coche, te atracan por la calle o cualquier cosa que atribuimos a un golpe de mala suerte. Como ya ha pasado una vez, quedan eliminadas en el acto todas las probabilidades de que vuelva a ocurrir. Así, de la misma manera, decidí que todo lo malo había pasado y lo bueno acababa de empezar. Nunca fui de ciencias. Ni de saber restar antes que sumar.

Era él, tenía que ser él. Ni siquiera contemplé la posibilidad de que mi tenacidad sería absurdamente inútil con ese ídolo con pies de barro. ¿Cuándo me di cuenta de que se deshacía? Ahora puedo reconocer que lo hice enseguida.

Después de la travesía en velero y tras unos meses en los que se iban cumpliendo poco a poco todos mis deseos, nos fuimos de viaje a Taormina. Recuerdo como si fuera ayer la emoción de la noche anterior eligiendo el tamaño de la maleta, haciendo una, deshaciendo otra… Era la primera vez que cogíamos un avión juntos. (No quiero que se asuste con el peso, sacaré esto, pero ¿y si llueve?, no me maquillaré mucho, sacaré este neceser y pondré este chaleco impermeable).

Por la mañana sonó el interfono y sentí la música de *El padrino* corriendo por mis venas. Bajé con maletón. Cuando le vi fuera del taxi, esperando de pie con las manos en los bolsillos, observé que tenía un cierto aire a Robert De Niro, quizá su incipiente barriga recordaba un poco más a Marión Brando. «¡Qué más da! ¡Estas

cosas son tan fáciles de cambiar!», pensé como piensan todas las mujeres cuando se enamoran.

Llegamos a Catania y andaba yo pletórica imaginando todo lo que me iba a suceder. Pensaba en la buena y equilibrada pareja que hacíamos. Él, más clásico, con camisa azul marino, pantalón de pinzas *beige*, Sebagos de ante marrón y maleta de cabina Louis Vuitton.

Yo, más yo, con vestido de seda largo, chal de ganchillo, sandalia plana y mi maletón.

De repente, un perro de la Guardia di Finanza empezó a husmear a mi novio y en cuestión de segundos montó encima de la Vuitton como si Louis fuera una perra en celo. Él seguía arrastrando su equipaje tan tranquilo y sonriendo como si no pasara nada.

—Oye, tienes un pastor alemán enganchado a tu maleta —le señalé nerviosa con el dedo.

—Tranquila, peque, debe de ser algo normal por estas tierras —respondió mirando al frente.

Antes de que se formara un verdadero espectáculo, la policía cogió al animal y nos llevó a unas dependencias.

—*Questa valigia è sua, signore?*

Él asintió. La abrió y vi más pantalones de pinzas *beige* y varias camisas en distintos tonos de azul dobladas a la perfección.

—¿No llevas ningún vaquero, ninguna camiseta? —le pregunté boquiabierta.

—Nunca he tenido unos vaqueros y no uso camisetas.

—¿Ni para ir a la playa? —insistí alucinada sin percatarme de dónde estábamos.

—*Signora, basta, questo momento è molto grave, suo marito ha un problema* —explicó el policía sacando un plástico con hierbas de una funda de Loewe.

Miré el paquetito boquiabierta y pestañeando frenéticamente.

—*Questo no es el mio marito ni niente de niente, es un idiota y un porretti que ya no me interesa una merda, capicci?* —solté con rabia, como una posesa.

—Peque, por favor, sal fuera y dile al chófer del hotel que ahora vamos —me pidió con calma.

Salí fuera llorando de rabia y lo primero que vi fue a un tipo barbudo con gafas de sol metalizadas y demasiado bronceado que llevaba un cartel del Hotel Timeo con el apellido rimbombante de mi novio. De forma instintiva, desvié la mirada hacia la pantalla de los vuelos de salida.

Me vi sola.

Supervivencia. Otra vez. La adrenalina activó mis alertas aumentando la frecuencia cardíaca, estimulando la capacidad de respirar, arrinconando de cara a la pared y con los brazos en cruz a mi maldito miedo.

Lo observé cuando salió, sonriendo como un niño que ha hecho una diablura sin importancia. Yo era demasiado beligerante y él, tal vez, un poco caradura. «Nada que no pueda arreglarse», pensé.

En el coche, todavía sin hablarle, pero sabiendo perfectamente lo que iría ocurriendo hasta la reconciliación, miraba la magnífica silueta del volcán mientras me venían a la memoria unas palabras que oí alguna vez: «Las mujeres se casan con los hombres pensando que ya cambiarán. Los hombres lo hacen pensando que ellas no lo harán nunca».

Siete meses y veintinueve días después. Sigo volando sobre el nido del cuco

Esta va a ser nuestra última sesión antes de las vacaciones de verano. Hace un calor insoportable y, solo de pensar en sacar a relucir a cualquiera de mis ex con esta asfixia, me entra tal náusea que me quiero evaporar del todo. Sin embargo, como se ve que soy perseverante, obstinada y no sé cuántas idioteces más, acudo puntual a la cita con mi terapeuta.

Me ha recibido en el ático y creo que todavía no he podido cerrar

la boca del todo. La estancia es espectacular, de forma circular, bajo una bóveda con una pequeña claraboya que deja pasar una luz que se derrama de forma teatral sobre una contundente mesa de roble dispuesta en diagonal. Delante de ella, una *chaise longue* de Le Corbusier de piel marrón parece invitarme a celebrar mis avances recostándome en ella.

Me acerco con admiración, pisando con cuidado el frágil y precioso suelo hidráulico y mirando cohibida a mi puto psicólogo.

—Siéntate o túmbate, lo que prefieras. —Me observa divertido—. Hoy haremos otro tipo de sesión, no hará falta que me cuentes nada ni me grabes. Vamos a intentar algo que creo que con una personalidad como la tuya puede funcionar muy bien.

Me siento donde el mueble pronuncia su curva más profunda apoyando los pies en el suelo.

—Me asalta una duda. —Mi voz suena grave—. ¿Vas mejorando el espacio donde me recibes a medida que avanzo en la terapia?

—¿Tú qué crees? —Se ríe y continúa—. Puede ser, puede ser.

—Y si, en vez de avanzar, retrocedo, ¿volveremos a la planta baja?

—Probablemente.

¿Está coqueteando o es que yo me estoy volviendo majara del todo?

Dudo un poco antes de seguir preguntando.

—¿Y existe un sótano?

Cuando ha asentido con la cabeza, creo que reprimiendo la carcajada, me he estirado dramáticamente sobre la *chaise longue* y así, sintiéndome como si fuera la mismísima dama de las camelias, es cuando he descubierto que mi dios-terapeuta no descarta que algún día yo pueda salir de aquí mucho peor de lo que he entrado.

—Hoy probaremos con la hipnosis. —Me mira con viveza—. ¿Te parece bien?

Una de las cosas que más estaba cambiando en mi actitud gracias a la terapia era a aprender a decir que sí.

—Sí.

—La hipnoterapia es una técnica estupenda para ayudarnos a llegar al inconsciente y a programar la mente.

(«Joder», pienso mientras mi madre alza la cabeza).

—No pongas esa cara, no es nada peligroso. La hipnosis es un mero activador del inconsciente que nos hará llegar con más rapidez a solucionar la raíz de tu problema.

(«No me pongas más nerviosa, mamá, yo tampoco me acuerdo ya de qué problema me habla»).

Me revuelvo provocando un ruido medio escatológico al rozar mi pantalón con la piel de Le Corbusier.

—A medida que vayamos repitiendo sesiones, verás cómo cambia de forma notable tu perspectiva de la vida y de los hombres.

(«Eso sí que no me lo trago ni de coña. Mi madre dice que tampoco»).

Hago de niña sentada en primera fila y no delato con ningún gesto lo que pienso en realidad.

—Bien, vamos a probar practicando unos veinte minutos hoy y al final hablaremos de la experiencia.

(«¡Uf!»).

—Cierra los ojos, acomódate bien y respira con tranquilidad. Yo lo voy a hacer también contigo. —Los cierro y él dice—: Empezamos.

(«Venga, vámonos, ¡a ver qué pasa!», me digo mientras veo cómo mi madre entra en la cocina a prepararse un café).

—Respiramos profundamente, me fijo en la respiración, cómo el aire entra y sale por la nariz —habla como en un susurro, arrastrando las últimas sílabas.

Me concentro en sus palabras.

—Nos fijamos en todos los sonidos de la habitación y del exterior, intento captarlos y los dejo pasar. Cada vez más relajada y tranquila, me fijo en el aire que entra y sale, en el tacto del cuerpo con la butaca, en la espalda, en los brazos relajados. Con cada inspiración me relajo más, los músculos se destensan, la cabeza no me pesa, la mandíbula está relajada, y la frente, descansada. Los ojos se cierran y ya no se pueden abrir… Cada vez más tranquila y relajada.

Imaginamos que estamos andando por el campo, en un entorno increíblemente hermoso. A lo lejos vemos una casa, entramos en ella felices y vemos una escalera. Bajamos cada peldaño, entrando cada vez más profundamente en hipnosis. Qué placer da bajar relajada. Vemos una puerta, la abrimos y observamos un campo, mucho más hermoso que el anterior. Al fondo hay una alfombra mágica. Nos montamos en ella y empezamos a volar, qué maravilla… Vemos el bosque desde arriba y nos fijamos en mil detalles, hay un río, nos acercamos con la alfombra y vemos muchos puentes distintos. En cada puente que vemos entramos más en hipnosis, cada vez más relajados y tranquilos…

Bajamos de la alfombra y entramos otra vez en la casa. Vemos otra escalera que va más abajo… A medida que bajamos cada peldaño, entramos cada vez en un estado más profundo, maravilloso, relajado, aquel sitio que todos guardamos dentro… Vemos otra puerta, hay otro prado y nos tiramos bocarriba. Estamos disfrutando como nunca, nos encanta contemplar las nubes, mmm… Y con cada nube que pasa entramos cada vez más en hipnosis. El cielo azul está tranquilo, como nuestra mente, y mirándolo nos damos cuenta de que nuestra vida está llena de abundancia, de infinitas posibilidades para ser muy dichosos, tenemos un horizonte vital increíble, la oportunidad de gozar de todo lo que hay a nuestro alrededor, de hacer lo que queramos.

No necesitamos más que estar vivos, jamás hemos necesitado una pareja para ser felices. ¡Vaya chorrada! Tener una pareja como fuente principal del bienestar es una mentira, una trampa; podemos amar a quien queramos sin la necesidad de que sea una pareja. Qué liberación. ¡Somos tan felices así! Volvemos a la casa y subimos los peldaños que nos encontramos. A medida que lo hacemos, vamos saliendo de la hipnosis, felices, tranquilos, con un mensaje grabado dentro de nosotros que nos durará semanas, incluso meses. Subiremos diez escalones y saldremos de la hipnosis felices y liberados; 10, subimos; 9, vamos saliendo; 8, qué bien nos sentimos; 7, 6, apreciamos la abundancia; 5, 4, y las oportunidades

de la vida; 3, vamos despertando; 2, 1, saliendo, 0.

Hemos ido abriendo los ojos poco a poco hasta mirarnos fijamente sin sentir la necesidad de decir nada. Suspiro y me voy levantando con cuidado. Hago un ademán de despedida con la mano y le sonrío de la forma más intensa que puedo expresar.

¡Madre mía! ¿Existirá mayor felicidad de la que siento en este momento?

Puta hipnosis.

Un verano diferente

Hoy empiezo mis vacaciones. Siempre intento cogerlas cuando agosto empieza a agotarse de ser tan vulgar y se va deshinchando. Anochece más temprano, aparecen las tormentas, la gente va regresando a sus circunstancias, las playas van retomando el color arena y parece que el mar vuelve a respirar.

El verano es la estación más indiscriminada. No importa quién seas, ni de dónde vengas ni cuál sea tu condición, sus horribles tentáculos nos alcanzan a todos: las manchas de sudor inocultables en tu mejor vestido de seda, los exabruptos que sueltas en las colas de la autovía, la poca paciencia que muestras con los niños ajenos cuando intentas cenar en un sitio en el que te ha costado la vida conseguir mesa, el cabreo de no poder tomar el sol con tranquilidad por culpa de unos jugadores de palas que siempre se ponen a tus pies: «Perdón, señora». («¿Otra veeez? ¡Señora lo serás tú! ¡No te digo!»). La resaca del tinto de verano, la indigestión de esa mala paella y ni qué decir de los temas de conversación en los que, mientras tus conexiones neuronales se van deshaciendo, lo máximo que logras manifestar es «qué calor hace hoy» y cuando entran en lo que vienen siendo los mosquitos tigre ni siquiera puedes rechistar.

Sin embargo, mientras conduzco por las curvas cerradas que me llevan a Cadaqués voy pensando que esos días me los voy a tomar

de otra manera. Después de la última terapia me siento extrañamente feliz, relajada, liberada.

Cuando he llegado al apartamento después de sortear infinitas dificultades por unas tortuosas callejuelas, he abierto la puerta del coche y me he quedado tan extasiada admirando las inigualables vistas de este pueblo de postal que la tramontana casi me arranca el brazo de cuajo. He sacado a mi perra y las pesadas maletas de mi Mini *Country* y he echado de menos al Man más que nunca. («¡No! Piensa en tu terapia, eres una mujer muy feliz, muy libre y muy relajada… y te va fenomenal hacer este ejercicio para muscular»).

He quedado con mi mejor amiga número dos en el bar del casino. Cuando nos vemos, siempre nos abrazamos lo más fuerte que podemos. Desde que éramos muy pequeñas, cada reencuentro es una auténtica manifestación de locura. Sin embargo, a partir de los cincuenta, cuando te empiezan a doler los huesos y el ridículo ajeno, hemos ido dejando los saltitos que acompañaban a esa alegría por ir corriendo a la barra a pedir dos vinos y poder brindar. Nos hemos sentado en un banco que da a la playa y nos hemos intentado poner al día hablando atropelladamente, apurando las copas, sin apenas darnos cuenta del deambular continuo de la gente cuando empieza a atardecer.

De pronto veo a un extraordinario ejemplar masculino que pasea solo por la orilla. Me llama la atención sobre todo por su manera de andar. Descalzo, sosegado, con una elegancia que solo posee la naturalidad, camina con las manos en los bolsillos y mirando hacia nuestra dirección. El pelo blanco, muy revuelto, y la barba de tres días también. La camisa raída de algún color desteñido medio abierta por un viento que desnuda su piel bronceada. Unas bermudas viejas que debieron de ser azules en algún momento caen por debajo de sus caderas. Aguanta un cigarro por un lado de sus labios.

—¿Y este? —Dirijo mi mirada hacia él—. ¿Sabes quién es?

—¡Uf! Sí, es uno del pueblo, guapísimo a más no poder.

—¿Y qué hace?

—Tiene un *llaüt* que ha restaurado él solo y que perteneció a Dalí…

—¿Un *llaüt*? —interrumpo.

—Sí, una de esas barcas de madera tradicionales que hay aquí.

—¡Ah! —exclamo sin perder de vista al tipo.

—La ha decorado monísima y la ha convertido en un bar de mojitos que va ofreciendo a los barcos que pasan el día en las calas. Te gusta, ¿eh?

Sonrío y asiento, convencida de que no va a tardar ni un segundo en soltar la bomba:

—Nunca se le ha conocido ninguna relación, nadie sabe mucho de su vida ni lo que hace en invierno. Es simpático, no creas, pero va a su bola. Todas, locales y guiris, estamos un poco enamoradas de él.

Se para de espaldas a nosotras y lanza piedras al agua, haciéndolas rebotar. Me fijo en sus manos, también son preciosas.

—Está bueno que te mueres —digo olvidando la edad y los disgustos que llevo encima.

—Sí, pero tiene por lo menos diez años menos que nosotras, seguro que no busca novia, no creo que tenga estudios y, mucho menos, ninguna ambición.

—Mmm…, creo que me acabo de enamorar.

Nos vamos a buscar otra copa y, cuando volvemos, él ha desaparecido.

A l'estiu tota cuca viu

Hoy salimos en la menorquina del primer y único marido de mi mejor amiga número dos. Como la tramontana sopla todavía con fuerza, nos hemos refugiado en la cala Nans. Perfectamente conocedora de las emociones que el porvenir me podía tener preparadas en este *mare nostrum*, me he puesto inusitadamente

conjuntada para salir a navegar.

—Niña, que estamos en Cadaqués, no en Ibiza —me suelta mi amiga.

—Ya, pero es que me hacía mucha ilusión estrenarlo —miento.

He tardado unas dos horas en decidir qué me ponía. Conocer a alguien que te interesa mucho vestida con solo un bikini es de las peores cosas que te pueden ocurrir cuando has sobrepasado la barrera de la juventud y no eres Gisele Bündchen. Bueno, aunque tampoco soy un adefesio, ¿eh? Se ve que de bebé era preciosa que te mueres. Recuerdo con desagrado las caricias en la cara que me hacían los mayores: «¡Qué guapa es esta niña!». Y lo seguí siendo hasta la adolescencia, cuando los comentarios cambiaron sensiblemente por un «¡Qué atractiva es!» muy de vez en cuando. Se alargó mi cara y la nariz empezó a cobrar más protagonismo que mis grandes ojos. ¡Qué le vamos a hacer! «Te da mucha personalidad». Ya, como si de eso no fuera ya servida del todo.

Sin embargo, no me quejo, pues creo que tengo un físico bastante acorde con mi forma de pensar. No me gustaría ser uno de esos bellezones de los que todos se enamoran y babean, sin importarles si hay vida inteligente por dentro. El ser «atractiva con personalidad» lleva intrínsecos unos filtros para que solo se te acerquen los escogidos. Tú los miras y les das la venia; si no lo haces, nadie se atreve a molestar a no ser que sea un insensato o vaya ebrio. Lo del tamaño de las tetas, en cambio, sí que ha sido muchas veces un incordio; la generosidad de mis atributos ha atraído a bastante idiota que solo he sabido detectar con el tiempo y a base de mucho esfuerzo (todavía se me cuela alguno, por cierto).

Pues eso, que he escogido un bikini azul que me disimula el pecho, alarga las piernas y sube un poco el culo. Vale un dineral, pero a medida que pasan los años tu credibilidad requiere una inversión y una atención constantes. Me he puesto encima un vestido de *voile* de algodón azul más claro y largo hasta los pies con aberturas por los lados, un collar de semillas larguísimo que me trajo alguien de Cuba, sombrero de paja y unas espardeñas con doble

suela.

Después de comer un auténtico manjar que nos ha cocinado a bordo el marido de mi amiga (tendría que haber un programa de *Suertudas por el mundo*), ha llegado aquella hora del verano en la que apetece una copa. Justo cuando me iba a tirar al agua para que se me fuera un poco el efecto de las que llevaba dentro, he visto como ÉL iba entrando en la cala y he optado por permanecer expectante, en cubierta y en silencio.

La barca se llama Gala y es una preciosidad. De madera auténtica, pintada de blanco y en la parte inferior, bordeando el mar, una raya amarilla; el mástil y un palo sujetan el toldo crudo, y debajo de él, ramas de olivo y lavandas colocadas con mucho encanto por todos lados.

Aunque está un poco lejos, distingo que va vestido igual que ayer. Lleva la caña como si hubiera nacido con ella, con un poco de arrogancia. No sé si será una pose defensiva por saber de sobra las tonterías que le van a soltar los clientes en estado etílico o es que se siente orgulloso de lo que es, sin más.

Me gustan los chulos. De toda la vida.

Mi amiga alza el brazo y cuando él se despide de la otra embarcación pone rumbo hacia nosotros con la misma altanería. Me está mirando fijamente. Sostengo la mirada como puedo.

—Hola, ¿cómo va?, ¿tres mojitos?

Tiene una voz enronquecida y sexi.

Lo miro por encima de mis gafas de sol y digo:

—Yo preferiría un daiquiri. —Intento que mi entonación resulte también ronca y sexi y no mirar a mi amiga, a la que imagino muerta de vergüenza.

—Yo solo hago mojitos, tía. —Mientras los va preparando no deja de mirarme provocativamente.

—¿Solo haces mojitos, tío? Pues ya pueden estar buenos.

Lo miro también, esbozando una mueca de falso fastidio.

Después de un largo silencio mientras va moviendo la mano de mortero diluyendo el zumo de lima con la menta y el azúcar, me

mira con chulería y dice:

—Lo están. —Ladeo la cabeza con coquetería—. Prueba uno. Si no te gusta, te debo una cerveza en el casino.

Cojo el mojito, quito la pajita y bebo un larguísimo trago con los ojos cerrados. Los abro, miro el vaso, meto un dedo y remuevo el hielo picado.

—No me gusta —sonrío burlona.

—Pues nos vemos en el casino a las ocho, cuando acabo el curro.

Mientras se marcha y vamos tomando las copas, hablamos con disimulo de otras cosas. Pero, en el mismo instante en que el marido de mi amiga baja al camarote a echarse la siesta, las dos empezamos a saltar con las manos cogidas como cuando éramos niñas y muriéndonos de la risa.

—¡Qué fuerteee! ¡Te lo has ligado! ¡Tienes una citaaa! —dice emocionada a mi oído para que no lo oiga nadie.

—Sí, qué fuerteee. ¿Qué me pongo?

—Nada, ve así, todo el mundo va al casino directamente a tomar algo cuando deja la barca.

—¿En serio? ¿Con la sal? ¿Y este pelo?

—Síií, estás más salvaje.

Eso, lo que me faltaba, salvaje como una tigresa madura. Como siga así, seguro que acabaré mis días veraneando en Marbella.

A las ocho

—Hola, tía.

Él sí se ha cambiado. Lleva otra camisa, también descolorida y agujereada, bermudas deshilachadas y unas espardeñas destrozadas que va arrastrando con los pies medio por fuera. Su cara parece más relajada, y su sonrisa, incluso un poco bobalicona.

—Me acabo de fumar un peta que estaba guay, tía. Voy a por las birras.

—Vale, tío. —Miro hacia todos lados buscando a mi amiga. Me siento descolocada, el puntito de las copas ha desaparecido. Quiero ducharme y tengo frío.

(Mi madre está balanceándose en la hamaca del jardín de casa con un turbante de colores estridentes en la cabeza y un Marlboro en los labios. Suena Bob Marley en un radiocasete).

Sale del bar y nos quedamos fuera con los botellines, rodeados de gente que hace lo mismo.

—¿Dónde duermes? —me pregunta acercándose mucho a mi cara.

Creo que me tendré que fumar yo también algo para poder seguir una conversación con este tipo. Le explico que he alquilado unos días un apartamento, que me encanta este pueblo, le hablo de la última vez que había estado aquí, que yo tenía veinte años, que Cadaqués mantiene su esencia, que he venido a estar unos días con mi íntima amiga y su marido, que me lo paso de cine con ellos y como, además, me he divorciado hace unos meses, pues así me recupero del disgusto. Explico todo esto con una retahíla de frases hechas que hasta a mí misma me parecen tediosas.

Cuando alguien no me contesta y solo observa cómo hablo me pongo tan nerviosa que entonces no callo. (Con mi mejor amiga número tres me pasa, me deja hablar y hablar mientras su mirada se mantiene tan inexpresiva como la de un lagarto. La quiero matar, pero es una fantástica terapeuta natural y gratuita. Incluso a veces, cuando es ella la que me llama por teléfono y contesto con el típico «¿Sí?», me responde «Dime»).

Después de un cuarto de hora hablando y con la sensación de que, si no me interrumpe con algún gesto, le voy a empezar a hablar ya de mi madre y mi colegio, decido parar y beber un poco del botellín. Solo entonces y en la misma postura, recostado perezosamente en la pared y con los brazos cruzados, me dice con la voz que tienen todos los granujas:

—¿Te molaría ir mañana a ver el amanecer en mi barca?

Casi me da un síncope.

(¡Por favor!, ¿lo puedes repetir mientras te grabo en vídeo? Necesito ponérselo a todas mis mejores amigas; si no, no me van a creer. Qué guapo eres, joder. Y, ya que estamos, ¿lo puedes repetir cambiando el «te molaría» por un «te gustaría»? Da igual, ¿sabes? Así queda mucho más canalla y da mucha más sensación de peligro, ¿no?).

—Sí, me molaría mucho —parece que por fin voy a tener una aventura como mi puto dios-psicólogo manda.

—Pues yo ya me piro, tía. Quedamos a las seis y media de la mañana allí. —Me señala una playita.

—Perfecto, tío.

Me mira y sonríe, no sé si porque al fin ha captado la ironía con la que uso su mismo lenguaje o porque aún le dura el efecto del peta.

Antes del amanecer

La humedad me ha dejado el pelo encrespado, no he podido borrar la arruga que ha impreso la almohada de lino en mi mejilla, tengo más ojeras que nunca debido al insomnio que he sufrido esta noche, con los nervios he manchado mi mejor bikini de crema autobronceadora (mis piernas no se ponen morenas nunca) y no tengo la más remota idea del vestido que me voy a poner. Al final, decido comportarme como una tía que mola y me pongo un bañador viejo que había sido negro, un jersey enorme de algodón grueso crudo con rayas color carbón, algo de aceite en el pelo que hace que se formen unas ondas surferas y mucha hidratante con partículas iridiscentes en cara y cuerpo. El espejo me devuelve la imagen de alguien que, sin duda, sabe navegar por la vida.

Es de noche todavía. Voy andando por el paseo marítimo rumbo a Portdoguer y si esto fuera una película pensaría que el tipo que se encarga de las localizaciones es un genio. El entorno es tan

absolutamente maravilloso que parece irreal. Se respira una paz absoluta.

No hay ni un alma, solo la de las gaviotas, si es que la tienen. El mar, todo de plata, inerte, inmóvil. El islote Es Cucurucuc emergiendo entre la bruma sin hacer nada de espuma. El pueblo, dormido, soñando en blanco y azul. La belleza perfecta sin derroches ni aspavientos.

Distingo su esbelta figura a bordo de Gala y siento como si ellos dos siempre hubieran formado parte de ese decorado y yo estuviera tan fuera de plano como una vulgar polizona.

Aunque tan solo estoy a unos pasos, mi coraje empieza a temblar: «Pero ¿qué narices estoy haciendo aquí? Tranquila, inspira hasta el fondo, espira y suelta…, eso es, soy una mujer, una tía que mola, alguien sin edad, sin obligaciones, liberada, relajada y tranquila que va a disfrutar de la vida como los animales en la sabana o, en este caso, los pececillos en el mar».

—¡Hola! —No se me ocurre qué más decir.

—Hola, ¿cómo va? ¿Te ha costado levantarte? Espera, que te ayudo a subir.

«¿Qué le pasa? ¿Y esta educación? ¿Es su hermano gemelo?».

—Tenemos suerte, hay muy buena mar.

La actitud ha cambiado por completo, su mirada sonríe tímidamente, sus gestos despiden humildad en todo lo que hace, parece empeñado en que yo esté cómoda y a gusto.

Yo reacciono un poco sorprendida ante el cambio tan brutal.

—No, no te preocupes, estoy bien —respondo un poco brusca.

Me siento en la proa mojando mi viejo jersey con las gotas de humedad.

—Iremos despacio, no te preocupes. Y que no te asuste la oscuridad, conozco muy bien esta zona.

¡Uf! ¿Qué es todo esto? No sé si sabré encajar a estas horas a un ser bipolar. Yo esperaba encontrarme al hombre indómito e imprevisible de ayer y seguir disfrutando de la película y no a un delicado Hugh Grant con el que me voy a acurrucar. Oye, que yo no

he venido a por amor, solo quiero a ese malote de pueblo que sin duda hace lo mismo con todas las mujeres cada verano, arrollándolas de placer, dominándolas por completo. ¡Ayyy! Ahora que me atrevo con una aventura, a disfrutar por fin de mi único rollete de un día, en vez de casarme tanto. A tomar impulso y saltar al vacío. A gozar sin pasar por el cerebro y ni mucho menos por el corazón… ¡A comerme por una vez algo de la vida en un solo bocado!

Saca un minialtavoz, agarra su móvil y pone *Soñar contigo* de Zenet:

Déjame imaginarme en tus labios los míos
Déjame que me crea que te vuelvo loca
Déjame que yo sea quien te quite la ropa…

¡Dios! Se me está erizando hasta el sitio más recóndito del cuerpo. Creo que estoy pasando de ser palmera a una de las monas más cachondas que viven encima.

—¿Tienes frío? —me pregunta paternal.

«Pero ¿quién es este? ¡Que me devuelvan al sinvergüenza de ayer! ¡Director! Estoy rodando la escena con un doble. ¡Es un impostor!».

—No, estoy bien, muchas gracias.

¿Me ha salido un tono de mala leche?

Que mi piel sea el forro de tu vestido
Déjame que te coma solo con los ojos
Con lo que me provocas yo me conformo…

Ha anclado en una pequeña cala del cap de Creus, se ha acomodado a mi lado, yo intento sonreír. Nos hemos puesto a mirar el horizonte, en silencio, esperando la salida del sol. Algunas franjas de colores cálidos entre la neblina anuncian su inminente llegada. En

ese instante, saca un porro, ya liado, de su bolsillo.

—No hay nada como el primer canuto del día —se achinan sus ojos mientras lo enciende.

—¿Quieres?

Niego con la cabeza y sigo mirando al horizonte.

Si algo me tira para atrás en esta vida aparte del olor a pimiento asado es el que despide un porro. Probé una calada en la adolescencia (creo que era maría) y recuerdo que, mientras todo el mundo se reía, yo solo preguntaba: «¿Cuándo acaba el efecto? Por favor, ¡qué termine esto!».

Se lo fuma con fruición y observo cómo se van relajando sus gestos.

Qué bonito sería jugarse la vida, probar tu veneno…

La canción suena en bucle.

Cuando el sol empieza a asomar, me coge el rostro con las manos y me besa en los labios. Mantengo los ojos muy abiertos para disfrutar y no perderme nada del momento, del entorno que nos mece, del bello rostro que me está besando, pero el sabor a hierba estropea toda la magia y me dan arcadas. Cuando nota que me remuevo, me besa con más fuerza y me empieza a hacer daño por el ímpetu que va cogiendo su lengua; una mano me toca un pecho sin gracia, la otra lo intenta más abajo. No ha salido por completo el sol y ya me ha tocado todo lo que llevaba meses completamente árido.

Me aparto con disimulo.

—Qué guay, tía. —Su sonrisa ya vuelve a ser boba.

—Mira, me gustaría irme. No pasa nada, pero creo que empiezo a encontrarme mal —le digo poniéndome las manos en el estómago y doblando exageradamente el tórax.

—¿Te mareas en barca, tía? Lo podías haber dicho. —Se

incorpora de muy mala leche y va a levar el ancla.

Me quedo cabizbaja y ya no lo vuelvo a mirar.

Déjame que te espere aunque no vuelvas.
Déjame que te deje tenerme pena.

Después del atardecer

Me he pasado horas encerrada en casa. Al final, saco a pasear a Perra y busco refugio llamando a mi hijo. Está pasando el verano en Estados Unidos. Ha alquilado un coche y está haciendo un tramo de la Ruta 66 junto con unos amigos. Mientras me cuenta cosas sobre Chicago, pienso en lo que me diría si supiera dónde y con quién estaba su madre hace tan solo unas horas.

No se lo creería nunca. Siempre ha sido un poco escéptico.

Mi hijo no soporta que me haga mayor.

—Mami, joder, te estás haciendo vieja —me suelta cuando le hago repetir una frase, le pido que me ayude con Netflix o no me acuerdo del nombre de alguno de sus cien amigos.

Casi nunca tocamos temas demasiado personales. Desde que era un niño ha rehuido la intimidad de cualquier conversación profunda conmigo. Nunca me ha preguntado, por ejemplo, por qué me separé de su padre. Tampoco qué pasó con el que fue su padrastro durante trece años. Sin embargo, de vez en cuando me escribe cartas, que me entrega tímidamente en un sobre. Cuando las leo, estalla todo mi ser en mil pedazos. Es como si nos quisiéramos tanto que lo mejor es no delatarnos como hace el resto del mundo. Disimulamos a tope y sonreímos por dentro.

Lo más difícil que he hecho en mi vida ha sido ser una madre fuerte, disimulando la añoranza que siento cada día por la mía e intentando dar mi amor más profundo sin prometer nunca algo que

sea una mentira, tan necesaria para un niño a veces, como la de que siempre voy a estar ahí… Mi máxima demostración de amor es soltarlo, dejar que vuele y que escriba su vida en un papel en blanco, con tachones, faltas de ortografía y contradicciones.

Sé cómo escribe un «te quiero». Y con eso lo digo todo.

Últimos días de agosto

—Pues no sé, igual es por la hipnosis —le digo a mi amiga con los ojos cerrados detrás de unas gafas. Como su marido se ha tenido que ir a Barcelona, nosotras nos hemos ido a la playa. Tomando el sol sobre dos pareos de algodón y sin apenas girarme para mirarla, le voy contando lo que pasó ayer con el barquero.

—Pero es que no lo entiendo, ¿qué te ocurrió? —Se apoya sobre un codo y me tapa el sol con la cabeza mientras me habla—. ¿No querías una historia sin importancia? ¿No te encantaba? ¡Si la mayoría de las mujeres nos pirraríamos por tener algo con ese tío!

—Tú calla, que estás casada —contesto sonriendo.

—Ya, pues por eso mismo —dice y suelta una carcajada.

—La verdad es que igual reaccioné así porque estoy hipnotizada. No sé. O porque de repente desperté de la emoción en la que estaba sumida tan solo unas horas antes y reconocí en ese momento que no sentía nada —suspiré y seguí—. La verdad es que me confundió con su comportamiento. Al final, no sabía si estaba con un rompecorazones de guion o con alguien emocionalmente inseguro representando ese papel. —Me incorporé—. Yo tampoco sabía cómo tenía que actuar, porque, por suerte o por desgracia, no sé hacerlo; solo quería jugar, como tantas veces he leído en mil novelas. Pero, qué quieres que te diga, al final he de confesar que yo no soy así y que, a pesar de los destrozos de mi pasado, no me da vergüenza reconocer que un beso sin tiempo de espera, sin emoción, sin un deseo muy profundo, es una mierda. —Ahora se tumbó ella con un

suspiro—. Y que se fumara un porro a las siete de la mañana me causó el mismo efecto que cuando alguien te habla muy cerca y tiene halitosis. ¡Uf! Le cogí una manía que ya no lo encuentro ni guapo.

Mi amiga se echó a reír.

—Pues mira que eres rara.

—Sí, tan rara que probablemente vuelvo a ser virgen —dije tumbándome otra vez y mirando el cielo.

Reflexiones que vienen al caso

—A ti te pasan demasiadas cosas, ¿no?

Esto es algo que llevan diciéndome desde que tengo uso de razón.

Cuando era joven, y para no levantar suspicacias ni miradas desconfiadas de la persona que tenía enfrente, llegaba a jurar por mi madre o por el Espíritu Santo que todo cuanto contaba era verdad. Me hacían sentir que era una mentirosa, una intrusa, alguien tan exótico como advenedizo.

—Pero ¿cómo te puede ocurrir todo a ti? ¡Ya es casualidad!

Con el tiempo, me he dado cuenta de que en realidad todos llevamos un interminable *best seller* a cuestas, lo que ocurre es que la mayoría no se da ni cuenta.

—Tengo mucho que contarte —le digo a alguien.

—Pero ¡si nos vimos hace menos de un mes! No lo entiendo, a mí nunca me pasa nada.

A medida que van viviendo, se lo van echando todo a la espalda confiando en que el olvido o el tiempo curador los hará seguir tan panchos. Notan que hay algo que les impide andar ligeros, pero resuelven que serán cosas de la edad y siguen tirando.

Muchas personas hacen como que viven y algunos de ellos incluso lo consiguen representar de maravilla. Son los que se vienen

definiendo como «afortunados»: auténticos profesionales en el arte de salir indemnes, pertenecen al exclusivo gremio de «los de la flor en el culo». Se caracterizan por su amplia sonrisa formada por carísimas y perfectas carillas dentales blancas y por su incombustible cordialidad. Cuando intentas profundizar un poco, se puede percibir un alma igual de enfundada (sobre todo, cuando se sueltan tras dos botellas de un buen Chablis). Se alimentan de cualquier mirada ajena. De todas ellas, menos de la suya propia.

Nos insisten hasta el más profundo de los aburrimientos en que lo importante es vivir el presente, que tenemos que ser felices con lo que tenemos en cada momento de la vida y agarrar tan fuerte al pájaro en mano que no le quede por soltar ni un solo pío (con lo maravilloso que son los ciento volando, sin que sepa nadie adónde irán).

Nos estamos volviendo unos histéricos al seguir unas directrices tan contradictorias como son disfrutar como locos del hoy por si mañana nos da un patatús y a la vez abarcar toda la información necesaria para poder vivir hasta el infinito con la máxima salud, dinero, amor, juventud, posición, seguridad y fuerza de voluntad juntas.

Somos unos suicidas más falsos que Judas.

Mucha gente, si tiene que elegir, prefiere que nunca le suceda nada: «Virgencita, que me quede como estoy». No arriesgan, no mueven ficha, y cuando a alguno de sus congéneres les sale algo mal, ellos sienten un consuelo descomunal: «Menos mal que no me ha ocurrido a mí». Angelito, pero ¿qué narices te va a ocurrir a ti, si tu alma vive en permanente protección oficial?

En esta época, tan falta de fe, de rezos y de confesionarios, lo mejor es seguir la corriente. Ir cumpliendo años junto con unas expectativas que no se sabe muy bien quién va dictando.

La Biblia ahora es ciencia ficción. No hay moralejas. Ni ninguna necesidad de ellas.

Hace tiempo que intento pasar horas alejada de las personas y escuchar a ver qué coño digo. De tanto interpretar papeles para no

pelearme con quien más quiero me estoy quedando medio sorda. O sorda y media.

Cuando, por fin, junto arrojo y me miro al espejo, me veo como en un camerino, maquillándome para debutar en un estreno, sin ningún papel de los buenos aprendido con dignidad. Solo algunas frases sueltas, resultonas, me bailan por la cabeza.

Entonces entra alguien que me entrega una cantidad ingente de guiones completamente desordenados mientras oigo sobresaltada cómo una voz en grito y desde muy lejos avisa de que solo quedan cinco minutos para salir a escena.

Tumbada en la playa con los ojos cerrados

A veces no encajo.
Ni los golpes.
Ni en los sitios.
Ni con nadie.

Juntas desde el parvulario

Mi mejor amiga número dos vive en una de las casas más bonitas de Cadaqués. Es una casa del arquitecto Lanfranco Bombelli magníficamente asentada delante de la playa del Ros. Es de una belleza tan simple como rotunda. Sus líneas geométricas y racionalistas se mecen, sin embargo, armoniosamente, al ritmo del movimiento continuo de las olas. El color blanco impregna de pureza su estampa consintiendo como único adorno el verde de algunos enormes cactus que viven a su alrededor. Amplios ventanales miran hacia el mar como si hubieran renunciado desde el principio a atender nada más. El interior, concordante con su apariencia exterior y decorado con muebles y otros enseres de los años sesenta, da la

impresión de que, una vez te has sentado en un rincón del largo sofá delante de la impresionante chimenea, verás entrar a Peter Sellers con un *dry* martini en la mano dispuesto a empezar un guateque.

—Voy a dar una fiesta este sábado en casa —me dice animada mi amiga—. Va a venir gente muy interesante.

—Oye, ya lo capto, ¿en quién has pensado esta vez? —le respondo con los ojos en blanco.

—Es perfecto para ti. Muchísimo.

Ahora los cierro y me tapo la cara con las manos.

—No, de verdad, no quiero conocer a nadie perfecto para mí —suspiro de forma exagerada—. Estoy hipnotizada y es inútil.

—Seguro, muy hipnotizada, pero lo vas a conocer igual —insiste.

—¿Quién es? —pregunto con desgana.

—Es un eminente matemático de París, forrado, con ático en la place des Vosges, habla siete idiomas, escribe novelas de ciencia ficción, es un gran aficionado a la ópera y, además, es un pianista notable.

—Pero ¿qué tengo que ver yo con un señor así?

—Mucho más de lo que crees. Es muy inteligente y a ti eso te pone.

—A mí lo que me pone es el sentido del humor y, al contrario de lo que se dice, no siempre van unidos.

—Mira, no pierdes nada por conocerlo —me responde, un poco molesta—. Hacemos una cosa, yo te lo presento en plan natural —(¡ay, dios!, la naturalidad de mi amiga se basa principalmente en dos mejillas ruborizadas color rojo intenso y unas carcajadas de loca cuando las quiere disimular)— y habláis un poco. Si ves que te gusta, te rascas la nariz y yo me acerco e improviso una cena para los cuatro al día siguiente. Si no te gusta, te rascas la cabeza y lo dejamos correr.

—Pero ¿por qué me tengo que rascar algo? Ya me lo notarás, ¿no? —Se me ocurre preguntar.

—¡Qué te rasques, joder! —chilla y se da la vuelta.

El día después de mi guateque número uno

A mi amiga se le olvidaron un par de detalles con importancia al describir al tipo.

Si lo hubiera visto mi abuela, habría dicho: «*Aquest noi és alt com un sant Pau*».

Casi dos metros de altura coronados por una gran cabeza que contradecía aquello de que «El saber no ocupa lugar». En su caso, la sapiencia se derramaba ostensiblemente por todo lo ancho de su frente. Por encima de las gafas se asomaban unas gruesas y circunflejas cejas negras que contrastaban con los cuatro pelos blancos y rizados enclavados encima de sus orejas. Tras ellas, una mirada cortante e incisiva me observaba, como si yo fuera un pobre ratón de laboratorio, desde el momento en que nos presentaron.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —pregunté intentando romper el hielo o cualquier otra cosa y largarme corriendo.

—*Enchanté*, encantado de conoceggte —respondió en voz muy baja.

Empecé a hablar yo, poniendo especial cuidado en no rascarme nada, ya que, con la impresión, había olvidado completamente las consignas que me había dado mi amiga y quería evitar cualquier confusión.

—Cadaqués tiene una luz absolutamente especial, ¿no crees? No me extraña que haya atraído a tantos artistas.

Era uno de los temas a los que yo recurría para rellenar silencios incómodos con desconocidos. Hablaba de la «luz» a la misma velocidad con la que me bebía copas de vino blanco (definitivamente mi timidez acabará desembocando en un alcoholismo senil).

No estaba muy convencida de que me escuchara, pues parecía estar examinando con sus ojos afilados y nariz aguda algún punto cercano a mi cuello. Era como un águila a punto de atacar algo que

yo no sabía muy bien en qué consistía. (¿Le atraería de mí mi lado brillante o el que ya estaba muerto?).

Siempre me había manejado bien con leones de pelazo y rugido imponentes, con hienas que merodean sonrientes, con guepardos que corren en dirección contraria, incluso con sigilosas serpientes llenas de veneno, pero no sabía nada del mundo de las aves rapaces.

Cuando sentí que ya había hecho todo lo que se puede considerar correcto en el mundo de la buena educación y me iba a despedir, el sabio empezó a hablar. La música estaba alta y él hablaba tan bajito que, aunque intentara leer sus labios, como tenían forma de pico, me perdía gran parte de la conversación. Dos de los datos fundamentales que logré captar de su monólogo eran que se sentía orgulloso de ser uno de los más grandes coleccionistas de coleópteros de Francia y que se autoproclamaba como el máximo defensor (acérrimo y firmante) de que la petanca fuera algún día deporte olímpico.

Cuando ya iba por la cuarta copa, sonreí y le dije que tenía que ir a la *toilette*.

—Pegfecto, yo te espego aquí. Me pagueces una mujeg muy integuesante y *tres chic* —pio.

Me fui pensando en cómo salir del edificio mientras por mi imaginación completamente ebria iban sucediéndose imágenes del matemático lanzando bolas de petanca a toda una serie de escarabajos dispuestos en pelotón.

Me senté en la arena de la playa para serenarme un poco y para que desapareciera la tristeza; siempre me daba un bajón conocer a otro hombre que tampoco iba a ser mi gran amor.

Cuando volví a entrar en el salón no encontré a nadie. Oí como unas notas de piano emergían de otra habitación, me asomé y allí encontré al francés sentado al piano rodeado de todos los invitados, que escuchaban con rostros embelesados y en absoluto silencio la pieza tan hermosa que estaba tocando: Erik Satie, *Gymnopédie n.º 1*.

«No podía haber elegido nada mejor», pensé. Siguió tocando increíblemente otras piezas, todas igual de bellas. Busqué la mirada de mi amiga entre las notas. Me miró sonriendo. Y me rasqué la nariz.

Mi matemático francés número uno

—Soy licenciada en Historia del Arte, pero me dedico a la moda —digo nerviosa.

Hemos ido a cenar los cuatro, después de rubricar con la refriega de mi nariz la idea inicial de mi amiga. Ella parece estar muy emocionada con este encuentro (supongo que siente un ardiente protagonismo) y yo empiezo a estar acojonada.

He estado investigando por internet durante horas a mi nuevo acompañante y he descubierto que se trata de una especie de eminencia en el mundo de las matemáticas, que revolucionó en su día el análisis de los mercados financieros construyendo nuevos modelos para anticiparse a los movimientos de la bolsa (de ahí supongo que procede el ático en lo mejorcito de Le Marais). Me he llegado a tragar incluso un fragmento de una conferencia que dio en francés de la que, por supuesto, no he entendido nada, pero que me ha acelerado el corazón.

Ignoro el porcentaje de admiración que necesitan las mujeres para acostarse con un hombre; me atrevería a afirmar que en mi caso roza el 90 por ciento. También puedo añadir que, en la misma medida que admiro a un hombre, yo me voy sintiendo un ser cada vez más insignificante. Y ya cuando recurro a proclamar mi licenciatura obtenida allá por el Paleolítico es porque me siento tan inferior al oponente que no se me ocurre ningún otro argumento para seguir sosteniendo su mirada con dignidad.

—¿A la moda? *Le prêt à porter? Pour les femmes?* —pregunta en tono amable.

—Sí —decido responder sin más.

—Pues yo me compgo muchísima ggopa, pero no me la pongo *tout de suite*, sino que la guagdo en el agmaguio hasta que ha pasado totalmente de moda. Soy un *demodé* convencido.

La verdad es que me ha hecho gracia. Es un comentario un poco cínico, pero sin mala leche. Como para jugar. Entiendo esa manera de actuar. A veces es la única forma de matar al aburrimiento.

—Bueno, en realidad he creado una marca hace pocos años basada en la sostenibilidad y el ecologismo. Diseño unas prendas de punto que hago tejer a mano por un grupo de mujeres en una aldea de Perú. Allí tienen las alpacas de los Andes, un animal considerado el más sostenible del planeta por su bajo impacto ambiental y que además posee una fibra única que se utiliza desde hace siglos. Adapto una tradición milenaria a unos diseños artesanos para mujeres hechos por mujeres. Mi objetivo es que las clientas aprecien tanto ponerse prendas exclusivas y estilosas como la historia que las envuelve.

—¡El año pasado le dieron un premio y todo! —dice mi amiga mientras yo me sonrojo.

—Me paguece *magnifique*, de vegdad, *mes félicitations!*

—Gracias —contesto mientras mi madre toca La marsellesa con una mano—. De momento, me estoy afianzando en el mercado europeo —añado ya envalentonada.

Empiezo a estar hasta el moño de que me ocurra siempre lo mismo: cuando conozco a un hombre brillante, yo me siento una sombra ennegrecida; cuando es un hombre guapo, me veo como un auténtico callo; cuando es muy inteligente, me quedo sin palabras, y cuando habla muy bien me salen solo y atropelladamente las menos apropiadas. En las pocas ocasiones en que me muestro impresionante es cuando el que tengo delante me impresiona más bien poco. Entonces, sí, me siento una mujer reluciente, sexi, deslumbrante, que despliega toda su fulgurante cola de pava real mientras que ahora el que se queda acojonado es el otro.

La cena ha transcurrido agradablemente y, cuando ha llegado el

momento de pedir la cuenta, el camarero nos ha dicho que estaba todo pagado. Cuando he mirado, arrebolada, a mi francés para darle las gracias, resulta que quien nos había invitado ha sido el estupendo marido de mi estupenda amiga.

—*Merci bien* —ha dicho él, mientras he captado una extraña mirada entre el matrimonio.

Se han despedido de nosotros delante del Boia, donde nos hemos sentado para tomar un cóctel. El entorno no puede ir más a favor. Mesa delante del mar, luna casi llena, buena música *de jazz* y dos daiquiris perfectos.

—Me encanta el *jazz* —se me ocurre decir.

—Y a mí. Ahoga mismo lo veo todo en azul —sonríe.

—¿Qué quieres decir?

—Soy sinestésico.

—¿Perdón? —pregunto ladeando la cabeza.

—La sinestesia es la activación involuntaguia de una vía sensoguial adicional en guespuesta a estímulos concguetos. En mi caso, cada vez que escucho una detegminada música pegcibo uno o vaguios cologues. Ahoga mismo todo está en *bleu*.

—¿En serio? ¿Y desde cuándo te ocurre esto?

—Desde que nací. Es una combinación de los sentidos que nos sucede a algunos afogtunados. Puedo veg los sonidos en cologues sin necesidad de tomag LSD. —Se ríe—. ¿Qué más quiegggo?

—¿Y te pasa con todo tipo de música?

—*Oui. Mais* es con la música clásica cuando expeguimento los cologues más intensos. Bach es completamente violeta; Wagner, gojo intenso, y Beethoven, vegde esmegalda.

—¿Y cuando tocas también te pasa? —le interrumpo.

—Sí. Y con más intensidad aún. La pasada noche, cuando tocaba Satie, lo veía todo del mismo vegde que tus ojos —me dice aproximándose mucho a mí—. *Ils sont absolument merveilleux*. —Me acerca poco a poco a él poniendo su mano en mi nuca y me besa.

Cierro los ojos y lo veo todo color llama. «*Lefeu est pris*», pienso mientras el beso va quemando.

Cuando el bar está cerrando y ya casi no quedan clientes, veo de reojo y entre besos cómo alguien nos deja la cuenta en la mesa. De repente, el francés se levanta y me dice que se va al baño. Llamo al camarero y pago con el móvil. Cuando mi besador vuelve, sonríe y me pregunta:

—¿Nos vamos?

Me acompaña a mi apartamento paseando mientras me coge de la mano. Supongo que descarta que vayamos abrazados. Su altura y mis sandalias planas impedirían cualquier resultado mínimamente armónico con un marco tan bello.

—¿Te gusta andag? —me dice cuando hemos llegado al destino.

—Sí, me encanta.

—¡Y a mí! ¿Quiegues que vayamos mañana hasta el fago de cala Nans?

—¡Genial! Además, así conocerás a mi perra.

—*Magnifique!* Adogggo los canes. ¿Cómo se llama?

—Perra. Como la vida —dice alguien que no reconozco, pero se ve que soy yo.

—*Et voilà!* Egues una poetisa.

Jueves

Me he despertado seductora.

No sé si por los besos o por el acento francés, pero me siento genial. Me atrevería a decir incluso que me veo un poco irresistible. Es de aquellos días en los que podría apostar mis dos encantadoras tetas, y no precisamente por ellas, a que voy a conseguir todo lo que desee. Soy maravillosa. Si me hiciera un selfi, saldría bien.

Mi acompañante es todavía más alto de día. Diría que su cabeza también parece más colosal. Esta percepción, unida a que se ha vestido con tejanos gruesos azul oscuro y una terrible camisa de cuadros de manga larga en un día en que se supone que vamos a

andar sin bajar de los 30 grados, han hecho que mi exultante alegría se empezara a disipar.

—¿No vas a pasar calor? —pregunto sin disimular mi perplejidad.

—En absoluto —responde despreocupado.

Ha acariciado a Perra y ella le ha empezado a seguir sin ni siquiera mirar si yo andaba detrás. (Cómo somos las mujeres…, absolutamente todas, hasta la más animal).

Cuando el camino se ha convertido en un estrecho desfiladero y los pasos de mi acompañante, torpes y descompasados, han empezado a provocar pequeños aludes de piedras que caían a toda velocidad hasta el mar, Perra se ha ido distanciando y se ha acercado a mí, como nos pasa a casi todas las humanas cuando el tipo que tenemos al lado comienza a mostrar signos de peligrosidad. Nos hemos mirado y nos hemos entendido sin necesidad de ninguna palabra o ladrido. *Cherchez la femme!*

Hemos llegado al faro y la vista no puede ser más formidable. Inesperadamente, el francés sonríe de manera atractiva, no suda, huele bien, me susurra algo ininteligible y me acaba de abrazar. Es un abrazo cálido, que envuelve con sus largos tentáculos todas mis soledades juntas, que calma el anhelo tan mal disimulado de ser querida, que intenta pegar un poco tanto destrozo. Lo miro a los ojos y busco en su iris. Quiero reconocer alguna señal. Me besa muy lento y noto una especie de chispazo por dentro. Algo parecido a un renacer inquieto. Como unas irrefrenables ganas de volver a fumar.

O puede que solo sean ganas de volver a tener sexo.

—*Tu me plais* —le digo a su cuello mientras me viene a la memoria una expresión en francés que un día vi en una película subtitulada. «*Tu te fais de cinéma*», le dice él a ella como queriendo decir que se está imaginando algo que no es real.

Él, sin despegarse de su abrazo me susurra al oído:

—*Tout ira bien*.

Perra me mira. Expectante.

Viernes y luna llena

Se ve que, entre todas sus cualidades, mi francés número uno también sabe cocinar. Como comparte casa con unos familiares (no me ha detallado el grado de parentesco), ha propuesto hacer una cena en la mía.

—Te cocinagué un *suquet* de pescado. Ocúpate tú del vino y del *dessert, d'accord?* —Yo respondo con un gesto afirmativo—. Estagué en tu casa sobre las *vingt heures. Ça vous plaît, chérie?*

Y se va enseguida. Se ve a la legua que el beso lo ha animado y ha pasado de andar atropelladamente a dar gráciles saltitos. Sonrío. *Ça me plait*.

Me he gastado una fortuna en la tienda de decoración más chic del pueblo para adquirir todo lo necesario para montar la mesa. Los dueños, una ultraglamurosa pareja gay de París, me han aconsejado dónde encontrar el vino y la mejor pastelería, mientras, entre risas y exclamaciones de admiración, nos hacíamos amigos.

—*Bonne chance, chérie* —se despiden con tres besos.

No hay nada como la adrenalina de las horas anteriores a una primera cena con alguien que te gusta, aunque sea un poco.

He respirado tranquila cuando he visto reflejado en el espejo mi buen aspecto. Un ligerísimo vestido de seda que deja la espalda desnuda y que mi estupendo bronceado me permite llevar, el pelo desordenadamente recogido resalta los aros de oro y mis ojos verdes, remarcados en negro ahumado.

He colocado la mesa pequeña delante del balconcito con vistas al mar, cubierta con un mantel de lino azul Klein que llega hasta el suelo. Un centro de siemprevivas recién cogidas por mi amiga acompaña a una gran cubitera antigua de Dom Pérignon con una botella de Belondrade helado en su interior; una desconchada y magnífica vajilla de cerámica color ocre, dos copas de cristal antiguo

y unos viejos cubiertos de plata, todo procedente de los *marchés* provenzales a los que acuden a comprar mis dos nuevos amigos para su *boutique*. En el hueco de la chimenea, una docena de velas color tierra de varios tamaños.

Perra está estirada con placidez sobre la alfombra de rafia que cubre el suelo de casi toda la estancia. De fondo, Zaz, una de mis cantantes preferidas. Suena «*Si jamais j'oublie*» cuando ha llamado a la puerta con los nudillos.

Se ha puesto una camisa de estampado espantoso y unos pantalones que le van tan cortos y estrechos que le marcan unos gemelos curiosamente superdesarrollados (¿qué deporte practicará?). Me he quedado petrificada mirando los pelos que sobresalen por encima de sus tobillos desnudos y sus enormes pies enfundados en unos zapatos de piel tan poco adecuados en verano como en un pueblo caracterizado por sus angostas calles de resbaladiza piedra de pizarra.

Lo que más lamento es que seguro que todo lo que se ha puesto ha sido meditado a conciencia para agradarme. La descorazonadora visión viene acompañada de una pequeña bolsa de plástico blanco con el nombre de una pescadería en una mano y absolutamente nada más en la otra. «*Rien ne va plus*», pienso. Bien, pues juguemos.

—Qué bien hueles —digo después de reaccionar y saludarlo con dos besos. (Por lo menos, me encanta su colonia).

—*Oui…* Eh, sí, aquí llevo una megluza y también algunas patatas.

Entra y no parece inmutarse por el decorado. Tampoco por mi sugerente vestido.

Perra le saluda un poco miedosa y con recelo, como acordándose de la descalabrada caminata de la mañana o tal vez por el largo beso en el Faro. (Y después dirán que los perros no tienen memoria).

—No sabía que se puede hacer un *suquet* con una merluza —le digo con toda la inocencia de la que soy capaz.

¿Una merluza? ¿En serio? ¿La primera noche conmigo se merece

solo una triste merluza y cuatro patatas? ¿Dónde están el rape, las gambas y el champán? ¿Dónde quedaron las flores? ¿Dónde se escondió la *joie de vivre*? Joder con el francés.

—Pog supuesto que sí, no encontgué gggape ni gambas en los congelados del *supermarché* y en la pescadeguía les quedaba esta bonita megluza. Ya vegás que te chupagás los dedos. Hasta con un poco de suegte me dagás un buen beso —dice guiñándome el ojo.

La única suerte que podría tener este hombre es que yo vengo de la guerra de los Cien Años, muerta de hambre, tras sobrevivir a todo tipo de penurias emocionales. Otra señal a su favor podría ser que, no sé si por persistencia o por hastío del enemigo, esa guerra la ganó Francia.

Mientras cocina, la mayor parte del tiempo habla él. Admiro que sea un hombre capaz de charlar sobre cualquier tema con tanto conocimiento y profundidad sin necesidad de mencionar nada sobre su trabajo, el cual presumo que sería completamente indescifrable para mí.

Cuando empezamos a comer el pescado ya nos hemos bebido media botella de vino. El *suquet* está bueno, pero el Belondrade mucho más. A medida que apuramos la botella me voy sintiendo más habladora, algo que me sucede siempre y lo cual lamento también siempre al día siguiente. Me suelto y no hay quien me pare. Con cada copa que tomo voy ahondando más y más en temas más personales. Cuando el vino es de los malos y empiezo a hablar de sexo es que ya estoy para el arrastre.

Hoy me ha dado por hablar de algo mucho peor y absolutamente prohibido en cualquier primera cita: de mis amores del pasado.

El francés me mira por encima de sus gafas de pasta negra y diría que mantiene las cejas más arriba que nunca mientras hablo sin desenfreno. De vez en cuando veo que descienden un poco mientras se le marca un profundo ceño. Voy hablando de uno y de otro mientras me quejo de mi mal ojo, de mi mala suerte y de los daños colaterales o intencionados que me ha infligido el destino. (Se ve que cuando estoy ebria creo en él).

Del único ex de quien no hablo es del padre de mi hijo, algo que decidí y cumplo desde que me divorcié. Sintiéndome responsable de los padres tan singulares que le habían tocado a mi angelito, intenté desde su nacimiento no empeorar las cosas y que creciera lo más equilibrado posible, evitándole cualquier tipo de sobresaltos o despropósitos histéricos que salieran de mi boca contra su progenitor.

Aunque el día que volvió del colegio y me dijo: «Me acaba de decir mi amigo (era holandés) que los Reyes Magos son los padres y que Dios no existe» entendí que por mucho que cuidara de su educación siempre habría algo que se me escaparía.

De muy pequeño, cuando se enfadaba conmigo, me decía que él no me había pedido nacer. Tenía toda la razón. Y yo le respondía siempre que, ya que estaba aquí, intentara ser feliz y, de paso, me prometiera solemnemente que nunca me iba a meter en una residencia con otras viejas.

En muchos momentos, sin necesidad de haber tomado ninguna copa, me ha venido un deseo irrefrenable de abrir la boca y desahogarme, pero entonces pienso que será mejor hacerlo si mi hijo, con el pelo cano y ya curado de espantos, me ingresa en un geriátrico. Entonces, aprovechando que seguramente su padre seguirá siendo un afamado y próspero abogado, venderé mis memorias al mejor postor (ya me imagino a toda la abogacía del país relamiéndose) y escaparé con el dinero en mi cuenta (mientras dejo a mis congéneres jugando al mus) hasta el sur de Francia, donde viviré en una extraordinaria villa con perros al lado de la de Brigitte Bardot.

Animada por los vapores etílicos y la noche estrellada, le he propuesto a mi francés ir paseando a tomar algo. Ha accedido, pero no he podido analizar bien su expresión porque ya lo veo todo borroso. (Ojalá la sinestesia se pegara y pudiera ver *la vie en rose* ahora mismo).

Le he cogido por el brazo y hemos empezado a bajar hasta la zona de los bares. A medida que sus zapatos resbalan, yo me voy

resbalando con él y eso me produce tal ataque de risa que al echar la cabeza para atrás mi integridad física peligra cada vez más.

He perdido la cuenta de los bares visitados y de los chupitos de tequila que me han visitado a mí. («¿Tequila? ¿Cuándo me ha gustado a mí el tequila?», me pregunto mientras oigo a mi madre cantar una ranchera a grito pelado).

No sé muy bien cómo he llegado a mi casa ni tampoco por qué estoy haciendo un estriptis a mi francés al ritmo de «*I Need a Man to Love*» de Janis Joplin. Tampoco tengo ni idea de lo que va a ocurrir mañana. Solo sospecho que voy a sufrir una resaca monumental.

Puto México lindo.

Désolée

—*Bonjour*, ¿cómo te encuentras?

Intento abrir los ojos y mi cerebro al mismo tiempo. Necesito comprender lo que estoy viendo. El francés está al borde de mi cama con un café, un ibuprofeno y en calzoncillos. (¿Son unos pingüinos ese estampado?).

—Ya he paseado a Pegga y ha hecho pipí y popó. —Sonríe mientras me acaricia la mejilla.

Entrecierro los ojos para poder distinguir la silueta de Perra y comprobar si está bien. El movimiento de su cola me tranquiliza.

—¿Qué pasó ayer? —pregunto con la voz temblorosa y afónica mientras me tomo el analgésico con el café.

—Pues que bailaste todas las canciones de Janis Joplin que encontgaste en Spotify hasta caegte muegta encima de la cama. —Me mira divertido—. Pog ciegto, bailas muy bien.

Estoy muriendo de vergüenza y no sé si es por esta desventaja o porque me siento extrañamente en deuda, me acerco y le beso, al principio en intervalos tímidos pensando en mi más que probable

mal aliento y curiosamente mucho más apasionada poco después; parece que el ibuprofeno empieza a correr por mis venas y me pongo encima de él. Me retuerzo de gusto con su cuerpo debajo del mío, rebosante de una pasión instintiva y desordenada mientras le voy quitando la ropa interior. Su erección anima a mis manos a continuar por el lugar, pero, de repente, él me coge de los hombros y me pone a su lado mientras se apoya con el codo y, sin dejar de mirarme y todavía con las gafas puestas, me quita de forma ordenada la mía.

Lo que está haciendo me deja paralizada. Actúa como si fuera un cirujano a punto de abrirme en canal y, para mi desgracia, toda la anestesia me la bebí ayer. Concentrado como si siguiera un cálculo matemático, va deslizando sus dedos y presionando rítmicamente en un inusitado punto sin tener al parecer muy en cuenta cómo voy reaccionando. Tengo la sensación de que un día aprendió con alguna mujer la regla del tres y que en algún momento se olvidó de la incógnita. Parece como si para mi matemático francés el sexo fuera otro principio que se ajusta a una ley científica, convencido de que cualquier órgano reproductor femenino reacciona igual que otro bajo un mismo estímulo. Cierro los ojos y abro más las piernas intentando pensar en algo más sensual que en lo que en realidad me está sucediendo. Y, justo en el momento en que estoy logrando llegar a mi propósito con éxito y me pongo a jadear, Perra se lanza a la cama y muerde la mano de mi amante, que chilla, entre aspavientos casi dramáticos: *Putain de chien!*

Tras varios *désolés* y minutos de tensión, ha decidido irse.

Antes de meterme en la ducha he recogido mi vestido y el bolso que debí de llevar anoche, tirados por el suelo. He mirado en mi cartera y, al comprobar que estaba vacía, he recordado que invité a todos los tequilas.

He dejado que el agua helada corriera por mi piel durante bastante rato hasta que he logrado aclararme. La ducha es el momento del día en que siempre se me ocurren las mejores ideas.

Al salir me está esperando Perra con la cara ladeada y su mirada

más cándida.

Le he dado una caricia y un buen hueso.

Huele a otoño

«¿Quieres venir conmigo a París?», recibo por WhatsApp.

Estoy sorteando con gran dificultad cualquier cita o encuentro fortuito con él. Y, cuanto más evito el contacto, más empeño pone el francés. Supongo que el instinto cazador es algo también inherente a todos los animales humanos: si te escapas, voy; si vienes, me voy.

Me siento muy cansada. Tomar cualquier decisión en el terreno emocional me deja siempre exhausta. Las dudas consumen mi energía y me arrastran por la tristeza sin poder remediarlo. Por mí. Por él. Por un nosotros infértil y terminante.

¿Y si me equivoco? ¿Y si no surgen nunca más otras opciones? ¿Y si este hombre era mi última oportunidad? ¿Y si lo que me pasa es que soy una idealista empedernida? ¿Y si lo que ocurre es que soy simplemente imbécil? No te precipites. Eres demasiado impulsiva. Cuenta hasta cien. Piensa antes de actuar. Escuchar tanto tiempo los mismos consejos hace que se vuelvan completamente inservibles.

A veces pienso que, si naciéramos con la fecha de caducidad tatuada, por ejemplo, no sé, en el culo, nos ahorraríamos muchos disgustos. «Consumir preferentemente antes del 18/09/2032». Sería una auténtica liberación. Entonces sí que viviríamos el aquí y el ahora. No perderíamos el tiempo si nuestra vida fuera corta y seríamos unas auténticas cigarras disfrutonas si fuera al contrario.

—¿Es usted conservador o liberal? ¿Le gustan los hombres o las mujeres? ¿Usted cree en Dios o es más bien un cínico? ¿Intelectual o descreído? ¿Independentista o unionista? ¿Carne o pescado? ¿Quizá un buen marisco?

—Pues mire usted, falta poquísimo para caducarme y ahora

mismo lo único que me interesa es salir cada tarde a pescar y flipar con los colores del cielo.

Practicaríamos deportes de riesgo; amaríamos con intensidad y sin ningún freno; podríamos fumar, beber, comer o probar un éxtasis sin temor a morir de un aneurisma inesperado.

—¿Es usted un poco tacaño, no?

—Pues verá, solo soy previsor, caduco a los 98 y tengo que ahorrar para mi jubilación.

O al revés.

—¿No se está pasando de generoso?

—No, para lo que me queda en el convento, me gasto la pasta como me da la gana.

—¿Y no le da pena caducar tan joven?

—Para nada, lo tengo asumido desde que nací y he vivido una vida tan al límite que es como si hubiera vivido tres. Caduco muy satisfecho.

Los seguros de vida desaparecerían. Las derechas y las izquierdas también; la política se polarizaría de otro modo, los votantes que mueren jóvenes y los que llegan a la vejez. Un partido se llamaría, por ejemplo, James Dean, y el otro, Matusalén.

Las relaciones amorosas también cambiarían por completo.

—¿Por qué se casa usted con este que dice que caduca tan pronto?

—Me he enamorado, ¿qué le vamos a hacer? Y así, con eso de la pensión de viudedad, me monto un quiosco. O en una primera cita.

—¿Quieres ir al cine?

—Mira, mejor vayamos directamente a follar que caduco mañana.

Jugaríamos a ser eternamente jóvenes sabiendo que llegaríamos a viejos o a incansables vividores si el destino nos hubiera marcado el trasero con lo contrario.

La principal responsabilidad de uno sería si enseña el trasero o no.

—¿Cuándo caducas?

—Perdona, pero es mi secreto.

Llevaríamos una braga-faja o un tanga brasileño. Todo dependería de nuestra hambre de riesgo. Desaparecería la incertidumbre. Y sin ella, el miedo.

«No, lo siento. He de ir a Barcelona a trabajar —tecleo en mi móvil apesadumbrada—, pero te lo agradezco».

Me miro el culo en el espejo y decido seguir apostando por mi corazón.

Ninguno de los dos anda aún caído del todo.

Luz de otoño

A veces, en los días más soporíferos, me vienen ganas de morir y resucitar al minuto después.

Ser algo así como un ordenador y poder darle al reiniciar, a ver si todo funciona de nuevo.

Octubre en Madrid

Mi mejor amiga número uno es también mi única socia.

Estamos volviendo de nuestro «viaje de negocios» en Madrid literalmente tiradas en nuestros asientos del AVE. De vez en cuando me coge la mano y se le escapa la risa floja. Me mira a ver qué hago. Yo intento cerrar los ojos y dormir, pero no puedo. ¿Cómo pudo suceder? Empiezo a sospechar que existe alguna fuerza oculta en el universo que se descojona de todos nosotros.

Llegamos a la capital ayer, vestidas intencionadamente como ejecutivas sexis y, aunque algún ser malicioso podría rebatir con incontables argumentos nuestra propia impresión, nosotras andábamos por la Castellana tan seguras como si fuéramos dos exmodelos en vías de extinción. «¡Estás que te mueres!». «¡Pues anda que tú!».

Mi amiga y yo formamos un buen tándem. Desde siempre. Ella odia tomar decisiones y yo aborrezco que alguien me dé órdenes.

Creativa, intuitiva, imaginativa, todo lo que toca lo convierte en algo mágico. Cuando saca la varita, el contorno de lo que roza se difumina y se ilumina como si fuera polvo de estrellas: tacháááán. Cuando voy con ella, yo también brillo como nunca y mi alrededor aparece lleno de bruma, príncipes y corceles. A su lado vivo en un bosque completamente encantado donde me tiendo, haciéndome la dormida y en plan eterno, a esperar que llegue cualquier renacuajo camuflado que me dé un beso de los de amor del bueno y me despierte de una vez.

Es una hechicera guapa, alta, elegante y rubia a la que, a pesar de todo eso, todavía no me he cargado y a quien sigo permaneciendo leal (detalle muy relevante que me santifica).

Acabamos extenuadas tras nuestra primera reunión con unos inversores sin imaginación y, como no podía ser de otra manera, justo a la salida empezó a caer un chaparrón. Nos pusimos a correr, chillando, con nuestros tacones, faldas de tubo y los carísimos bolsos de marca sobre la cabeza, resguardando los peinados que nos habían hecho minuciosamente lisos para la ocasión.

Nos refugiamos en un portal de Serrano y revisamos el estado del portafolio que había protegido bajo mi chaqueta y necesitábamos para la siguiente reunión.

—Lo único que podría mejorar nuestro estado anímico sería un par de *pizzas* de colmenillas del Quintín, ¿no te parece? —Se me ocurrió decir. Y, como mi amiga es de las que odian decidir, contestó:

—Me parece una idea estupenda; además, estamos al lado.

Uno de nuestros sitios preferidos para tomar algo al mediodía era el restaurante Ultramarinos Quintín y, como también resultaba ser el de muchísima otra gente, siempre estaba abarrotado. Esta vez, al no tener reserva, nos ubicaron en el peor sitio posible: una sala en un solano abovedado que no sabía ni que existía y una mesa justo al lado de la cocina y los servicios. Aproveché para meterme en el de mujeres y comprobé en el espejo que estaba hecha un desastre.

Intenté arreglarme un poco el pelo con el secamanos, pero con tan mal resultado que salí de allí como si hubiera visitado un *after* de los noventa, con un peinado salvajemente encrespado y el negro del ojo desparramado por todos lados. Cuando mi amiga me vio, se tronchó de risa.

—¡Estamos hechas unos zorros!

—Ya ves, con las ganas que teníamos de zorrear por la capital, empezamos genial —respondí intentando borrar con los dedos el rímel corrido de su cara.

Me sentía agotada y espantosa. Para colmo, cada vez que un camarero abría la puerta de vaivén, esta chocaba con mi silla y mi humor iba empeorando perceptiblemente.

La llegada de una copa de Sauvignon atemperó un poquito mi mala leche y desató mi lengua para preparar, con más ilusión, la reunión de la tarde. Cuando llegó el café, ya estábamos recompuestas y convencidas de que todo iba a mejorar.

—No sé por qué, pero, si la dejas fluir, la vida siempre le acaba dando la vuelta a todo. Las cosas, por mucho que te empeñes, llegan cuando tienen que llegar, nunca antes ni cinco minutos después. —Doblé la servilleta encima de la mesa y añadí—: Fíjate en mí, hace nueve meses me quería cortar las venas y ahora estoy feliz. Ya ni me acuerdo de mi ex ni de lo que me hizo. —Pedí otro café haciendo señas al camarero—. ¿Quieres algo más? —Ella negó con la cabeza y seguí—. Estoy segura de que, si me lo encontrara, lo abrazaría hasta con cariño. —Carraspeé un poco—. Al fin y al cabo, ha sido mi familia, mi marido durante un montón de tiempo, unos años que todavía siguen siendo los mejores que he tenido en mi vida. Es natural que lo haya perdonado, ¿no?

Mi amiga adelantó la cabeza asintiendo y preguntó:

—¿Lo has visto alguna vez desde el divorcio?

Suspiré antes de contestar.

—No, nunca más. Y no deja de ser curioso en una ciudad como Barcelona, donde te encuentras con todo quisqui. —Sorbí un poco de café—. Pero no verlo me ha ayudado a olvidarlo, a superarlo por

completo. Se me está desdibujando su rostro, perdiendo su olor, olvidando su voz…

Mientras hablaba, iba mirando al resto de los comensales como si fueran manchas abstractas cuando, de repente, y en una mesa ubicada justo en el hueco que había detrás de la escalera de caracol, me pareció ver de espaldas la inconfundible calvicie en la coronilla del protagonista absoluto de mis recientes pesares y perdonado hacía solo unos segundos.

Me agaché instintivamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó extrañada mi amiga.

—No sé si he enloquecido del todo, pero creo que aquella calva de ahí es la de mi ex.

—¿Cuál de ellos? —me preguntó excitadísima.

—¡Joder! ¿Cuál va a ser? ¡Del que estamos hablando! ¡Del número dos!

Mi amiga se dio la vuelta y acto seguido me contestó con los ojos saliendo de las órbitas.

—¡Dios mío, creo que sí!

—¡No puede ser! ¿En serio es él? —pregunté faltándome el oxígeno—. ¡Joder! ¿Con quién está ese cabrón? Joder, joder, joder. Cámbiame de sitio, que no me vea, ¡jodeeer!

—Pero si está de espaldas, no te va a ver —me decía intentando calmarme.

—Que te cambies, hostia —le solté ya histérica—. ¡Y pide la cuenta! —Me levanté mientras mi amiga, dubitativa como siempre, me miraba con la boca abierta—. ¡Ahora!

Y se incorporó al acto.

Antes del cambio de posición, tuve tiempo de ver cómo mi atractivo exmarido número dos estaba haciendo manitas con una mujer muy joven, de pelo lacio y rubio, de mirada lunática y sonrisa agrandada por una boca rellena de grandes dientes.

—¿Lo vas a saludar? —me preguntó con voz temblorosa mientras nos traían la cuenta.

—¿Estás loca? ¿A ese desgraciado? ¡Y ni se te ocurra a ti decirle

nada! —contesté nerviosa.

—Pero ¿no lo habías perdonado? —Se le ocurrió decir.

—Shhh, habla más bajo, que no se gire. ¿No ves que estamos las dos hechas una auténtica mierda? —señalé todavía más alterada.

Mientras dejábamos el dinero en la mesa, íbamos planeando cómo escapar de ahí sin que me viera, teniendo en cuenta que estaba justo debajo de una escalera de caracol de hierro.

—Pasa tú primero y sube lo más rápido que puedas, pero sin hacer ruido con los tacones, ¿vale? —le pedí del modo más animoso que pude.

La seguí despacio, intentando aparentar en todo momento que éramos dos mujeres maduras y seductoras que salían tranquilamente de un restaurante y cuyo aspecto, algo deteriorado, era solo fruto de un pequeño contratiempo meteorológico.

Todo parecía ir bien hasta que, en el quinto o sexto peldaño, al ver que mi falda no cedía y no podía avanzar, no tuve otro remedio que subirla con las manos y arrastrarla por los muslos hasta un punto que podríamos calificar, y utilizando un término conciso, como impropio de una señora de mi edad. Y en ese preciso instante (y como habría escrito el mismísimo Murphy si hubiera sido guionista), mi ex levantó la vista y me vio los bajos. No sé si los identificó al momento o me reconoció justo después, cuando nos miramos un instante a los ojos y salió de mi boca un convulso «¡hasta luegooo!» a la vez que taconeaba lo más rápido que pude hacia la calle.

No sé por qué, pero una vez fuera del Quintín me dio por ponerme a correr, mientras oía cómo mi amiga corría detrás exclamando casi sin aliento:

—¡No puede ser! ¡En todo Madrid! ¡Qué putada tan grande!

Aminoré la marcha al poco, pues mi resistencia, en todos los sentidos, no daba para más.

—¿La has podido ver? ¿La has encontrado guapa? ¿Qué edad tendrá? —pregunté con ansiedad.

—La verdad es que estaba muy oscuro y no la he podido ver con claridad, pero me ha dado la impresión de que era una chica del

montón, no sé, no se puede comparar con una mujer tan impresionante como tú —respondió poniéndome bien el pelo.

En serio, no me puedo ni imaginar cómo alguien puede respirar siquiera sin tener una amiga como ella, de las de verdad.

La reunión de la tarde fue un éxito. Creo que me crezco ante las dificultades. Es como si necesitara sentir un dolor extremo para ver con claridad la única vía de salida. Salgo del estado catatónico del momento concentrándome únicamente en cambiar la perspectiva:

«¿Cómo me sentiría ahora mismo si estuviera en una ciudad en guerra, rodeada de bombas, sin casa, luz ni comida y con un hijo en el frente?». Entonces, cambio el ángulo de visión de esos muros infranqueables que me atormentan y todo se vuelve absolutamente solucionable.

Perspectiva. Debería ser una asignatura obligatoria y subvencionada.

Convencí a todos y salí por la puerta con ademán triunfante.

—¿Vamos al Amazónico a celebrarlo con unos daiquiris? —propuse.

—¿Estás segura de que no prefieres ir al hotel, quitarte esta ropa arrugada, tomar una buena ducha y pedir un *room Service*? —respondió mi amiga atemorizada—. Además, ¿te imaginas que nos lo volvemos a encontrar?

Nos tomamos dos daiquiris cada una sin encontrarnos a nadie más y, hasta que no sentí que la lima arrasaba mis intestinos y vi a mi madre tocando al piano la marcha nupcial de Wagner, no decidí dar el día por finiquitado.

Encontramos una parada de taxis delante del bar y nos subimos a uno.

—Buenas noches, señoritas. Soy Fermín Pérez Lerín, taxista y psicólogo.

Mi amiga y yo nos miramos con estupefacción.

—Estoy a su entera disposición en este trayecto y bajo esta

espléndida noche estrellada. —Se giró para mirarnos—. Acabo de percibir que una de ustedes dos desprende una energía muy enquistada. ¿Adónde las llevo?

Iba vestido con un uniforme de chófer impecable y el taxi relucía igual. Ya había arrancado cuando leímos en un letrero pegado en la parte trasera de su asiento:

Taxista español
Psicoterapeuta
Vidente conductivo
Quiromasajista
Cantaor de flamenco

—También abro chacras —añadió mirándonos por el retrovisor después de que le proporcionásemos el nombre de nuestro hotel—. Vamos a ver, deduzco que la que está peor de ustedes dos es la que está sentada a la derecha —dijo volviendo su rostro hacia mí.

«Jodeeer», pensé mientras apoyaba la cabeza en el respaldo y miraba al techo.

—Bien, yo le propondría un remedio exprés que puede hacerla sentir mejor de una manera inmediata, ¿quiere usted probarlo?

No sé si fue el tono seguro con el que hablaba, su buena dicción o los daiquiris que me quemaban por dentro, pero accedí.

—Cierre los ojos, masajee la sien con sus índices, respire…, imagine una casa…, entre dentro, hay una escalera, baje lentamente por ella, abra la puerta, hay un riachuelo.

Todo estaba siendo clavadito a las últimas sesiones con mi psicólogo número uno.

—Inspire, espire…

O este tipo ha estudiado psicología de verdad o el que me está cobrando 200 euros la hora ha hecho un cursillo *online* y es un farsante.

—¿Qué siente?

—¿Es a mí?

—Pues sí, claro.

—Ah, pues… ¿paz?

No sabía ni qué decir allí, en un taxi y con los ojos cerrados.

—Bien, vamos muy bien. Ahora ponga una mano en su pecho izquierdo.

Abrí un poco los ojos, miré a mi amiga de reojo y ella a mí. Detecté alarma en su mirada. «¿Y si ahora es cuando nos lleva a un descampado, nos viola y descuartiza?».

—¿Qué siente? —insistió.

Íbamos por Alcalá y paró en un semáforo.

—No sé, tal vez un poco de calor —contesté agarrando la manilla de la puerta.

—¡Eso es! —exclamó con entusiasmo—. Este calor es el que desprende su corazón y con el que tiene que conectar siempre que tenga un obstáculo con el que lidiar; pero, primero, ha de respirar para conseguir la calma y la paz necesarias para sentir lo que tiene usted escondido dentro.

El semáforo se puso en verde.

—A ver, por ejemplo, dígame alguna cosa buena que le haya pasado hoy —continuó.

Sonreí irónicamente.

—Absolutamente ninguna —contesté mientras veía ya la puerta del hotel.

—¿De verdad? —Se dio la vuelta mirándome alarmado.

—Esperen, que paro el taxímetro y les doy otra vuelta.

Nos arrancó dos sonoras carcajadas.

—A ver, vamos a probar algo porque veo que ustedes dos se quieren mucho. Cierren los ojos y junten las manos, aprieten fuerte, saben que se tienen la una a la otra, para siempre, que nunca se dejarán.

Dejó pasar un minuto en silencio y, entonces, sintiendo el calor de las manos de mi mejor amiga número uno fue cuando me rompí. Empecé a llorar como si no hubiera un mañana. Mi amiga me dio un gran abrazo y me intentó calmar mientras me besaba el pelo.

—Tranquila, no pasa nada.

—Me muerooo, me quiero morir —gritaba yo entre sollozos.

El taxista se detuvo encima de una acera, abrió la puerta trasera y se sentó a mi lado.

—Usted llore, señorita, saque todo el dolor de dentro.

Me abracé a él gimoteando.

—Es que me dejó solaaa. —Ya no podía parar—. Después de todo lo que hice por ese hijo de putaaa. —Le estaba manchando, con el poco rímel que todavía me debía de quedar en las pestañas, su impoluta camisa blanca—. ¡Además, le estoy manchandooo! —Me dio por llorar todavía con más desesperación.

El taxista se dirigió a mi amiga y le preguntó:

—¿Sabe usted conducir? —Oí como respondía que sí en un hilo de voz—. Pues póngase al volante y conduzca hasta una farmacia o, si tienen algún ansiolítico o tranquilizante en su habitación, hasta el hotel.

Mi amiga arrancó el coche, pero, como era de las que no soportan decidir, no sabía qué hacer ni adonde ir y se quedó rígida después de dar un frenazo en un semáforo en verde.

—Pero ¿qué hace, señorita? —la increpó mi nuevo acompañante.

—Vamos al hotel, que ya se me está pasando —balbuceé.

Cuando llegamos a la entrada de nuestro elegante alojamiento, el portero abrió diligentemente la puerta trasera y no me pareció que cambiara su solícita expresión al ver descender a un tipo vestido de chófer con una mujer destruida enganchada a su brazo y a la vez observar cómo un auténtico bellezón rubio salía como una diosa con *stilettos* del asiento del conductor.

—¿Cuánto le debemos? —pregunté intentando recuperar la compostura—. Por todo, claro.

—Nada, la carrera va por mi cuenta y el resto es vocación, señorita.

—Muchísimas gracias, ha sido de gran ayuda. —No sabía cómo despedirme con un poco de dignidad—. En fin, parece como si el destino lo hubiera puesto a usted esta noche en mi camino.

—Bueno, en realidad siempre estoy en la parada de taxis de Jorge Juan y quien la ha puesto habrá sido el Ayuntamiento de Madrid.

Puto taxista psicólogo número uno.

Reflexiones otoñales

Muchas veces sueño que me hacen una fiesta sorpresa. Y siento una especie de borrachera entre mi desconcierto inicial y el placer que me da en el fondo todo lo que escapa a mi control.

Seguramente moriré sin que a nadie se le ocurra montarme una. Posiblemente tampoco experimentaré nunca lo que es hacer un trío, ni odiar para siempre, ni amar a alguien por pena.

Quizá logre escribir un libro. O plantar un árbol.

O encuentre por fin quien me dé vueltas por el mundo en su velero.

Si alguien te dice que nunca es demasiado tarde, miente.

Un año y un día después

Un año. Y no pasa nada.

Y un día. Absolutamente nada.

Siento por primera vez la certeza de que la sucesión de acontecimientos en nuestra vida depende solo de nosotros. Por desgracia, no me refiero a que podamos decidir sus características (es decir, que sean únicos, terribles, increíbles o desgarradores), sino a algo tan bobo como que te sucedan o no.

Es como si de repente decides dar un portazo a la vida, ¡pam!, y esa vida se cabrea y pasa de ti. Y todo se vuelve inerte. Inmóvil. Y los días dejan de ser buenos o malos. Simplemente, dejan de existir.

Me quito el reloj y me doy de baja voluntaria. ¿Para qué sirve

contar minutos si no es para alimentar la ansiedad, la tristeza o el impulso irreverente de buscar un suicidio asistido?

Pienso que en estos días en los que no acontece nada estoy más en el limbo que nunca. Me pasan ideas inexplicables por la cabeza. No sé si estoy entrando en una depresión o por el contrario estaré saliendo de ella. Miro la luna y lloro. Veo un buzón de correos y lloro igual.

Lo único que mantengo con rigor es sacar a mi perra tres veces al día. Ella se merece que su vida siga como siempre. Se lo merece por el entusiasmo que manifiesta moviendo el rabo cada vez que me levanto y me acerco a la puerta. Parece feliz con esas pequeñas cosas. Salir a la calle, comer, jugar con una pelota, mis caricias, mi presencia. Pienso que yo también lo sería si tuviera dueño. Alguien que me cuidara, que me sacara a pasear, que me tirara una pelota y atendiera a que se la devolviera, que me rascara la panza y acariciara las orejas.

Cómo me gustaría tener una vida de perra. Y que cada año de mi vida perruna fuera muchísimo mejor que siete de la otra. (Catorce años caninos por siete son noventa y ocho años humanos).

Me educaron para ser fuerte, libre e independiente; y empiezo a sentir que no ha sido tan buena idea. Estoy cansada. Diría que rendida.

Hoy hace frío y medio llueve. Voy al parque y un policía me advierte que no puedo soltar a Perra en el mismo momento en que me agacho para hacerlo. No me llama señora. Se lo agradezco con una sonrisa.

Contrariando a los pocos escrúpulos que me quedan, entro en el pipicán.

Hay un grupo humano en una esquina que parece pasarlo genial charlando mientras sus perros se huelen, muerden, mean y juegan en el recinto vallado. Me siento en un banco de piedra apartado en el otro extremo.

Siempre me comporto igual cuando observo el afán de las personas por recogerse juntos en un gusto o afición común: me

alejo lo más rápida y disimuladamente posible.

Me viene a la memoria cuando llevaba a mi minihijo al parque y permanecía inmóvil y mirando al vacío justo en medio del grupo de filipinas que hablaban tagalo y del grupo de madres que hablaban sandeces.

Me mantengo ausente otra vez, sin fijar los ojos en nada, cuando de repente un perro se sienta a mi lado y se me queda mirando. Es un chucho desarrapado y simpatiquísimo. Sonrío mientras acaricio su pelo duro y descuidado.

—Te va a dejar el abrigo lleno de pelos —me dice su dueño acercándose a mí.

Es un hombre bajito y rechoncho. Lleva un gorro de lana azul marino del que salen unos pelos canos del mismo estilo que su animal. Dos ojos saltones ocupan gran parte de su redonda cara. La sonrisa, también generosa, descubre unos sonrosados mofletones.

—No pasa nada. Es monísimo. ¡Super-*hippie*! —respondo sin parar de sonreír.

—Bueno, más que *hippie*, es «pijipi», como su dueño.

Intento observar algún elemento pijo en su indumentaria, pero nada lo delata, salvo el barrio en el que nos encontramos, donde la pijería corre y vive a sus anchas.

—Es un perro que adopté en una perrera por internet. Me aseguraron que era un caniche —me dice.

Como no puede ser más diferente a esa raza, suelto una carcajada dando por supuesto que está siendo irónico. Retrocede unos pasos y se queda en silencio mirando al suelo.

Me quedo abstraída, observándolo con poco disimulo, pensando en por qué un hombre así, con ese aspecto, forma parte del grupo de los descartados en primera instancia. Me pregunto si no sería precisamente un hombre de este perfil, con esta apariencia tan inofensiva y bonachona, el que lograría hacer de mí una mujer inmensamente feliz. He sido siempre tan imbécil y temeraria en mis gustos que así me ha ido. Siempre me he sentido atraída por el peligro, aceptando a los supermegainteligentes o a los

ultrabuenorros como mis infieles animales de compañía. Y, a mayor abundamiento, tampoco es que haya sido muy original en dichas inclinaciones. (Una auténtica tonta del culo, eso es lo que he sido).

Lo miro con más interés. ¿Y por qué no un hombre así para empezar a envejecer con calma y serenidad? Justo ahora, con la lección aprendida, puede que todo se confabule para poder empezar una nueva andadura, plácida y sosegada, en la que pueda caber un acompañante que no evidencie la acritud y rebeldía ante la vida que a mí me sobra.

—Mi perro es lo más importante que tengo —me dice acercándose otra vez—. Yo soy soltero.

Me quedo pasmada y sonrío levemente.

—Vamos siempre juntos, me lo llevo a todos lados —sigue contándome.

—Sí, yo también lo intento con mi perra, aunque hay infinidad de sitios en los que no pueden entrar —me lamento intentando ser amable.

—Claro, pero entonces lo dejo con mis padres. Son muy mayores y él les hace compañía —responde ladeando la cabeza—. Yo soy soltero y vivo con ellos.

Intento ocultar mi turbación.

—A veces lo consigo colar en la iglesia de San Gregorio, pero siempre me enganchan. Voy a misa cada día y es un engorro que prohíban la entrada a los animales domésticos. ¿No te parece? ¿Qué mal pueden hacer? ¿No son peores los niños? —me interroga nervioso, y yo asiento con la cabeza, recelosa de que la cosa vaya a peor—. Yo soy soltero y no tengo hijos.

—¿Cómo se llama? —pregunto intentando cambiar de tercio.

—Ras. —Se calma—. Es por Ras Tafari.

Me mira esperando que diga algo y, como no despego los labios, que mantengo temerosamente sellados, continúa:

—Ras Tafari fue el último emperador de Etiopía.

Me mira otra vez y yo intento sonreír con amabilidad para que prosiga.

—Viajo siempre a Etiopía, aunque hace cosa de dos años que no voy porque temo que, como Ras ya es muy mayor, pueda expirar sin tenerme a su lado. Eso no me lo perdonaría nunca. Estoy esperando a que fallezca para irme a vivir allí definitivamente.

Sigo asintiendo atónita y muda.

—Yo soy soltero y puedo vivir donde quiera.

Un labrador intenta montar a Perra y ella se defiende a mordiscos. Aprovecho la violencia del momento para atarla con la correa y escabullimos las dos corriendo.

Once meses y veintisiete días después

Estoy pensando que quizá el verdadero amor de nuestra vida seamos nosotros mismos y lo que pasa es que nos ponemos los cuernos de vez en cuando.

Enero. El contador a cero

—¡Este ni de coña! Todo el mundo sabe que es un cabronazo —me advierte en un tono de voz exageradamente alto mi mejor amiga número tres.

Hacía varios días que, al acudir más pronto que de costumbre al gimnasio, me cruzaba siempre con un tipo muy atractivo que me saludaba como si me conociera. «Buenos días, ¿cómo estás?», o «¿Qué tal hoy? ¡A ponerse en forma!».

Yo respondía con una sonrisa o un simple «Buenos días», sorprendida y divertida a la vez.

De unos sesenta años, pelo cano, ojos claros y un bronceado de los que solo se consiguen haciendo deporte, complexión delgada y atlética, vestía con inusitada elegancia en una ciudad en la que pasar desapercibido parecía ser el íntimo afán de cada uno de sus

habitantes masculinos.

No sé por qué razón, hace unos días nos miramos y nos dimos dos besos.

—Nos conocemos de hace tiempo, ¿verdad? —me preguntó mostrándome una sonrisa seductora y descarada.

—Pues no sé, la verdad es que me suenas un poco, pero no caigo —respondí dubitativa.

—Supongo que habremos coincidido en muchos sitios y tendremos un montón de amigos en común. Esta ciudad es como un pueblo.

—Sí, tienes razón. Bueno, me voy, que llego tarde a clase —le respondí un poco nerviosa y sin saber qué más decir.

Se acercó a darme dos besos otra vez y aprovechó que me tenía cerca para ofrecerme un voluptuoso abrazo.

—Que tengas un buen día, bombón.

¿Bombóóón? ¿Quién podía soltar «bombón» hoy en día sin ser un cursi o un rematado gay?

Sin embargo, no sé si por mi absoluta dependencia vital de los sobresaltos o por lo deseable que me parecía el fulano, casi me cargo un menisco por culpa de la energía que desbordé ese día en la clase de zumba.

La cosa no quedó ahí. Más tarde, al sacar mi coche del aparcamiento, rayé toda la puerta del lado del conductor (que no era otro que yo misma, pero en versión conductora exultante) mientras llamaba con el manos libres a mis amigas más entusiastas durante el trayecto hasta mi casa.

—¡He conocido a un tío que me encantaaa!

Y todas, una detrás de otra, reaccionaron aplaudiendo o chillando como adolescentes por la emoción.

A la mañana siguiente, en vez de exprimir dos naranjas mientras preparaba una tostada como hacía siempre, me maquillé con unos polvos traslúcidos efecto bronceado, me peiné meticulosamente la coleta y estrené unas zapatillas Nike que me hacían las piernas más delgadas y el culo más respingón. Salí de casa sin desayunar y

empachada de inquietud.

No lo vi. El gimnasio pareció mucho más gris y el resto del día también.

Pasé el fin de semana haciendo mil suposiciones y conjeturas sobre quién debía de ser. La vena romántica y fantasiosa ocupó mis pensamientos y me pasé las horas mirando fijamente a la pared planeando qué estrategia seguir. No sabía su nombre, no tenía fotos ni manera de localizarlo por alguna red social. Era algo inusitado en estos tiempos y, por eso, a medida que pasaban las horas, me gustaba cada vez más. Nada ni nadie podían apagar mi recién estrenada fuerza de gravitación. En realidad, ¿cómo se puede vivir sin ella?

Transcurrieron varios días sin que volviéramos a coincidir hasta que ayer, cuando estaba con mi entrenadora personal haciendo abdominales, vi su rostro en lo alto mirándome burlón.

—¡Machácala! —le dijo socarronamente a mi profe mientras se iba hacia una máquina de poleas.

Disimulé como pude el resto del entrenamiento, metiendo tripa y haciendo los dolorosos ejercicios como si nada. Al terminar la sesión busqué su imagen por los diferentes espejos de la sala de *fitness* sin resultado. Cuando ya daba el día por perdido, me apareció astutamente por detrás y me soltó sonriendo:

—¿Te apetece un café?

No toqué la taza al notar que me temblaba un poco el pulso mientras mi interlocutor me hablaba.

—Se te va a enfriar —advirtió.

—Da igual, no te preocupes. Ya había tomado uno antes —mentí.

Estuvimos más de una hora sentados en una pequeña mesa de un rincón con vistas a las pistas de tenis (o este tipo no tiene trabajo o es rico, o vago, o es que me lo he ligado de verdad). Conversamos sobre varios temas, pero no exhibimos la evidente e inevitable carta de presentación de cada uno al otro. Hablamos de cosas más relacionadas con la filosofía existencial, no tanto de a qué nos dedicábamos, si teníamos hijos o adonde íbamos en verano. La

afinidad en todo era patente. Las coincidencias resultaban incluso chocantes. Yo me sentía cada vez más impresionada.

Me pidió el teléfono. Se lo di sin pedirle el suyo a cambio. Cuando se despidió con otro lujurioso abrazo, me fui trotando nerviosa hasta el aparcamiento. Subí al coche respirando entrecortadamente y sonó un aviso en mi WhatsApp: «Que tengas un feliz martes. El mío también lo será si mañana cenas conmigo».

Esta vez me cargué el retrovisor derecho. Bajé del coche, lo recogí y, una vez dentro, lo tiré a la parte de atrás mientras buscaba ansiosa la tecla del manos libres.

—Pero ¿qué estás diciendo? No sabes quién es —contesto muy molesta.

Mi amiga me ha llamado esta mañana después de hacer una ardua y rapidísima tarea de investigación al rebelarte yo el nombre y los apellidos del sujeto.

—Pues sí, el tipo con el que te vas a cenar esta noche es un auténtico cabrón —repite.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Quién te ha dicho eso? —pregunto agresivamente.

—¡Mejor pregunta quién no me lo ha dicho! —grita—. ¡Lo dicen todas las mujeres que han pasado por su vida! Sus exesposas, sus examantes, sus examigas… ¿Necesitas a alguien más? Las utiliza hasta que se aburre y se larga con otra. Las deja destrozadas.

Suelto un momento el móvil y escondo la cara en las manos. Tomo aire, me recompongo, acerco otra vez el teléfono a mi oído y digo:

—Vale.

—Venga, no pasa nada —intenta animarme—. Mejor que te hayas enterado ahora que no cuando hubiera sido demasiado tarde.

¿Qué significa demasiado tarde? ¿Demasiado tarde para qué? ¿Quién puede de verdad poner la mano en el fuego por el individuo o la individua que tiene al lado?

Sentidos comunes

El sentido común me parece el menos común de los sentidos.

La primera cena

Esa noche cené con él. Me llené de coraje y olvidé lo demás. Fui alguien diferente, como ajena a mi comportamiento habitual, liberada, una estríper sin coreografía, música ni plan.

No sé por qué, no sentía ningún deseo de disimular. En cualquier otro momento anterior hubiera respondido que no podía cenar esa noche sino otra posterior, no me hubiera puesto ese escote tan evidente, ni hubiera lucido mi más amplia y sincera sonrisa. Hubiera cumplido con todas las normas aprendidas después de tanto tortazo y me hubiera mostrado cauta y reservada. No me hubiera reído a carcajadas de absolutamente todo lo que me contaba, ni le hubiera hecho reír yo con mi humor sarcástico. No hubiera movido ficha cogiéndole la mano y hubiera esperado pacientemente a que lo hiciera él. No le hubiera hablado de mis principales defectos ni le hubiera confesado mis miedos más velados. No le habría mirado directamente a los ojos revelando mi alma sin ningún pudor. No habría puesto mi cucharita con *coulant* derretido en su boca ni habría chupado mi dedo con el que se había escurrido por el mantel. No habría desatado mi lengua en nuestro primer beso. Ni hubiera dado libertad incondicional a mi deseo.

Era yo.

Desafiante.

Desnuda.

Ni siquiera con unas pocas gotas de Chanel.

Las malas lenguas

¿Soy solo yo o hay más personas por ahí que cuando ven que todo el mundo habla mal de alguien inmediatamente sienten como un instinto de protección y empatía hacia ese sujeto?

¿Soy solo yo o hay más insensatos que piensan que ese ser que va por la vida haciendo daño por doquier a nosotros no nos lo hará porque contamos con el super-poder de salvar y curar a todo dios?

¿Soy solo yo o hay algún otro chalado que siente que sucumbir a la atracción del abismo más profundo, emprender el reto más arriesgado o vivir al filo del sufrimiento más oculto es todo lo que necesita para que su corazón siga latiendo?

¿Soy solo yo o hay algún ser vivo tan o más estúpido que yo?

Marzo

Hoy ya llevo dos meses y medio cenando, comiendo, desayunando, follando, durmiendo y viajando con él. Estamos juntos todo el tiempo que podemos. Y resulta que es mucho.

¿Qué habría ocurrido si no me hubieran advertido del daño que seguramente me hará? Todo sería muy diferente. Menos intenso. Menos dramático. Menos vital.

Me he ido apartando un poco de mis mejores amigas, sobre todo de las que más veo sufrir.

Me he alejado de mi psicólogo, de mi trabajo, de mis libros, de mi rutina, de mis normas y de casi todo lo que había planeado hasta hoy. Estoy inmersa en esta nueva aventura de la que, curiosamente, no tengo las más mínimas ganas de escapar. Me siento como si por fin fuera yo quien maneja las riendas, quien controla los tiempos, quien decide seguir cada uno de los impulsos que me van llegando.

Todo parece flotar y seguro que lo haría si no fuera porque lo que pasa por mi cabeza siempre ha pesado demasiado.

Él es tan fácil, tan condescendiente, tan acomodadizo a una personalidad tan visceral como la mía que tendría que ser una absoluta advenediza en las relaciones amorosas para no darme cuenta de que aquí hay un gato tan encerrado que se ven arañazos por todas partes.

Sé que me analiza, que me estudia en secreto. Está pendiente de cada una de las cosas que digo o hago. También de mis silencios, de mis gestos, de mi ceño, de mi sonrisa, de mis cabreos. Va aprendiendo a una velocidad vertiginosa lo que me gusta en la cama, en los besos, de mi cuerpo, del suyo, la camisa que prefiero, el tono de voz, cómo acariciarme o cogerme la mano y en qué momento. Sé que me escucha con atención cuando me desespero y cómo ya sabe ofrecerme el mejor consuelo. Me dice que sí cuando quiero que lo haga y me dice que no cuando juego a eso.

Está siempre a mi lado, incluso cuando por no sé qué trabajo estamos lejos. Sé que se desliza por todos los recovecos. Se está convirtiendo en alguien imprescindible. En mi espejo.

Me divierte y me intriga a partes iguales.

Estoy esperando a que enseñe su garra de gato y muestre de una vez qué es lo que en realidad quiere atrapar.

A veces prefiero pensar que es incierto lo que se dice de él; otras, que quizá se ha cansado de tanto engaño y está, por fin, en la última etapa de su vida, relajado a mi lado.

Al final, siempre adivino que, igual que yo me miento, él también me miente. Lo sé porque, cuando lo miro de verdad, tras sus bellos ojos no hay nada ni nadie, y porque tras sus abrazos y sus besos la mayoría de las veces siento frío.

¿Y por qué estoy con él? Podría decir que simplemente no lo puedo evitar, que mi naturaleza conlleva la rebeldía en todo lo que hago, pero no sería verdad. Podría insistir en mi inclinación enfermiza por el lado oscuro, pero seguiría siendo falso. Podría explicar las ganas de querer ayudar a alguien que, sin duda, ha

hecho lo que ha hecho por algún sufrimiento que vivió de niño, pero serían suposiciones. Podría explicar que le he preguntado por aquello de lo que se le acusa y él me ha convencido con sus argumentos de que no son más que mentiras, envidias, dimes y diretes sin base ni sentido, pero tampoco sería cierto del todo. Podría afirmar que es tan guapo, tan perfecto, tan cariñoso que te atrapa como nadie en su juego de seducción. Podría desvelar que cocina increíblemente bien cualquier cosa que le pido y que me duerme acariciándome cada día un rincón distinto, pero tampoco sería por eso.

Podría hablar de la soledad, de la dependencia emocional, del miedo a envejecer, del agotamiento mental, de la extenuación, del aburrimiento; pero no.

Estoy con él porque creo sinceramente que no tengo nada que perder.

Y, sobre todas las cosas, porque ya no me importa ganar.

Abril

—Soy tan feliz que un día de estos me casaré contigo —me dice sonriendo mientras conduce por un camino precioso de la Provenza.

—¡Claro! ¡Y yo! Una de las cosas que más me gusta hacer en este mundo es casarme —respondo acompañada de una sonora carcajada.

Miro el paisaje que me rodea y me imagino viviendo con él en cualquiera de esas casas, rodeados de perros, hijos y nietos.

Se me encoge el corazón. Siempre me pasa eso cuando me miento.

Como un acto reflejo.

Mi exmarido número dos: maldita nostalgia

A veces, en esos momentos en que mi corazón se contrae, me permito recordar el día más feliz de mi vida. Aquel en que les gané el pulso a los recuerdos más tristes y a las soledades más aterradoras. Nunca más he sentido eso con tanta fuerza y claridad. Era la representación del cumplimiento de todos y cada uno de mis deseos en una fecha exacta.

Maldita nostalgia.

Que tu tiempo haya estado tantas veces anclado en el destierro sin que sus horas alcancen ningún sentido, tal vez es lo que hace que, cuando decides que ese es el momento de que todo salga bien, las cosas salen todavía mejor. Sorteas las dudas, adelantas al miedo y correteas por tu camino soltando carcajadas. Encierras tus malos momentos y das rienda suelta a la ilusión. A todas ellas. Y piensas que ya no las vas a perder nunca.

Sí, maldita nostalgia.

La nostalgia es la que te eriza la piel al recordar las cosas. Es el hada que convierte algunos episodios de tu vida en una hermosa novela. Es la bruja que te da la pócima para acabar olvidando, con el tiempo, todo aquello tan malo que quieres olvidar. Maldita toda ella.

Nuestro primer año fue maravilloso. Supongo que los primeros años siempre lo son.

Todo lo que no te gusta del otro te acaba gustando. Y todo lo que ya te gusta te parece un jodido milagro.

Al cumplir ese año me pidió que nos casáramos. Pienso que es ahí, al año, cuando se tienen que pedir ese tipo de cosas. Y es en ese momento, no antes ni mucho menos después, cuando tienes que decir que sí.

La mañana en que me vino a recoger a ese rincón de la isla con su viejo velero fue la más preciosa del mundo. Me embarqué descalza, con una sencilla túnica de *voile* de algodón blanca y un par de flores por el pelo. Izó la mayor y sonreímos mientras el viento ponía texto a nuestras miradas. Un absoluto y callado placer

empujado por la fuerza de las olas.

Arrió las velas al ganar nuestro destino. Fondeamos en su agua turquesa mientras las personas más queridas nos miraban desde la orilla.

Y nos casamos.

Todavía hoy, al recordarlo, me cuesta respirar.

La llaman la isla del Aire.

Mi exmarido número dos. Hoy

Yo no estoy divorciada de mi marido número dos.

Estoy viuda.

Ese señor que se le parece, que lleva su nombre y apellidos y que enarbola una bandera de mentira, no sé quién es.

Mayo. Un año y unos cinco meses después

A medida que pasan los días, mis recelos se han ido anestesiando.

La desconfianza se echa cada vez una siesta más larga y mi cautela se ha largado de casa.

Me dejo caer.

Consigo una sensación tan placentera en la caída que cada vez que intento incorporarme lo hago con menos ganas y mayor dificultad. Es un estado que me recuerda muchísimo a una experiencia que tuve en el balneario de lujo en el que me ingresé unas semanas antes de mi divorcio número dos.

Llegué tan destrozada que el profesional que me acogió en recepción decidió poner como remedio urgente un plan de choque antiestrés. Uno de los tratamientos indicados para ese estado era el *watsu*. Consistía en que un terapeuta te mecía en una piscina de

agua caliente, combinando suaves estiramientos articulares con pequeñas presiones en puntos clave del cráneo. Todo ello, mezclado con la ingravidez del agua y unos sonidos binaurales que estimulaban una especie de ondas llamadas alfa, te aseguraba llegar a un punto tan increíble de relajación que incluso podían lograr hacerte sentir reminiscencias del vientre materno.

Lo que más me impresiona cuando lo recuerdo es cómo confié en el tipo desde el primer momento. Cerré los ojos, dejé caer mi cabeza en sus manos y solté el resto del cuerpo. Mientras él lo iba balanceando, yo acogía relajada todas las emociones que iba experimentando. Todavía conservo grabado en mi interior el sentimiento de apego que tuve con alguien a quien no conocía de nada mientras notaba cómo mis lágrimas calientes resbalaban aliviadas por mi cara mojada al tiempo que escuchaba a mi madre tocar el segundo nocturno de Chopin.

Pues esa, más o menos, es la sensación que tengo ahora.

Sin saber en realidad nada del presunto timador emocional que está mi lado, vivo tranquila y serena cada uno de los momentos que pasamos juntos. Él consigue que salga a flote toda la confianza y autenticidad de la que soy capaz mientras va meciéndome con sus infinitos encantos. Se sigue manteniendo en segundo plano, procurando que yo tenga todas las necesidades cubiertas en el mismo instante en que alguna de ellas amenaza con perturbar mi inusitada tranquilidad.

Me estoy convirtiendo en una mujer segura, calmada, que por fin hace y dice las cosas como siempre le habría gustado. Sin sarcasmo, sin ira, sin miramientos.

Acompañada de un ser tan ficticio sale de mí, curiosamente, la mujer más natural.

A veces tengo ganas de proponerle un trato: que me diga de una vez por todas lo que en realidad quiere; que, si quiere estafarme, adueñarse de mi alma o engañar a mis sueños me lo suelte ya y negociemos.

Julio

Apenas ha sido un pequeño temblor, casi imperceptible, pero he notado que algo está cambiando. La mirada se ha vuelto más esquiva; las manos, más inertes; las mentiras, menos elaboradas, mucho más burdas; las verdades, insólitamente hirientes.

«¿Vamos a cenar a un japo esta noche?», le pregunto por WhatsApp.

«No puedo, preciosa, me acaba de salir una reunión mañana a primera hora con unos socios en Madrid y justo estoy cogiendo el AVE ahora para no tener que madrugar tanto». (¿Qué socios? ¿Socios de qué?).

«¿En serio? Qué raro que no me lo hayas dicho antes, ¿no?», contesto extrañada y molesta.

«No he parado en todo el día, lo siento. Beso», me escribe al cabo de doce minutos.

Llevo tanto tiempo con la cabeza aletargada por su complacencia que no sé siquiera qué responder.

Nunca he sabido bien en qué consiste su trabajo.

Cada vez que he intentado sacar algo en claro me ha contestado con unas explicaciones tan extensas como confusas.

No sé qué pensar ni cómo reaccionar.

«*Kisses*», me pone en otro WhatsApp que recibo al cabo de veintitrés minutos, tras un selfi en el que sale guapísimo posando delante de un espejo del tren. Lleva un traje azul oscuro muy elegante, con una camisa blanca impecable y un pañuelo de bolsillo verde de Hermés que le regalé por su cumpleaños. Sonríe con picardía mientras mira a su propia cámara.

«Te echo de menos», respondo al segundo y aparto la duda más que razonable de adonde narices irá vestido así.

No hay mensaje de vuelta.

Agosto

Vamos a pasar quince días de vacaciones en la Provenza. Es un lugar al que ya hemos ido varios fines de semana durante el invierno y nos encanta. Bueno, por lo menos, a mí me encanta. Empiezo a dudar de lo que en realidad le gusta a él. Aparte de sí mismo, claro.

Hemos tenido una suerte inmensa con la casa que hemos alquilado. La encontramos por casualidad hará cosa de un mes, cuando estábamos allí en un hotel y decidimos alquilar dos bicicletas para salir a dar una vuelta por el campo.

A medida que nos adentrábamos en un paraje cada vez más maravilloso, Perra se coló por un camino particular persiguiendo a un gato. Mientras la buscábamos y la llamábamos a grito pelado, entramos sin querer en el inmenso jardín de una casa de campo imponente. Mis ojos se detuvieron en un hermoso rincón, donde había una mesa ataviada con una bandeja de quesos, mermeladas y uvas, decorada con varias hojitas de romero y acompañada de dos cestas con pan cortado y una botella de vino. Era una gran mesa de hierro, algo desvencijada y bellamente colocada bajo una parra centenaria, donde dos parejas de mediana edad y aspecto encantador charlaban disfrutando de las vistas infinitas de viñedos y olivos que rodeaban la propiedad.

En cuanto nos vieron, se levantaron sonriendo y acariciaron cariñosamente a Perra. Tras pedir infinitas disculpas, aceptamos su amable invitación a sentarnos con ellos. En cuestión de minutos él ya los había embaucado con sus palabras a media voz y pronunciación exquisita. Después de una velada deliciosa, decidieron alquilarnos por un precio simbólico un edificio adyacente de extraordinario encanto con una larga alberca y un jardín infinito.

Verano en la Provenza

Se comporta otra vez como un tipo perfecto. Se ocupa de mí y de Perra como si fuéramos los dos únicos seres vivos que respiran bajo este cielo luminoso.

Por la mañana salimos en bicicleta a comprar pan, cruasanes y fruta a Maussane, el pueblo más cercano. Prepara la mesa como si tuviera que venir alguien de la revista *Côte Sud* a fotografiarla y la verdad es que ni el mejor hotel superaría la delicadeza de cada detalle.

Mientras tomo un poco de queso, observo lo que va haciendo. Su aspecto está tan minuciosamente estudiado, tan acorde con el entorno, que nadie dudaría de que en realidad es él y no otro el verdadero señor de este lugar desde hace cinco generaciones.

Después del desayuno nos vamos cada día a jugar al tenis. Los educadísimos y auténticos terratenientes nos dejan usar la hermosa cancha que tiene la casa tantas veces como queramos.

Juega muy bien o por lo menos me convence de que es así cuando me hace entender con sus muecas y miraditas al cielo que está haciendo una especie de promesa celestial por tener la santa paciencia de jugar conmigo. Me manda cada bola flojita y benevolente para que yo no tenga dificultades en devolverla, «poc, poc, poc». Me río cada vez que se la tiro con fuerza y él hace el ademán de no llegar como si yo fuera una jugadora buenísima. Aunque, en realidad, como se me ocurra ganarle algún puntúo de verdad, me mata sacando a lo bestia o rematando con furor. No admite otro resultado que no sea 6-0, 6-0.

Siempre he pensado que en el tenis no podemos evitar jugar como en realidad somos por dentro. Los cobardicas hacen globos; los listos, dejadas; los intrépidos suben siempre a la red, y los cautelosos no se mueven de la línea de fondo. Él hace de todo, lo

que sea, por ganar.

Cuando terminamos, me abraza con cariño y me seca el sudor con una toalla blanca y limpia que lleva siempre en su raquetero y que no sé de dónde diablos saca. Me felicita por lo bien que he jugado y lo guapa que me pongo cuando estoy sudada.

—Seguro que ya has quemado las calorías del desayuno, peque —me dice mientras me da una palmadita en el culo.

—Bueno, tú también has quemado, ¿no? —contesto un poco picada.

—Pues…, la verdad es que no mucho, pero tampoco me hace falta. —Se ríe mientras anda hacia la entrada de casa.

Tras el mensajito subliminal del día, entro en casa mirando al suelo mientras me cede el paso.

La verdad es que está estupendo.

Después de ducharnos y hacer el amor mojados (aquí también gana), nos volvemos a duchar, nos vestimos y cogemos el coche para ir a un *marché provençal*, que cada día montan en un pueblo distinto. Descapotamos el mini y nos ponemos a cantar a grito pelado las canciones de Carla Morrison que nos sabemos de memoria.

Nos hacemos con un *jambonneau rôti du porc* y las verduras necesarias para cocinar una *ratatouille* mientras no nos soltamos de la mano. Y, como es tradición aquí, nos sentamos en las viejas sillas de la terraza del bar del pueblo a tomarnos un *rosé*. El puesto de ostras está justo delante y pedimos al tipo que las vende que nos abra algunas. Nos las sirve con hielo picado encima de un trozo de caja de porexpán.

Me siento pletórica.

Sé que sus actos son fingidos y sus palabras, una depurada falsificación; pero no puedo evitar asistir entusiasmada a todo eso. Me maravilla la doblez y el fingimiento que tengo conmigo misma.

¿Me estaré convirtiendo en una adicta?

Señales

Esta vez no llevo dinero en efectivo. Al parar en una gasolinera, pago con mi tarjeta en la maquinita que hay al lado del surtidor. Lo pillo mirando de reojo cuando marco mi número secreto.

Comprimidos

¿Soy solo yo (otra vez, lo sé) o todo el mundo ha sentido en algún momento la necesidad urgente de volverse invisible cuando está pasando por una experiencia muy vergonzosa?

Supongo que habrá alguien por ahí que prefiera que se lo trague la tierra, pero creo que abunda más el gusto por desaparecer. No entiendo como nadie ha inventado todavía una pastillita milagrosa que lo consiga.

Esta noche sueño que me he tomado esa pastilla. Me incorporo en la cama y observo cómo mi presunto embaucador número uno está abriendo mi bolso cuando me doy cuenta de que en realidad me he tomado una aspirina y me está viendo. Me mira con frialdad mientras me dedica una sonrisa desdeñosa.

Me despierto de repente. No distingo la realidad del sueño. Me vuelvo a dormir.

Por la mañana me levanto sin dar los buenos días ni ningún beso. Él, cosa extraña, sigue durmiendo.

Dejo que una ducha de agua fría lo borre todo.

Noches de verano

Lleva dos noches sin rozarme ni los pies. Una vez abre su parte de la cama, se acuesta justo en el extremo opuesto al mío. En una postura rígida, bocarriba, ojos cerrados y sonrisa hierática, se parece mucho más a la bella Nefertiti que a un gigoló de tercera.

Me entra un cabreo por dentro que tiene la misma intensidad que la desolación brutal que siento. No intentó calmarme ni conciliar ningún sueño. Solo pienso en cómo salir de todo esto.

De repente lo abrazaría y al momento lo despertaría con una buena bofetada. Me siento vulnerable, desagradablemente desnuda a pesar del largo camisón. Ahora mismo, me gustaría llevar un grueso pijama de tergal. Algo que me diera calor. Lo que fuera. Una bolsa de agua caliente. Una manta eléctrica. Otro hombre.

Días de verano

De día hace como si nada, pero sé que está tramando algo. Se comporta como siempre, como lo haría un hombre que quiere satisfacer en todo momento cualquier necesidad o capricho de la mujer que ama.

Miente. Cada vez lo hace peor. Creo que lo hace de un modo consciente.

Hiere. Aseguraría que de la misma forma.

Nos compramos tres cruasanes y un *sacristain* en la Maison Bergese de Saint-Rémy y nos los llevamos al coche. Uno de los máximos placeres de este verano es ir comiendo a cachitos esas delicias mientras vamos admirando el paisaje con el coche descapotado. Nos comemos primero un cruasán cada uno y el tercero a medias. Él me regala los dos cuernos, porque es lo que más me gusta, y se come el resto. El *sacristain* lo tomamos siempre por la tarde.

Hoy se ha puesto especialmente guapo.

—Estás muy guapo —le digo en voz alta para que me oiga. Sonríe sin mirarme. No me dice que yo también.

Hemos decidido recorrer algunos pueblos del Luberon. Es la Provenza de postal que todos hemos visto en películas, pero cuya belleza, cuando la ves de cerca, te deja todavía más boquiabierta.

Después de parar para tomarnos un café en Ménerbes, seguimos hasta Lacoste para visitar el *cháteau* del marqués de Sade.

Es un enorme castillo construido a principios del siglo XI y destruido en gran parte durante la Revolución. No fue hasta mediados del siglo XX cuando comenzó a restaurarse, y se abrió al público a partir de 2001, cuando Pierre Cardin lo adquirió y se hizo cargo de él convirtiéndolo en un lugar donde se celebran festivales de teatro, cine y conciertos. Famoso por ser propiedad y refugio del marqués de Sade en el siglo XVIII, ahora se pueden visitar algunas de las estancias del escritor.

Es curioso, no hay absolutamente nadie en estos momentos y deambulamos por el castillo como si fuera nuestro. Lo que más me ha llamado la atención es que no hubiera ningún vigilante ni cámaras, teniendo en cuenta que las habitaciones albergan múltiples objetos y muebles de la colección privada del modisto.

—Podríamos echarnos en este sofá a leer *Justine* y nadie nos diría nada —digo sorprendida.

—O podría empotrarte contra esta pared y practicar alguna de las escenas que escribió Sade en *Les Cent Vingt Journées de Sodome* —contesta con voz muy ronca al tiempo que me toca el culo.

Me gusta cuando me habla así. Debe ser cosa de alguno de mis ancestros. Alguno muy zorrón.

Se quita sensualmente la americana y se la cuelga en un brazo. Me ruborizo y me aparto coqueta, mientras él sonríe satisfecho. Me alejo disimulando y me fijo en una pequeña y delicada lámpara que hay sobre una mesita; parece de bronce y es de estilo egipcio decorada con dos efigies de gato.

—Qué objeto tan bello —digo mientras la acaricio.

Está mirando por la ventana y no me contesta.

Las vistas a todo el valle de Calavon son impresionantes. Es un auténtico océano de infinitas tonalidades de verde y cuyo horizonte son las montañas de Vaucluse.

Una vez fuera creo que soy muy feliz. Quizá sea porque me he sentido deseada. O tal vez es porque he decidido pensar que todos mis recelos son fruto de un incipiente trastorno bipolar que no había experimentado hasta ahora.

A veces pienso que me quiere.

Picamos algo en una terraza de Bonnieux, visitamos brevemente Lourmarin y, para terminar, nos dirigimos a un restaurante en Cucuron que se llama la Petite Maison. Lo escogí porque está en la plaza del pueblo donde se rodó la escena más romántica de la película *Un buen año*. Es esa en la que los dos protagonistas por fin cenan juntos delante de una fuente enorme y preciosa, enmarcada por unos altísimos plátanos centenarios y, de repente, cuando están en el momento más interesante de la conversación, empieza a llover mientras el amor estalla por todos lados.

Soy idiota. Qué se le va a hacer.

Él está ausente otra vez. Como calculando algo.

Acabo bebiendo mucho más que de costumbre y hablando sin ningún filtro.

Se ve que el filtro es un objeto que sirve para separar las partes sólidas de un líquido. Yo ya empiezo a pensar que no me queda nada que sea un poco sólido y mi extenuado líquido se desparrama por todos lados.

—¿Por qué ya no me quieres? —imploro con ojos acuosos.

—Venga, no empieces con tus tonterías —responde molesto y mirando a un lado y a otro.

Me sirvo otra copa antes de que lo haga el camarero.

—Para —me dice en voz baja.

—¿Quieres dejarme? —Sigo sin freno y cuesta abajo.

—Lo que quiero es pedir la cuenta y volver a casa.

—Pues yo lo que quiero es que me digas de una vez para siempre qué coño quieres de mí —suelto subiendo el tono.

Me mira con desdén. No llueve. Ni nada.

Más señales

Sigue sin tocarme de noche.

Sigue sonriendo de día.

No me mira. Mi mirada escruta todo lo que él hace.

Me dice que se va a pasear un rato. Es de noche y hace frío. No me invita a ir con él. Cojo el móvil y al poner su nombre en el WhatsApp veo que está en línea.

No me atrevo a tocar ni a revolver nada suyo. Echo el freno. No quiero irme tan a la mierda.

—¿Qué tal? —pregunto con voz neutra mirando a la pared cuando entra por la puerta.

—¡Muy bien! —responde contento—. ¡Mira qué fotos he hecho! El cielo estaba maravilloso.

(¿A quién se las habrá mandado?).

—Son brutales. —Me levanto y lo abrazo—. ¿Sabes? Me apetece ir a la cama a leer —le susurro al oído como si fuera una invitación.

—Yo me quedo a ver las noticias. —Deshace con suavidad mi abrazo y se tira en el sofá—. Que descanses, peque —dice sin mirarme.

Después de ir al lavabo, entro en mi habitación y me siento en el borde de la cama. Noto cómo el dolor sube desde el estómago y va visitando todos mis cobijos hasta que aparece por mis ojos en forma de agua. Me cae hasta la comisura de la boca, se escurre por ella y me toca la lengua. Está extrañamente helada.

Me levanto y me voy al baño. No enciendo la luz. Me miro en el inmenso espejo antiguo de madera.

No me encuentro.

Más

Hoy es mi cumpleaños.

Es un día que siempre ha excitado mi ilusión. A pesar de las arrugas reunidas, la rigidez de cervicales y las decepciones acumuladas, ese día mi niña dormida irrumpe y corre atropellada a descubrir regalos escondidos, a disfrutar de amigos que me quieren al otro lado del teléfono, a desatar lazos de cajas esperando que asomen las orejitas de un cachorro, a soplar las velas de un pastel cerrando los ojos y pidiendo como único deseo que lo haya hecho mamá desde el cielo (o desde donde coño estén los muertos que necesitas vivos).

Es el día en que la inocencia gana.

Él sabe todo eso. Lo sabe todo porque yo se lo cuento.

Me ha preparado un desayuno precioso, con todos mis antojos preferidos. Me ha traído a la cama una bandeja enorme de plata presidida por dos girasoles en un antiguo vaso de cristal. Sobre la bandeja hay un cruasán de Saint-Rémy, una tostada de pan de *alpillette* con aceite de *olives picholines* y sal gruesa de la Camarga, zumo de naranjas rojas mezcladas con un pomelo y una ensalada de *tomates anciennes* de la Provenza de mil colores aderezados con romero. En el *café au lait* ha dibujado un corazón y una letra dentro. Curiosamente, es su inicial y no la mía. Le doy las gracias con efusividad y casi se cae todo. Me bebo enseguida el café y me trago la letra.

Cuando estoy terminando, y todavía sin levantarme de la cama, me acerca los regalos.

—¡Aaayyy! ¡Me muerooo! —grito de placer.

—¿Te has dado cuenta ya de que nunca nadie te ha tratado así? —me pregunta apoyado en la pared.

Decido que ni la pregunta más obscena ni ninguna inicial

equivocada van a amargarme este día. Me levanto y empiezo, quizá con un afán algo más cauto que otros años, a abrir mis regalos.

Hay tres paquetes y, como siempre he hecho, empiezo por el más pequeño. Es una caja que contiene un Apple Watch con dos correas de recambio aparte envueltas en celofán. Expreso mi alegría intentando que no se note mi perplejidad. Cualquier artilugio de Apple debería estar prohibido como regalo a una mujer ilusionada mayor de cincuenta años. Para mí es lo mismo que si me regalara una olla a presión. Creo firmemente que todas las excelencias del mundo tecnológico que inundan nuestra vida diaria debería adquirirlas cada uno según le convenga. Nada puede haber menos romántico y personal que ese reloj.

—Ya verás como te encanta. Te lo voy a configurar para que lo uses en el partido de esta tarde. ¿Qué correa te pongo?

Él parece estar mucho más entusiasmado que yo.

—La blanca —digo mirando hacia la mesa.

El segundo paquete está envuelto en papel de periódico.

—Me acaba de llegar así y me ha parecido divertido no cambiar el envoltorio. Lo compré hace tres días en una subasta *online* y viene de Berlín —me dice eufórico.

Es un enorme collar de madera con piezas policromadas y que lleva colgada una enorme borla que parece hecha de pelo.

El reloj Apple me parece de repente un objeto de deseo.

—Es un collar antiguo proveniente de una tribu de Burkina Faso, que se utilizaba en todas las ceremonias y danzas importantes —me explica con total impunidad.

Me sorprende (mi capacidad para sorprenderme es infinita) que el tercer regalo venga en una caja enorme blanca sin ninguna inscripción.

—Este es grande, ¿eeeh? —me anima a abrir mi regalador.

Saco del interior un bolso horroroso con muchos caballos de colores (¿los más pequeños son unicornios?) y la letra E apareciendo por todas partes.

—Es un ETRO.

Lo abro, miro el interior. El forro está estampado con la marca, pero la letra R es tan minúscula comparada con las otras que lo que en realidad se lee es ETO. (Pero *¿eto* que es? ¿Qué sigo haciendo yo al lado de este ser?).

—Me han dicho las dependientas que es de la nueva colección. Les acaba de llegar y tú lo tendrás antes que nadie.

Parece que para este tipo yo soy E de estúpida.

E de extenuada.

No me salen más.

Más

Consulto en internet. El collar, aparte de a los africanos, también gusta muchísimo a los chinos y lo exponen, curiosamente con los mismos pelos, en todas sus tiendas. El bolso no se encuentra en ninguna colección. Ni se le espera. Me pongo el reloj Apple y mi mejor sonrisa.

—¿Vamos de excursión? —le pregunto con el cerebro lleno de Tipp-Ex líquido.

—Claro, lo que tú quieras.

Y mucho más

—Si quieres, volvemos a Barcelona antes —le suelto de repente mientras está tomando el sol en una hamaca delante de la alberca.

Se me ha caído de la boca. Es una frase que llevaba algún tiempo guardada y ha aparecido de repente, sorprendiéndome incluso a mí misma. Abre los ojos, gira la cabeza y me mira con su mirada de iguana. No dice nada.

Me muero de ganas de tener diez años y tirarme de bomba al agua, pero permanezco quieta. Como otra iguana. Me siento en el

sofá debajo de la vieja pérgola y abro mi libro de Foenkinos. (*Quoi d'autre?*).

—Venga, peque, ahora que se ha nublado, vamos a cambiarnos y a jugar al tenis —me dice animado—. ¡Así estrenas el reloj!

Me apetece.

Siempre necesito irme de un sitio, de un sentimiento, de una persona, cuando he dado demasiadas vueltas inútiles por él.

—¡Vale!

Sé que esto se está terminando. No sé cómo ni cuándo, pero va a ocurrir. Siento una extraña liberación que, sin embargo, lamento. Adivino que me invadirá en algún momento la (maldita) nostalgia y lo pasaré mal. Fatal. Me sé el trayecto. Echaré de menos a la mujer que he sido en muchos de estos momentos. Ese espejo en el que se ha convertido ese hombre mentiroso. No sabré reconocerme en otro. Tardaré mucho tiempo en refugiarme en unos brazos. No podré besar a nadie en un impulso. Ni tampoco dejaré que alguien lo haga. Me convertiré en un dibujo inanimado. Seré mordaz y me reiré a carcajadas exageradas. Estaré muy triste. No susurraré «te quiero» a ningún oído. Ni me pondré esa ropa interior tan delicada que me compré anteayer. Dormiré sola y soñaré episodios insólitos en los que tendré un *déjà vu*.

Lo echaré de menos con rabia al principio; después, con pena, y al final, con todo el dolor.

Me sentiré sola y tendré miedo cuando por la noche haga frío. O cuando haya tormenta. O cuando tenga fiebre. Querré llamarlo cuando me suceda algo bueno. O cuando no me suceda nada. Borraré su número. O lo bloquearé y lo desbloquearé mil veces. Me convertiré en una caricatura desdichada. Y mi corazón se hará viejo. Y no sabré qué decir. No sé despedirme de nadie. Ni por fuera ni por dentro. Llevo fatal olvidar el olor de alguien a quien quiero.

Dice el conocido psiquiatra Luis Rojas Marcos que las mujeres que han perdido prematuramente a su madre avanzan desprotegidas por la vida y comparten un profundo sentido de injusticia. Es una pérdida que crea tal vacío que les resulta emocionalmente

inaceptable convivir con los demás de forma serena y sosegada.

Yo me quedé sin ella y sin nadie que estuviera en mi libro de familia. Me quedé con mis amigas. Ellas impidieron que me sintiera huérfana. Siguen ahí.

Los hombres que han ido pasando por mi vida me han querido mucho, o eso han dicho. Pero ya no están.

Siempre me pregunto por qué una amistad puede durar tantísimos años y una relación de amor termina casi siempre mal. Ya lo canta Sabina:

Y morirme contigo si te matas.
Y matarme contigo si te mueres.
Porque el amor, cuando no muere, mata.
Porque amores que matan nunca mueren.

—¡Se me ha muerto el reloj! —grito desde mi extremo de la pista al cabo de media hora.

—Ya. Esto es porque no lo cargaste por la noche.

—¡Sí que lo hice! —respondo—. Vaya tontería esto del Apple Watch. Te quedas sin batería y te quedas sin hora. No comprendo cómo lo usa tanta gente.

—Cierto, es un poco incómodo, es verdad —contesta él mirando el suyo—. El mío todavía funciona. Llevamos treinta y cuatro minutos jugando, vamos a seguir una horita más, ¿quieres?

—Claro. Sacas tú —digo mientras me preparo agarrando la raqueta y mirando concentrada con la cabeza hacia delante.

Balanceo el cuerpo. Me encanta restar.

Un año, ocho meses y trece días después. Hoy empieza septiembre

A la altura de Arles contemplo cómo una bandada de flamencos

rosas vuela por el cielo en dirección a las salinas y se me saltan las lágrimas. Al final hemos cumplido con la quincena de nuestras vacaciones provenzales y volvemos a Barcelona. Veo unos toros pastando en un exuberante prado cercado. Más adelante, un par de caballos blancos de la Camarga trotan por el campo infinito. Un búho enorme me mira desde un poste eléctrico y antes de pasar la abadía de Montmajour se asoma el riachuelo lleno de nenúfares al que siempre llegábamos en bicicleta.

Intento grabar en mi retina lo que voy contemplando y dejando atrás. Quiero recordar para siempre esta luz refulgente que lo envuelve todo. Y su aroma. Esta tierra no huele a lavanda. Huele a viña y olivo.

Nos vamos.

He pasado de sentirme como una eterna apátrida a una recién exiliada. Me voy de un lugar al que sin duda pertenezco. Dicen que quien no tiene raíces no tiene nada. Creo que yo las llevo siempre conmigo y a cada paso de lo que vivo las voy enterrando.

Bajo la ventanilla y todavía oigo el cantar de las cigarras. Me siento una hormiga con la responsabilidad de la vida a cuestas. Vuelvo a casa con sobrepeso de dolor y ligera de esperanza.

Pone la radio y un locutor da el tiempo en francés. Anuncia un día despejado y no puedo parar de llorar.

—Tranquila, peque, volveremos pronto —dice mientras me sube la ventanilla.

Sé que no. Si de algo soy incapaz, es de volver a un sitio en el que hasta el último escondrijo se maquillará de sinuosa melancolía. Regresar al mismo escenario yo sola, en un arranque de añoranza, sería un acto de flagelación gratuito; y volver con otra persona significaría que mi corazón se ha vuelto inconsciente del todo. No. No creo que pueda.

Entramos en la autopista. Lo miro y lo veo risueño. Contento. Seguramente calculando al milímetro la estrategia que utilizará con otra mujer. Cada vez me cabe menos la duda. Habrá encontrado otro objetivo más inocente, más infeliz o con un euro más que yo en el

bolsillo.

Sé muy bien el tipo de hombre que es. Lo conozco. Y, sin embargo, no sé abandonarlo. Espero que mueva ficha y siento una enfermiza curiosidad por ver cómo será su jugada.

(Mamá, ¿me haces otra nota? Mi madre interrumpe la sonata para piano de Schubert y se pone a escribir):

Distinguido señor trilero:

Ruego disculpe la ausencia de mi hija en sus clases prácticas de «¿Dónde está la bolita?» desde el día de hoy hasta fin de curso. Asistir a sus enseñanzas le ha provocado un grave cuadro de ansiedad y una preocupación obsesiva por adivinar sus fullerías. Mi hija carece de imaginación para elaborar artimañas y padece de lo que se conoce como una sinceridad sin límites.

Si necesita un informe médico que acredite dicho trastorno compulsivo, fobia o ataque de pánico hacia sus artificios, no dude en ponerse en contacto conmigo.

Firmado: madre sin número

Voy a tener que recuperar a mi puto psicólogo número uno con prontitud.

El otro día leí una entrevista a otro loquero que argumentaba con brillantes ideas la razón por la cual muchas relaciones de pareja actuales acaban casi siempre mal. La causa principal no era otra que el mal planteamiento que desarrollamos desde el inicio.

Insistía en el valor primordial de la búsqueda racional y empírica de lo que nos conviene a nuestro lado apoyando la teoría con el ejemplo de que deberíamos buscar a nuestra media naranja como lo hacemos cuando queremos comprar un piso.

Sabemos perfectamente nuestras prioridades o qué características inalterables requerimos antes de adquirir una vivienda: nos gusta un ático o una planta baja, con *parking* o no, pequeño y práctico o grande y señorial, moderno o antiguo,

reformado o sin reformar, una casa prefabricada, pareada o una masía aislada en medio del campo.

Sin embargo, nos entregamos al primer enamoramiento que pasa sin escuchar apenas nuestro deseo mas profundo. Depositamos tantas esperanzas en esa pareja que nos tiene sin cuidado que no tenga ni balcón ni vistas o los baños necesarios que siempre habíamos considerado como fundamentales para envejecer haciendo nuestras necesidades completamente felices y a salvo de intromisiones ajenas.

No elegir la pareja de una manera completamente consciente es elegirla desde las carencias, desde el desequilibrio que todos llevamos, desde nuestros propios conflictos. Y, a la postre, haremos pagar con nuestra propia frustración al comprobar que otra vez tampoco ha salido todo como deseábamos.

Hemos llegado a Barcelona. Aparca y me sube todas las maletas hasta la puerta. Se despide de Perra con una caricia y de mí con un corto beso.

Entro en casa y respiro. Mi piso es un ático en el que domina el color blanco. No hay cuadros ni fotografías. Los muebles son de colores neutros y la librería está repleta de libros perfectamente ordenados. Entra la luz a raudales por los inmensos ventanales que hay en todas las estancias, donde asoman árboles de follaje perenne que se mueven tranquilos con el viento. A veces, por las mañanas, me despiertan con leves golpes en el cristal de mi dormitorio. Cuando no pongo música se oyen los pájaros.

En mi ático encuentro la paz necesaria para afrontar el desorden fragoroso de mis pensamientos diarios. Tardé cuatro años de pesadas visitas a innumerables inmuebles hasta encontrar este reposo. Descarté muchas tentaciones por el camino porque sabía lo que buscaba.

En el terrado tengo dos limoneros y un mandarino. Estarán medio muertos porque hace tiempo que no subo ni a cambiar las

pilas del riego automático. Desde que hice la última cena para mi último marido, no he vuelto.

Seguro que lo único que sigue vivo es el jazmín. A pesar de que despide su especiado olor solo en verano, también le gusta mi ático y no para de trepar por donde puede.

6 de septiembre

Ha pasado casi una semana y no nos hemos llamado.

He decidido ser yo quien dé el primer paso para aclarar la situación. Aclararla y centrifugarla si es necesario. Siempre he pensado que las sombras han de ventilarse y tenderse al sol.

«Hola, ¿qué tal?», le digo en un WhatsApp. (Me da miedo cualquier tentativa más directa).

«¡Hola, peque! ¡Justo ahora mismo te iba a llamar!», responde al segundo.

«¿En serio? ¡Qué casualidad!».

«¡Te lo juro! ¿Cómo estás? ¡Echo de menos nuestros partidos de tenis!», sigue escribiendo con signos de exclamación.

Me sorprende su reacción. No sé si actuar como si no hubiera pasado nada responde a una exorbitante falta de sensibilidad, a la ausencia de inteligencia (emocional o no) o a una nueva artimaña.

«Deberíamos quedar para hablar, ¿no crees?». Escribo tan rápido que, apenas le doy a la tecla de enviar, me doy cuenta de que con la obviedad de la preguntita tal vez estoy cayendo otra vez en su juego.

«Claro, peque. Cuando quieras».

«¿Hoy?».

«Hoy no puedo, me voy esta tarde a Madrid. No vuelvo hasta pasado mañana. ¿Quedamos entonces?».

«Ok».

Tengo tanta ira por dentro que volvería a fumar. Abro la puerta

del frigorífico y el resplandeciente color verde de todos sus inquilinos me recuerda que estoy a dieta. Llamo a un Glovo para que me traiga un Häagen-Dazs de vainilla con nueces de macadamia caramelizadas.

Neones

Algunos tipos deberían distinguirse con más claridad del resto de la humanidad.

No sé, por ejemplo, llevar colgado del cuello un aviso en neón.

Advertencia: las siguientes imágenes contienen violencia, consumo de alcohol y drogas, lenguaje malsonante, desnudez, escenas explícitamente sexuales y pueden herir la susceptibilidad de algunas personas (en especial, mujeres +50. Hipersensibles. Todas ellas).

8 de septiembre

No me ha dicho nada en estos dos días.

Acostumbrada a infinitos mensajes y llamadas diarias, a recibir flores en casa y en el trabajo, a vernos para comer o cenar cada día y a dormir juntos varias noches a la semana, esta situación me está volviendo loca.

He pasado de no saber cómo dejar esta relación a querer aferrarme a ella como si fuera el único aire que respiro. O este hombre es el mejor timador emocional del mundo o yo estoy como una auténtica cabra. Dicen que el enamoramiento dura una mierda y el amor, toda una vida, ¿no?; pues yo hace nueve meses que estoy con este tipo y lo único que siento es dependencia y cabreo.

«¿Ya estás en Barcelona?», mando con dedos asustados.

Tarda cuatro horas y treinta y tres minutos en contestarme.

«Sí, acabo de llegar. ¿Quieres quedar en mi casa o en la tuya?».

Me desconcierta otra vez al ofrecerme solo estas dos opciones, habituada como estaba hasta ahora a decidir yo.

«Si quieres, voy yo a la tuya», respondo sin dejar que se note mi desesperación.

En todos estos meses me ha invitado poquísimas veces a su piso y la verdad es que nunca le he dado mucha importancia, al estar un poco lejos de donde hacíamos nuestra vida.

Está en un callejón que da a las Ramblas. Es uno de esos edificios señoriales en los que antes vivían las familias de renombre y de los que ahora apenas quedan unos cuantos habitados. El barrio se ha ido degradando y el mal olor conquista los rincones. De día está inundado por turistas y de noche, por infinitos peligros; pero, una vez que cruzas la puerta de su piso, te olvidas de todo eso.

Decorado artificiosamente, aunque a la vez colmado de gestos delicados, te sientes como si hubieras entrado en un bello palacete barroco siciliano. Todo es aparente, concebido para engañar al ojo al mismo tiempo que despierta tus sueños. Enormes marcos dorados se apoyan en el suelo del salón vacíos por dentro, lomos de libros antiguos y sin historia encima de una chimenea que en realidad no lo es; juegos de bastones y sombreros junto a una hermosa puerta cerrada sin nada detrás.

Es como un inmenso teatro donde no se puede descansar la mirada en ningún lugar. Y cuando, abrumada, decides sentarte creyendo que ya lo has visto todo, aparece por sorpresa otro trampantojo.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta con una gran sonrisa.

—No sé, lo que tú tomes —respondo sin pensar.

Se va a la cocina, en contraste ultramoderna, ordenadísima y funcional. Después de un instante, sale con una bandeja de plata y dos vasos de agua.

Mi madre me mira con una mueca.

—Antes de nada, me gustaría hablarte de una cosa —empieza.

Mi madre se da la vuelta y se va a tocar el piano.

—He decidido irme a vivir a Londres. —Se sienta, sonríe y bebe mientras yo lo miro boquiabierta—. Esta ciudad la tengo completamente amortizada y ya no es lo que era (no sé si está hablando de Barcelona o de mí) y, claro, he estado pensando en cómo podíamos continuar nuestra relación y…, no sé…, eh…, he llegado a la conclusión de que sería algo demasiado difícil. —Al decirlo me mira y no sé qué debe de ver en mi expresión, porque añade—: Aunque no hay nada imposible, peque.

—¿Te importa que vaya al baño? —pregunto mientras me levanto.

El corazón ensordece mis oídos mientras me golpea las sienes. Me encierro en el lavabo y me dejo caer encima de la raída alfombra persa. No vuelo. Siento una pena inmensa.

Me lavo la cara con abundante agua fría mientras intento clarificar las locas ideas. ¿Con cuántos kilos dejan viajar a una perra en un avión? ¿Me saldría mejor un hotel o alquilar un apartamento por días? ¿Podría volver a vivir con alguien que no fuera un animal? Decido improvisar y salgo.

Al pasar por delante de su cama me fijo en algo que me paraliza al instante.

En la mesita de noche hay una pequeña lámpara de bronce, de estilo egipcio y decorada con dos efigies de gatos. Me acerco y la acaricio maquinalmente, tal vez para encontrar algún detalle que desmienta su origen.

Recuerdo el instante en el que yo le hablaba de ella y él miraba por la ventana. Hacía calor en aquella habitación del *château* y yo me sentía extraña visitando una estancia que evocaba algunas de las escenas más obscenas que había leído en mi adolescencia. Me acuerdo de que me fijé en su mirada concentrada contemplando el bello paisaje del Luberon. ¿Cómo se la llevó sin que yo me diera cuenta? Ahora recuerdo que me sorprendió que se quitara la americana y la llevara colgando en un brazo. Aunque el mismísimo mundo ardiera, él nunca se quedaba en mangas de camisa.

(Mi madre me mira muy seria sentada con el marqués de Sade al

lado).

Vuelvo despacio al salón. Estoy petrificada.

Él está en una butaca, con las piernas cruzadas y un brazo sosteniendo al otro mientras los dedos de la mano acarician su bello rostro. Me mira y sonríe. Desvío la mirada.

—Me voy —oigo que digo.

Me doy la vuelta a la vez que lo miro de reojo y, justo en el momento en que se levanta, interrumpe el tenso silencio una enorme ventosidad: «PRRRRRR».

Es un pedo descomunal. Indisimulable. Rotundo. Indiscutible. Contundente. Incuestionable. Sigo sin mirarlo mientras mi pituitaria actúa instintivamente olfateando el aire.

(Mi madre y Sade se descojonan).

—No he sido yo —oigo que dice.

Abro la puerta y, sin mirar atrás, digo:

—No. Habrá sido uno de tus gatos.

Hoy

Hoy puede ser un mal día.

Y mañana también.

Vuelta al loquero

—Era un psicópata narcisista —dice mi puto psicólogo número uno mientras me observa con afecto—. Y has tenido muchísima suerte de que se haya largado.

Es la segunda vez que lo visito esta semana. No sé si será porque le caigo bien o porque a su secretario le afectó mi lastimoso tono de voz cuando le rogué una cita, pero, a pesar de que su fama se ha acrecentado muchísimo tras su aparición en programas de

Telecinco, me ha recibido dos veces seguidas.

El lunes estuve hablando yo todo el rato mientras acababa con el contenido del paquete de *kleenex* que sacó nada más verme. Hoy, sin embargo, ha empezado a hablar él.

—Una de las experiencias más peligrosas para cualquier ser humano es la de compartir la vida con un auténtico depredador. Un psicópata narcisista se presenta ante ti y ante todo el mundo como una persona absolutamente encantadora y maravillosa. —Hace una pausa para mirarme por encima de las gafas y sonrío levemente—. La probabilidad de que descubras que es un psicópata es casi inexistente y la posibilidad de salir indemne de una relación con él también lo es. Un ser así se empareja con su víctima y la usa y consume a todos los niveles. En un principio usa la seducción y el encantamiento para lograr su objetivo, pero en realidad es un egocentrista extremo que no siente miedo, ni compasión, y ni mucho menos ningún remordimiento. Esta psicopatía no se puede considerar una enfermedad mental porque en realidad no tiene cura.

—¿No se puede curar? —le interrumpo.

—En absoluto. Carecen de algo tan fundamental como la empatía. Él sabe el daño que hace, pero no lo siente porque no tiene conciencia.

—¿Y por qué yo? —pregunto ávida de alguna respuesta que me tranquilice.

—Tienes que comprender que si te eligió a ti es por tu gran atractivo y elevado potencial para ser parasitada. Tu vulnerabilidad en el terreno emocional seguramente fue irresistible para él.

Aparto la mirada y junto las manos para que dejen de temblar.

—No te sientas imbécil, por favor. Las víctimas de este tipo de psicópatas son personas que siempre sobresalen en algo y por eso se convierten en objetivos tan apetecibles. Atacan en el momento en que uno está más indefenso e inconsciente o cuando está disponible para ser depredado emocional, sexual, social o económicamente durante el tiempo que sea necesario hasta encontrar otro objetivo mejor.

—Pero sigo sin entender por qué. —Hago una pausa.

—Necesitan a sus víctimas tanto como el aire que respiran. No existirían sin nosotros. No serían nada. Necesitan la adrenalina que les provocamos al quererlos, admirarlos, adorarlos. Ya sea un camarero que le pone el café cada mañana, el portero del edificio, su madre, su pareja o sus mismos hijos: somos su alimento —respondió con un tono más serio que el de costumbre.

—Pero sigo sin poder creer que no haya sentido nada por mí y que ahora mismo ni se acuerde de que existo. —Hago una pausa para ordenar mis pensamientos y sigo—: Todo el mundo me avisó de que era un mentiroso y por eso no bajé la alerta en ningún momento. Accedí a conocerlo porque me divertía el reto, convencida de que mi inteligencia e intuición me salvaguardarían de cualquier intento de tomadura de pelo. —Tragué saliva—. Fue pasando el tiempo y al final estaba casi segura de que en realidad era yo la que me estaba aprovechando de él. —Noto que el dolor va subiendo hasta la garganta mientras miro hacia el techo buscando a mi madre —. Lo último que me esperaba era echarlo tanto de menos. No duermo, no como y no paro de llorar. Estaba convencida de que era algo imposible, pero debo de estar enamorada, ¿no?

Moqueo y mi terapeuta saca un nuevo paquete de *kleenex*. Presiono con el índice los puntitos del cartón y arranco de golpe unos cuantos.

—Lo que te sucede es normal. Al principio, en la primera fase de idealización, el psicópata irrumpe en tu vida con un auténtico bombardeo amoroso, te seduce con todo lo que puede, te halaga sin tregua y se convierte en tu alma gemela. Es lo que los terapeutas llamamos «almagemelización instantánea».

Ladeo la cabeza interrogando con la mirada.

—Sí, utiliza toda su astucia para analizarte, escucha todos tus sueños, anhelos y esperanzas más profundas para devolvértelo después reflejado como si fuera el hombre de tus sueños. Aparenta darte lo que más necesitas retorciendo la realidad día a día y ofreciéndose como tu salvador. Tú piensas que por fin ha llegado.

¡Tu media naranja! Juega con tu vida con la misma habilidad que te cocina, te hace el amor y te regala flores. No tiene alma, carece de emociones. Te las copia todas.

Recuerdo ahora sus primeros besos, me pareció como si me besara un besugo. Muy flojito, sin ninguna pasión. En pocas horas cambió drásticamente y ya besaba exactamente con la vehemencia que a mí me gusta. Al cabo de unos días decidí que nunca había conocido a un amante mejor.

—Es un camaleón. —Mi terapeuta sigue hablando—. Es amoral. Afecta e infecta en la misma medida.

Cojo otro puñado de pañuelos.

—Y lo que te ha pasado ahora es que has vivido la última fase, la de la denigración. Sin causa aparente, te ha ido quitando lo que te había ido dando desde el principio. Ha empezado a manifestar su desprecio por todo lo que haces o has hecho, a demostrar que lo aburres, que ya no le gustas, a no tocarte, a ignorarte. —Apoya las dos manos en la mesa y acerca la cara hacia mí—. No, no estás enamorada. Este no es el problema. Estás devastada. Te ha robado la alegría. Te ha vaciado la energía. Aceptar que todo lo que has vivido con él en realidad ha sido una farsa es algo tan extremadamente complicado como admitir que te han violado el alma. —Cierra los ojos y suspira—. No, esto no es una ruptura de pareja y no se puede tratar como tal. Es muchísimo más. Estás experimentando un vínculo patológico adictivo con alguien que hasta hace poco y sin que tú fueras consciente te manipuló hasta convertirse en el verdadero protagonista de tu vida. A través de esta intensa manipulación ha logrado que hoy sigas sintiendo este sentimiento tan potente de apego y vinculación. —Se quita las gafas y se acerca todavía más—. Has de salir de ahí. ¡Ya!

Sorbo mis mocos y hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—Escucha, tú no tienes la culpa. Todos hemos sido víctimas en algún momento de malas personas y hemos seguido después con más fuerza.

Al decir esto se reclina en su butaca giratoria de cuero negro y

da una vuelta enérgica hasta volver a ponerse frente a mí.

—Yo ya no tengo fuerzas. Me siento exhausta —le digo tras un suspiro.

—Es normal. Pero lo lograrás. Personalmente, creo que el daño es profundo por un problema que arrastras desde hace mucho tiempo: tu lealtad. Creo que el seguir sintiéndote leal a personas que te han traicionado refleja un trauma psicológico importante.

El corazón me late a toda velocidad.

—Los vínculos traumáticos que hayamos podido tener desde la infancia funcionan en la mente humana como verdaderas adicciones.

(Mi madre está tocando con los ojos cerrados uno de los preludios de Debussy. Diría que le resbala alguna lágrima).

—La terrible experiencia de haber sido dañado por alguno de los miembros más importantes que rodean el principio de nuestras vidas puede abrir las puertas a repetir eternamente el mismo error de no saber apartarnos de quien nos hace daño. Y el psicópata narcisista se aprovecha de todo eso.

—«Todos los hombres te abandonarán. Nunca encontrarás a ningún hombre que te quiera» —repetí las palabras que me decía mi padre maquinalmente.

Mi terapeuta hizo un largo silencio y prosiguió:

—Estás cumpliendo sus pronósticos. Como una buena niña. Tu padre escribió tu guion de vida.

Me tapo la cara con las manos.

—Vamos a escribir otro final —dice.

Otoño profundo. El camino

Estoy andando por un bosque encantado. Sé que está hechizado porque huele a incienso.

Mi mejor amiga número cuatro decidió desde adolescente que nunca iba a tener hijos y, sin embargo, es la mujer con mayor

instinto maternal que conozco. Ejerce de madre de todas nosotras con una competencia fuera de lo común. (Ya nos habría gustado criar a nuestros hijos con la mezcla de dulzura e implacabilidad que lo hace ella).

Desde que empecé a tener problemas con mi exmarido número dos, me organiza cada año un tramo del Camino de Santiago para hacer juntas. Para mí es una auténtica liberación de mis despiadados follones emocionales y para ella supongo que será una vía de escape para salir de la rutina diaria en la que ha decidido convertir su vida.

Le chifla organizarlo todo y lo hace a la perfección. Me hace una lista exhaustiva de lo que necesitaremos: tirantes por si hace calor, plumón por si nos congelamos, chubasquero por si diluvia, ibuprofeno *roll on* por si nos torcemos el tobillo o nos partimos la crisma, un juego de naipes por si nos aburrimos en el hotel o una petaca por si nos aburrimos fuera de él.

Yo me dejo llevar y hago todo lo que dice sin rechistar a cambio de la única y necesaria condición de que me deje caminar sola.

Empezamos cada mañana saliendo juntas con nuestras pequeñas mochilas adornadas por una vieira y los bastones de senderismo plegables. Tan pronto como nos adentramos en una espesura silenciosa, yo me adelanto hasta que consigo no oír su marcha. Ella anda con los auriculares y la música a toda pastilla, saludando a todo el que adelanta con un enérgico y vigoroso «¡Buen Caminooo!».

Yo prefiero que mis pensamientos se diluyan con la naturaleza que escucho a cada paso, intentando calmar mi respiración, olvidando las huellas que he pisado y voy dejando. Seguir el sentido de una flecha me libera de la angustia que ahora me provoca tomar cualquier decisión.

Mientras me adentro en el bosque embrujado, me acuerdo, sin querer, de las palabras de mi psicólogo en una de las últimas visitas: «Cuando te vengan pensamientos que te duelan, intenta enfocar tu mirada hacia algún elemento de la naturaleza, un árbol, sus hojas o ramas, al cielo, nubes, pájaros, cualquier cosa que aquiete la

velocidad de tu mente y te haga sentir la maravilla de lo que en realidad estás viviendo».

La humedad de la tierra amortigua el sonido de mis pasos al pisar las hojas; la luz consigue ganar espacio entre los ínfimos huecos que concede la frondosidad de los castaños y tamiza los verdes y ocres de forma tan armónica que no puedo dejar de sonreír.

El olor a incienso de este bosque gallego me invita a hacer alguna promesa que olvidé cuando empecé el Camino. En la iglesia de los Peregrinos de Roncesvalles cerré los ojos y empecé un rezo. Me gustó que me bendijeran y que por fin alguien me pudiera llamar por el nombre que mi alma nunca ha perdido: peregrina.

Inspiro ese aroma y prometo seguir.

De repente oigo unos pasos rápidos seguidos de una respiración muy ajetreada.

—¡Niñaaa! Te estoy llamando y no contestaaas —grita mi amiga cuando ya la tengo casi al lado.

Miro mi Apple Watch y compruebo que se ha apagado otra vez.

—No lo entiendo, lo he tenido cargando toda la noche y esta vez ha durado apenas cuatro horas —me quejo—. Es un rollo, lo cogí para poder hacer el Camino sabiendo en todo momento los kilómetros, el mapa y la climatología que nos espera y me quedo sin saber ni qué hora es.

—Es muy raro, el mío tiene dos años y funciona perfectamente. Tendrás que ir a Apple a ver qué le pasa. Todavía debe de estar en garantía.

«Mi pena también», pienso al recordar el poco tiempo transcurrido desde que el narcisista psicópata me hizo este regalo.

—¿Cómo estás? —me pregunta en voz baja cuando emprendemos la marcha.

—Bien, ¿lo dices por algo?

—Bueno, no estás tan eufórica como otras veces —me dice mirándome a los ojos—. Aunque, claro, supongo que es algo normal después del palo que te has llevado. Yo en tu lugar intentaría andar

sin pensar en nada.

—Quizá llevas razón —contesto desviando la mirada hacia las innumerables castañas que hay en el suelo mientras me acuerdo con angustia de lo que ocurrió en la última visita a mi terapeuta.

Tras cruzar la puerta que me abrió su secretario y sentarme donde me señaló, comprobé que estaba en una estancia completamente diferente a todas las anteriores en las que me había recibido. Era espaciosa y despejada, estaba pintada de blanco, sin más elementos que una gran mesa y dos cómodos sillones del mismo color. No había ningún elemento decorativo ni cuadro alguno que perturbara la atmósfera inmaculada. No me dio tiempo a seguir mirando.

—¿Ya estoy muerta? —le pregunté cuando entró.

—¿Por? —respondió sonriendo.

—Porque esto parece un tanatorio —dije con media sonrisa.

—No, estás más viva que nunca. O, por lo menos, eso espero. —Se sentó—. ¿Cómo te sientes? ¿Del uno al diez? —dijo mientras se apoyaba en el reposacabezas.

—Supongo que un cinco —respondí mirando a la pared de mi derecha.

—Bien, he pensado en algo. En una locura. En pasar a la acción —dijo dando una palmada.

—¿Tú piensas en hacer locuras? —pregunté incrédula.

—¡Pues claro! Pero esta la vas a hacer tú. ¡Vamos a por el diez! —Me miró burlonamente—. A ver, por ejemplo, ¿qué le pedirías al genio de la lámpara maravillosa si te concediera un deseo?

Pensé durante un segundo y contesté desconcertada:

—No sé. ¿La felicidad eterna para mi hijo? ¿Morirme sin darme cuenta? ¿Un Aston Martin?

Él puso los ojos en blanco, como simulando poseer una paciencia infinita.

—No, me refiero a la pareja. A qué hombre desearías.

—¿Solo puedo escoger uno? ¿No podrían ser todos los de *Ocean's Eleven* juntos incluido el contorsionista chino? —respondí con insolencia, intentando evidenciar la burrada que me estaba preguntando.

Una sombra cruzó su cara, como si se estuviera hartando.

—Mira, hazme caso. Vamos a intentar cambiar la terapia, vamos a darle un giro. ¿Te acuerdas de cuando me hablabas del ex de París al que no podías responder? —me preguntó.

—Sí, claro —respondí sin entender adonde quería llegar—. No le respondí porque, aparte de ser un auténtico peligro para mi recuperación, lo único que me ofrecía era tener una aventura y me gustaba demasiado para eso.

—¡Pues lo tienes que llamar! ¡Ya te lo dije hace meses! —exclamó golpeando la mesa con una mano.

—¿Qué? —pregunté alucinada.

—No puedes renunciar por miedo a algo que te gustaría de verdad.

—¿Quéééé? —repetí por segunda vez, aunque con más énfasis.

—Llámalo o le mandas un WhatsApp. Y lo invitas a cenar. ¡Venga! Hazlo ahora. —Me señaló el móvil.

—¡Ni hablar! ¡Yo no voy nunca detrás de un tío! ¡Y menos de uno que está casado! —me quejé sin salir de mi asombro.

—Pues por eso, es hora de cambiar. ¡Actúa! ¿No te gustaba tanto este hombre? ¿No te quedó la sensación de que era algo inacabado? ¿Y si te mueres mañana? ¿Y si resulta que ya está solo? ¿Qué tienes que perder? —argumentaba cada vez con mayor excitación.

—En serio, ¿qué te has tomado? —pregunté. Empezaba a dudar.

No sé si fue la adrenalina que me hizo sentir la repentina locura de mi puto loquero o el recordar de repente a mi hombre sin número y esa hermosa forma que tenía de mirarme, pero al final, lo hice.

«París bien vale otra cena, ¿no? Invito yo».

Mi piel se erizó y lo mandé.

Me he adelantado tanto mientras andaba ensimismada con este recuerdo que he perdido de vista a mi amiga. Me detengo en una posada en la que no hay nadie salvo el posadero, que me mira con una sonrisa amplia y bonachona. Le digo que el bosque es precioso y que además huele deliciosamente a incienso. Se le cambia la cara y se pone muy serio.

Me dice que hay una conocida leyenda en Galicia sobre una procesión de almas errantes llamadas la Santa Compaña que vagan cada noche por los bosques gallegos y que cada una de ellas va con una vela encendida dejando un rastro de olor a incienso a su paso.

Entran otros peregrinos y se va a atenderlos. Por las miradas de soslayo que me dedica, no parece que mi olfativa experiencia sea un buen presagio. Cuando se acerca a traerme la cuenta que no he pedido, me avisa de que vaya con cuidado y que, si veo entre la neblina algún grupo de encapuchados acompañado de cánticos y rezos, evite cruzarme con ellos y salga huyendo.

—¡Hola! ¡Ya estoy aquí! ¿Hace mucho que me esperas?

Me giro, todavía con la boca abierta y la mirada asustada.

—¿Qué te ocurre? —pregunta mi amiga con extrañeza.

—Nada. Algo tan simple como que huelo fantasmas y que alguien que supongo que sigue vivo todavía no ha respondido a mi WhatsApp.

A las seis de la tarde ya está oscuro

Hoy puede ser un mal día.

Total, un buen día lo puede tener cualquiera.

Sigo sin respuesta.

Noviembre

«Soy el señor Lobo y soluciono problemas», me digo en el espejo para animarme.

Muy de vez en cuando, decido dedicar un día de mi vida a resolver todo aquello que me va matando de aburrimiento y acabo dejando siempre para más tarde.

Me levanto esta mañana dispuesta por enésima vez a darme de baja de un seguro de vida, rellenar un formulario de incidencias de la seguridad social, cambiarme de plan de Movistar, intentar identificarme como conductora en una multa de tráfico, pagar el IBI sin recargo, pedir cita en el centro de atención primaria por mi dolorido menisco, conocer a mi nuevo gestor de La Caixa, presentar una queja a la Agencia Tributaria y, si me da tiempo y se tercia, limpiar algún que otro pesado fiambre que me haya cargado en el intento.

Me unto varias capas de crema ultrahidratante para que me resbale todo lo que me echen y, ya que dios no me creó ni caritativa ni mucho menos paciente, me empujo medio Trankimazin.

(Mi madre deja de leer y alza la vista).

Sé que, irremediablemente, acabaré el día sin pensar en Tarantino y acariciando la idea de sacarme un cursillo de funcionaría de prisiones, solo por el hecho de empatizar más que nunca con el sector más rebelde de la sociedad.

Hoy he decidido añadir a mis obligaciones una cita con un tipo llamado Genius en la megatienda que Apple tiene en el centro de Barcelona para que arregle mi reloj.

—Hola, soy tu Genius número uno. ¿En qué te puedo ayudar?

Un atractivo chico de la misma edad que mi hijo me viene a buscar dando saltitos y más contento que unas castañuelas. Me desconcierta cómo puede saber que él es mi *genio* en medio de

tanta gente, pero decido tener fe en el relevo generacional y no añadir más arrugas a mi incipiente madurez.

Me hace sentar en un banco y él lo hace a mi lado.

—¿Qué te sucede? —pregunta abriendo un mini-iPad y sin dejar de sonreír.

El tuteo me anima a sentirme joven y dicharachera.

—Pues, mira, hace unos meses me regalaron este reloj y lo cierto es que nunca ha funcionado bien. —Lo saco de mi bolso—. Conservo la caja porque nunca tiro ninguna. Soy muy ordenada.

(Mi madre vuelve a interrumpir su lectura y se tapa la boca con la mano).

—La cuestión es que desde el principio la batería está fallando. Acabo de hacer un tramo del Camino de Santiago con una amiga y a ella su reloj le ha aguantado dos días sin cargar y el mío solo tres o cuatro horas.

Mientras le hablo, mi Genius número uno va observando unos números que hay detrás del reloj en una mano y los datos de la caja en la otra.

—Buenooo, eeeh, arreglar este reloj costaría lo mismo que comprar uno nuevo, no sé si te vale la pena —me dice sin mirarme a la cara. Veo que su expresión ha cambiado ostensiblemente.

—Pero ¡si es nuevo! ¿No está en garantía? —me quejo.

Él no sabe adónde mirar y su rostro se va ruborizando.

—Escucha, Genius mío, vamos a ver, este reloj me lo regaló un ex que era un mentiroso patológico. Me puedes decir cualquier cosa que hayas visto sin ningún problema —le explico lo más tranquila que puedo.

—Bueno, me sabe muy mal. La caja es de un Apple Watch de este año, pero el reloj que usted me trae es de los primeros que se hicieron; tiene ocho años —me explica apesadumbrado y olvidando el tuteo.

—¿Me estás diciendo que…?

—Sí, seguramente ese señor se compró uno y le puso su reloj viejo en la caja del nuevo. Yo, eeeh…, lo siento muchísimo, pero,

como me ha dicho que era muy mentiroso y además un ex…

Veo a mi pobre *genio* tan compungido que no se me ocurre otra cosa que abrazarlo y olvidarme durante un momento de mí misma.

—No te preocupes, venga. No es culpa tuya. No pasa nada, de verdad —lo consuelo mientras veo al chico tan rojo y sudoroso que temo que se ponga a llorar.

—Es que no me había pasado nunca una cosa igual —se lamenta afligido.

(Mi madre ya ha soltado una carcajada).

De repente, a mí también me entran unas irreprimibles ganas de reír y le suelto:

—Oye, Genius, ¿y lo que vas a disfrutar contando esto cuando llegues a casa?

Un plato caliente que se sirve frío

He pasado la noche muy cabreada, maquinando un asesinato lento y cruel, pero la primera luz del alba me ha hecho recuperar mi peculiar carácter, que suele convertir el ansia de venganza en unas ganas incontenibles de reírme de mí misma.

He recogido la poca ropa y muchos trastos que mi narcisista número uno todavía tenía en mi casa y los he metido en una caja de cartón. Antes de cerrarla con cinta de embalar, he colocado encima un sobre cerrado con el objeto en cuestión y una carta en su interior que dice así:

Querido:

Te mando todas las cosas que te pertenecen y todavía estaban en mi casa.

Como verás, te devuelvo también este reloj. Sé lo mucho que significó para ti hacerme este magnífico regalo, pero, honestamente, no me lo puedo quedar.

Su antigüedad lo convierte en un objeto tan valioso que merece permanecer para siempre en el seno de tu familia.

Recibe un fuerte y sincero abrazo.

Tu ex número ni se sabe

(Mi madre está tocando junto al señor de Seur el *Allegro vivace* del *Concierto n.º 2* de Chopin a dos pianos).

Conclusiones

—Lo estás haciendo muy bien —dice mi loquero esta mañana.

Hoy me ha recibido en la azotea. No sé lo que significará eso en una mente tan inquietante como la suya, pero realmente es un lugar muy agradable.

Alguien con indudable buen gusto ha montado una terraza con un sofá muy cómodo, dos sillones y una gran mesa de madera vieja con ruedas de hierro bajo una enorme pérgola, todo ello rodeado de plantas de lavanda, que ahora son de color verde oscuro. En el fondo del terrado, se aprecia un pequeño huerto donde parecen crecer unos tomates y varias lechugas. El lugar ofrece una panorámica impresionante de Barcelona; tras los bellos tejados y cúpulas propias de esa parte del Ensanche, se pueden distinguir el mar y el puerto. La luz despide un color pálido que lo envuelve todo de quietud. Huele a invierno.

—¿Te puedo confesar algo? —pregunto sin mirarlo.

—Por supuesto, para eso estoy aquí —responde en un tono tranquilo.

—Pues no creo que lo esté haciendo muy bien. Desde que me obligaste a escribir un mensaje a mi ex sin número y de quien, por supuesto, todavía no he recibido respuesta…

—¿No has recibido respuesta? —me interrumpe.

—No. Y tampoco la espero —contesto molesta.

—¿No? —Coge un bolígrafo y empieza a anotar algo en una libreta que no había visto antes—. Me estabas contando cómo te sentías, perdona.

—Pues me siento ridícula, buscona, ansiosa, deprimida y, por encima de todo, muy cabreada.

—¿Solo eso? —me pregunta alzando las cejas.

—¿Ahora eres un terapeuta sarcástico? ¿Estamos protagonizando una escena de Woody Alien?

—¿Eso te parece? —sigue preguntando con las cejas en la misma posición que antes.

—Lo siento. Ha sido un abuso de confianza —respondo tras un prolongado silencio.

Noto que la angustia va creciendo en mi interior al mismo ritmo que un profundo desconsuelo.

Hoy, mientras iba de camino a la cita, pensaba que esta iba a ser la última y la conversación confirma que mi terapia con este señor parece que ya no tiene sentido. Me encuentro perdida y no me apetece compartir nada con él.

—Ya no creo que todo esto funcione —me atrevo a verbalizar por fin.

—¿No? ¿Por qué? —pregunta sin expresar ningún signo de sorpresa.

Tomo aire y, tras reflexionar unos instantes, empiezo a hablar.

—Mira, ya hace tiempo acudí a ti porque necesitaba encontrar un nuevo sentido a mi vida, salir de esa pena tan dolorosa, lograr la fortaleza para seguir adelante, evitar caer en la terrible autocompasión. Y la verdad es que lo conseguí. Con tu ayuda, renací andando primero con paso torpe y más tarde mucho más segura, sin caerme tanto. —Trago saliva—. Por todo ello, nunca tendré suficientes palabras de agradecimiento.

Él está escuchando con las manos apoyadas en el regazo y los ojos achinados, como a punto de estallar, pero no sé en qué sentido.

—Me has ayudado a comprender muchas cosas, sobre todo lo que ha sucedido en mi última relación, pero todavía no descifro qué

significa lo que me hiciste hacer el otro día. —Me detengo para coger aliento—. Mandar un mensaje así, sin ton ni son, tan en contra de mis valores, tan alejado de mi manera de ser… —La rabia me va invadiendo—. Es como si hubiera retrocedido a la casilla de salida o puede que me sienta incluso peor que la mujer que llegó aquí hace un año y medio. He perdido la dignidad, algo que conservaba como mi más valioso tesoro.

—¿Te sientes indigna por haber mandado un mensaje que no ha obtenido respuesta? —me interrumpe.

—Mira, yo no quiero buscar el amor a cualquier precio. No quiero rastrearlo en Tinder ni hacer esquinas; no quiero correr como una posesa acechándolo por los callejones o cogiendo atajos: yo solo deseo que algún día, por fin, encuentre mi puerta y entre sin llamar.

—Es todo lo contrario —dice respirando hondo, como si tuviera que hacer acopio de una serenidad interior para no mandarme al carajo—. Precisamente lo que creo que necesitas es aprender a escribir de nuevo el guion de tu vida. Que dejes de lado la visión más pesimista y cínica sobre los acontecimientos cuando no suceden como tú habías imaginado. Que dejes de desear que las cosas lleguen. Que salgas a buscarlas. Que aprendas a permanecer al lado de lo que te sienta bien y alejarte de lo que no te conviene. Que dejes de creer en todo lo que no sea tú misma. Que te vuelvas atea. O monoteísta, mientras la puta diosa seas tú. ¿Qué te gusta alguien? Invítalo a cenar. ¿Que no te contesta? ¡Pues que le den! —Se detuvo un momento y me miró con un leve deje de desafío—. La suerte no existe. Eres tú quien decide.

—Yo he decidido hace tiempo.

Me mira expectante, sin decir nada, como esperando que desate por fin todos mis nudos. Que rompa mis asfixiantes abotonaduras. Que me desabroche de una vez.

—Yo lo que quiero es llegar a casa y encontrar a la persona que amo sentada en el sofá. Servirle el vino que sé que le gusta y he comprado con la lengua fuera justo un minuto antes de que cerraran mientras pedimos comida japonesa. Dormirme en su regazo a la

mitad de la película y que me lleve a rastras hasta la cama. Despertarlo antes de que salga el sol y conseguir que tenga un orgasmo. Y otro. Bailar juntos por el pasillo antes de salir a trabajar. Hablar de lo bueno, de lo malo y de lo peor del día mientras yo le masajeo el cuello o él me masajea los pies. Discutir a gritos hasta que se nos escape la risa. Tener yo el orgasmo. Y otro. Descubrir sitios nuevos y contarnos recuerdos. Envejecer juntos sin darnos cuenta. Tenernos. —Me callo y lo miro a los ojos—. Y que le guste quien soy.

—Y ¿cómo sabes que lo que quieres es eso si no lo has tenido nunca? —pregunta sin dejar de escribir en su libreta.

Me quedo quieta pensando durante lo que parece un largo instante.

—Porque algunas veces he creído que lo tenía, pero el tiempo ha demostrado que era mentira.

Deja el bolígrafo encima de la mesa y me observa con detenimiento, sin decir palabra.

—Yo amo así. Con toda mi alma. No puedo evitarlo.

—¿Te das cuenta de que esto que acabas de decir no tiene nada que ver con necesitar una pareja para ser feliz? ¿Eres consciente de que si simplemente quisieras tener a cualquier fulano al lado no estarías ni cinco minutos sola? —pregunta sonriendo—. ¿Puedes amarte así a ti misma y hacerte la más afortunada de las personas de una puta vez?

—Perdona, pero todo esto en vez de *Annie Hall* se parece cada vez más a *Sonrisas y lágrimas* —le suelto de repente.

Nos reímos a carcajadas. Lo imagino en mi sofá durante un segundo y descarto enseguida la idea. Él parece leer mis pensamientos y se remueve inquieto.

—¿Tú sabías que hoy iba a ser nuestra última sesión? —le pregunto adivinando la respuesta.

—Claro.

—¿Por eso la azotea?

—Por eso.

Domingo de sofá y manta mirando el techo

A mí lo único que verdaderamente me impresiona es el amor.

Cuando llega. Cuando está. Y ni te digo cuando se va.

Siempre me quedo boquiabierta observándolo o sintiéndolo en cualquiera de sus apariciones y tropelías. Todo lo demás me parecen circunstancias carentes de importancia.

Ser rico, bueno o intensamente guapo, siento que no deja de ser algo que se queda en el terreno de lo puramente anecdótico. Algunas personas se ponen muy nerviosas conmigo cuando me intentan deslumbrar con esas minucias con las que etiquetan sus vidas y ven que yo no reacciono como ellos están acostumbrados.

«Pero ¿no has visto la casa que tengo y el bolso que llevo?». Pues sí, lo he visto, igual que el rictus de Cruella de Vil que no te abandona. O: «¡Soy tan bueno que todo el mundo habla bien de mí!». Ay, querido, tal vez te crees muy bueno interpretando tu papel, pero eres tan mal actor que a mí me caes como el culo. O: «Soy un auténtico héroe porque he conseguido dejar el alcohol y las drogas». Pues mejor para ti, chico, pero ¿por quién lo has hecho? ¿Para no palmarla o por cada una de las personas que has ido arrasando a tu paso?

Siempre he pensado que esto de la vida es como un viaje en avión. Todos nosotros adquirimos desde que nacemos el mismo billete de vida y con el mismo destino que no es otro que una estancia infinita en el otro barrio.

Unos podrán ir en primera desde el principio, tomarán una pastillita y dormirán en una cómoda cama abatible durante todo el viaje. Otros se harán ricos y se pasarán a la clase *business* en medio del trayecto y repetirán *de foie*, Baileys o champán pensando que algún día se sentirán saciados del todo. Algunos pilotarán nuestras vidas y nos ayudarán a sortear las inevitables turbulencias. Muchos

se pasarán la vida sirviéndonos. Unos harán el amor apretados en el baño, otros simplemente follarán y algunos no podrán aguantar ni cinco minutos más sin fumarse un pitillo. Habrá quienes nos salven la vida en pleno vuelo y quienes se sienten a nuestro lado para arruinárnosla. Muchos tendrán miedo, otros se marearán y algunos insensatos incluso aplaudirán cuando estén a punto de aterrizar en su propio sueño eterno.

Yo miro mucho por la ventana y, sin apartar la vista del horizonte, mantengo la mano en el reposabrazos del asiento de al lado, no sea que el hombre de mi vuelo se siente, la coja y ya no la suelte.

Bodorrio. Primera parte

Estimada señora sin número aparente,

En primer lugar, gracias por confiar en nuestro hotel para su próxima estancia en Madrid.

Nos encantaría saber si hay algo especial que la trae a nuestra ciudad: ¿aniversario?, ¿cumpleaños?, ¿un concierto único? ¡Cuéntenoslo para poder hacer su estancia inolvidable!

Nos encantaría tener todo preparado a su llegada, ¿podemos saber a qué hora estimada llegará al hotel? ¿Necesitará un transfer *privado desde el aeropuerto?*

¡Los mejores clientes siempre se merecen los mejores lugares!

Buen viaje y hasta pronto,

Welcome Desk Assistant Manager number one

Mañana tengo una boda en los Madriles. Se casa la hija de un buen amigo, que, además, es uno de los mejores abogados de este país. Será un enlace fastuoso y apetecible. La ceremonia religiosa se celebrará en los Jerónimos y el banquete, en el Ritz Mandarin Oriental.

En fin, el plan resultaría la mar de estupendo si no fuera por un par de detallitos: el primero es que están invitados todos y cada uno de mis exmaridos, y el segundo es que alguien me acaba de soplar que vienen acompañados por sus nuevas, flamantes y jóvenes parejas. (Podría añadir que yo voy a acudir al ilusionante evento más sola que la una, pero, después de que mi psicólogo me diera el alta, este comentario queda completamente fuera de lugar).

Probablemente, hoy estoy sufriendo un día más estresante que la mismísima novia. Mi habitación ha acabado hecha un desastre después de probarme todos los vestidos que tengo en el armario. El *outfit* que había pensado lucir hace dos semanas para este enlace ha quedado descartado. Había decidido hacer alarde de una discretísima elegancia con una camisa de seda *beige* combinada con una falda larga de tul carbón y enorme lazo de seda salvaje marcando la cintura, pero, cuando me he visto reflejada en el espejo, me he acordado de mi tía abuela, a quien siempre recordamos tanto por su distinción como por su desconsolada soltería.

En el momento en que me he empezado a probar los ajustadísimos vestidos que me ponía para salir a ligar en mis años buenos, he decidido tomarme un descanso y prepararme un buen rooibos. Creo que necesito calmarme y reflexionar un poco antes de seguir con el intento.

Imaginar las miradas de mis ex con dos tersas bellezas colgadas de sus brazos me deja en un estado catatónico. Evito con todas mis fuerzas caer en el llanto porque esta noche no he pegado ojo y solo me faltaría añadir a mis ojeras unas enormes bolsas que congestionen todavía más mis rasgos. («¿Has visto a nuestra ex número uno? ¡Con lo grandes y verdes que tenía los ojos!, y ahora parece una señora afligida y china»).

Menos mal que ya he ido a primera hora a la pelu a darme unas mechas de esas que te iluminan el rostro y no me veo tan horrorosa. Aunque la humedad relativa y tan característica de mi ciudad está haciendo una vez más que el peinado lustrosamente liso con el que

he salido esta mañana sufra una especie de transformación extrema y ahora parezca un componente más de los Jackson Five. ¡Qué injusto! Pasé toda mi adolescencia haciéndome la permanente Ricci's de Llongueras porque mi pelo lacio estaba *demodé* y ahora que las canas lo han ondulado resulta que lo guay es tenerlo planchado.

Me miro al espejo una vez más, con un escotadísimo vestido negro que me llega muy por encima de las rodillas. *La petite robe noir* que me agencié en París hace veinte años es ahora una auténtica *grosse merde* en la que no caben ni mi culo ni mi fingida templanza. Creo que será mejor volver al *outfit* inicial y recuperar así la escurridiza autoestima.

Voy a echarme un rato en la cama a intentar hacer la última meditación exprés que ha sacado una afamada *influencer* en Instagram. El primer paso es el de siempre: las consabidas respiraciones profundas hasta conseguir relajar todas las partes del cuerpo; y el segundo consiste en visualizar durante cinco minutos todo lo que deseas a corto plazo y con la máxima claridad posible. Inspiro largamente por la nariz y echo el aire por la boca: «aaaah».

Me imagino haciendo una entrada espectacular en el jardín del Ritz: ando con paso elegante mientras voy saludando a los conocidos y dejando boquiabiertos de admiración a los que no lo son. Me dirijo con simpatía y condescendencia a las muchachas que están junto a mis examados. «Encantada de conoceros», les digo con una nueva voz que tengo y que es aterciopelada (cada uno visualiza lo que le da la gana, ¿ok?) mientras sus labios tiemblan de nerviosismo y dirigen la mirada asombrada a mi vestido. Estoy que me como. El vestido me queda como un guante en ese cuerpo delgado e hidratado que me ha quedado después de estar dos semanas en el *Sha*. Un atractivo hombre maduro que no conozco se acerca hipnotizado por mi sugerente escote y me invita a bailar. Declino su oferta con amabilidad y un poco ruborizada.

—Es que me apasiona estar sola —aclaro en tono de disculpa a todos los que observan la escena.

Con la frasecita, se me desacompasa abruptamente la respiración

y abro los ojos. Sin pensarlo dos veces, cojo el móvil y me pongo a responder el correo del hotel:

Estimado Desk Assistant Manager number one*:*
En primer lugar, quiero agradecerle su atención y cortesía.
Me gustaría explicarle que el motivo de mi viaje a Madrid es la asistencia a la celebración de una boda de postín.
Como fuere que acudo a dicho enlace sin acompañante, he escogido la habitación «little single», que, a pesar de que ustedes la describen como «un pequeño oasis de paz y tranquilidad ideal para desconectar del bullicio de la ciudad gracias a su ventana de visión limitada», me gustaría saber si se podría cambiar enseguida por una suite *(o un gran oasis) si al volver del evento perciben que voy agradablemente acompañada.*
Imagino que dicha petición dependerá de la disponibilidad que tenga el establecimiento en ese preciso momento, pero agradecería saber de antemano si cuentan con personal que posea esa impagable capacidad de improvisación imprescindible para que mi deseo pudiera llevarse a cabo con la máxima eficacia y discreción. Y ya puestos a pedir y como la ocasión la pintan calva, ¿podrían añadir a mi ruego unas velitas y una buena botella de champán? (En principio, las toallas en forma de cisne y los pétalos de rosa encima de la cama no serían necesarios).
Atentamente,
Una clienta con expectativas

Bodorrio. Segunda parte

Estoy en un asiento con ventanilla del vagón número 3 del AVE

con destino Barcelona Sants.

Afortunadamente, no tengo ningún vecino molesto ni dicharachero que interrumpa el curso de mis pensamientos. Estoy planteándome bajar en Zaragoza y perderme por los Monegros.

Perderme tanto que nadie me encuentre jamás. Perderme a lo bestia. Perderme y ver liebres, conejos y algún lagarto hasta el fin de mis días. De repente caigo en la cuenta de que he cogido un tren directo y no se va a detener. ¿Cómo se podría saltar de un tren de alta velocidad en marcha? ¿No sería original que, en vez de tirarme a las vías como lo haría cualquiera en un mal día, fuera yo la primera mujer que se arroja de un tren a 310 kilómetros por hora?

¿Cómo lo hizo? Pues nadie lo sabe, pero lo que se rumorea es que era una divorciada muy perseverante en sus cosas.

Intento recuperar mi lectura. Sin embargo, en estos momentos no me puedo concentrar ni siquiera en este libro, *Los enamoramientos* de Javier Marías, que es uno de mis preferidos y lo estoy leyendo por tercera vez. Las letras me bailan por la cabeza, abotargada por lo que sucedió ayer. Me cuesta tragar saliva y el lado izquierdo de la lengua está en carne viva; el empaste se rompió dejando la muela como una especie de punta de lanza que me impide comer, beber y pensar con claridad.

Dudo entre ponerme a repasar los hechos y elaborar un plan de emergencia para salir airosa de todo esto o directamente pegarme un tiro.

Ayer, a las cinco de la tarde, abandoné mi habitación individual convencida de que todo iría bien. Antes de levantarme de la cama, hice otra meditación exprés y me visualicé como una alada y triunfante diosa Niké, o sea, la mismísima personificación de la victoria.

Con ese espíritu vencedor entré en la iglesia y me senté en una de las últimas filas sonriendo a todos los desconocidos (dispuestos siempre en pareja heterosexual) que me fui encontrando. El templo estaba abarrotado de personas vestidas muy elegantes. Destacaba el color rojo, escogido en su mayoría por señoras madrileñas de casa

buena, y el uso conservador del azul marino o gris por parte de los caballeros. Intenté distinguir entre toda la gente a los protagonistas de mis recelos, pero no lo conseguí.

El *Ave María* de Schubert acompañó los pasos de la preciosa novia hasta el altar. Iba agarrada del brazo de su padre, que la miraba arrebolado mientras le acariciaba la mano. Ante semejante escena, no pude evitar llorar a lágrima viva, mientras mi madre tocaba una pieza para piano de Sakamoto en mi cabeza. «Joder, qué bien empezamos», me dije entre espasmos de hipo y ojos orientalizados.

La ceremonia cumplió todo el conjunto de rituales, rezos y lecturas pertinentes para conmemorar la unión de la pareja mientras el sofocante calor iba haciendo mella en mi maquillaje y mis axilas. Cuando el cura nos bendijo, fuimos saliendo (por fin) con sonrisas y ademanes educados. Una vez fuera, hacía una ventolera de tal magnitud que provocó que las mujeres sin laca (todas las que no éramos madrileñas) presumiéramos de un desenfadado secado al aire de la meseta que, siendo sincera, quitó a más de una varios años de encima.

Como las únicas personas a quienes conocía eran el padre de la novia y mis contrarios, me junté con la máxima naturalidad de la que fui capaz con dos matrimonios muy simpáticos (de la capital, por supuesto), que me acogieron como si fuera una de ellos y anduvimos juntos el corto recorrido hasta el Ritz entre risas y bromas.

Cuando entré en el impresionante edificio, en vez de seguir a las mujeres hasta el tocador o a sus esposos hasta el jardín donde se servía el aperitivo, me colé en el bar Pictura, para mí uno de los locales más formidables de Madrid. Me senté en la barra y, espiada solo por las miradas de los personajes enmarcados en la pared, me aticé un daiquiri.

—¿Está usted hospedada en nuestro hotel? —me preguntó el camarero cuando le pedí la cuenta.

—De momento no, pero nunca se sabe —respondió la señora con

expectativas que últimamente llevaba dentro.

Atemperada mi fogata interior por el ron cubano, me propuse salir al jardín con la mejor y más radiante de las sonrisas. Había tanta gente que no conseguí vislumbrar a los novios ni al padre de ella, que era quien me había insistido en que asistiera. «Tienes que venir, te mato si no vienes», me había dicho.

Éramos amigos desde que él empezó a salir con mi compañera de piso de estudiantes. Las dos cursábamos Historia, pero íbamos siempre al bar de Derecho a tomar café, como si allí los chicos fueran más guapos, más moderados y muchísimo más aseados que en nuestra facultad. No recuerdo muy bien cómo nos conocimos, pero en poco tiempo nos convertimos en un trío inseparable. Al cabo del tiempo, fue justo él quien me presentó a mis dos maridos (primero a uno y después al otro). Él acabó dejando a mi amiga y yo me acabé casando con los dos (primero con uno y después con el otro).

—¡Muchísimas felicidades! —exclamé mientras lo abrazaba con fuerza.

—¡Por fin te veo! —me dijo mientras me volvía a abrazar—. ¡Estás guapísima! ¿Por qué no me he casado nunca contigo? —Él me llevaba ventaja, se había casado tres veces.

—Tú ve con cuidado, que te estás poniendo buenorro y un día de estos te lo pido —respondí estampando un sonoro beso en su cara —. Aunque a ella nos la tendremos que cargar, ¿no? —Añadí jocosamente mientras señalaba a su mujer número tres, que, dicho sea de paso, no me podía ni ver.

Como si me hubiera oído, se acercó despacio hacia nosotros con su pérfida sonrisa.

—Holaaa. ¿Cómo estáááás? —me dijo lanzando dos besos al aire evitando rozar la piel de las mejillas.

—Muy bieeen, felicidadeees por la parte que te tocaaa —respondí con su mismo tono estúpido de señorona mientras mi amigo se escabullía a atender a otro grupo.

—Estás fantástica —mentí. Si la toxina botulínica se pudiera

aplicar al cerebro, estoy segura de que también se la inyectaría. ¡Por Dios! ¡Qué cejas tan levantadas!

—Querida, siento decirte que llevas la espalda de la camisa manchada de sudor. ¡Pobrecita! ¡Es espantoso el calor que está haciendo este invierno! ¡Ay! ¡Y también la parte de las axilas! —Involuntariamente, me cogí las solapas y empecé a soplar—. Llevarás algo para cambiarte, ¿no? Porque supongo que te alojas aquí, claro.

«Claro, joder, me he cargado todas las alpacas de los Andes para vender suficientes jerséis y poder pagar esta noche en el Ritz».

Y, como Murphy es persistente y su ley también (si algo puede salir mal, saldrá mal), en ese preciso momento se acercó mi marido número uno (dios) a abrazarme con inusitada vehemencia.

—Hola, ¿cómo estás? ¡Cuánto tiempo sin verte! —exclamó con una gran sonrisa mientras yo intentaba comprobar algún gesto de desaprobación en su cara por haberle pegado algún rastro de mi sudor tras el abrazo (aunque seguramente a los dioses no se les pega nada de los que somos efímeros).

—Mira, te presento a mi novia —dijo mientras se giraba y tomaba del brazo a una mujer bajita y esquelética.

—Encantada de conocerte —dije con mi voz grave a la chica, que me devolvió el saludo con la mirada asustada (esto de las visualizaciones es un timo que te mueres).

—¿Has venido sola? —me preguntó dios en un tono deliberadamente inocente.

¡Tachááán! ¡Aquí la tenemos! ¡La pregunta del millón! La pregunta más difícil de contestar no es: ¿qué fue primero, el huevo o la gallina? O ¿habrá vida después de la muerte? ¡Nooo! Es: ¿has venido sola?, ¿completamente sola?, ¿solaaa?

—Sí, es que sufro de miedo patológico al compromiso —lo miré desafiante—, ¿no te lo había dicho?

Sin esperar respuesta, aproveché que uno de sus múltiples apóstoles venía a agasajarlo para escurrirme entre el montón de invitados.

Entonces fue cuando distinguí a lo lejos a mi exmarido número dos y se me paró el corazón. Estaba hablando con un grupo de hombres y a su derecha había una mujer que no decía nada, parecía estar ajena a todo. No era la misma con la que lo vi en el restaurante madrileño. Esta era absolutamente preciosa. Altísima y sublime, llevaba un vestido verde esmeralda con un escote vertiginoso que le llegaba casi hasta el ombligo y que, debido a su poco pecho y a su extraordinaria piel canela, lucía con una clase imponente.

Mierda. En un momento en que se dio la vuelta pude observar una larga y lisa melena negra que cubría parte de su espalda escultural. Los dos parecían ajenos el uno del otro. No se hablaban, ni siquiera se miraban. Las largas manos de ella siempre estaban tocándose el pelo, como colocándolo después de alguna ráfaga de viento que todavía conservaba el anochecer. Sus ojos miraban a todos lados y a ninguno en concreto, como si se aburrieran de estar rodeados de imágenes reiterativas. No creo que supiera quién soy porque no detuvo su mirada en mí más de un segundo cuando me vio.

Quien sí lo hizo fue él. Me examinó despacio y le sostuve el escrutinio hasta que hizo un leve ademán de inclinación con el cuerpo y una sonrisa de satisfacción. Yo me giré hacia otro lado sin devolverle el saludo. Lo conozco perfectamente y sabía lo que estaba pensando: «Te he ganado». Entonces supe que ella no era más que un trofeo. Algo tan bello y tan caro como el Jaguar D-Type de su colección y que no sé si también le habrían embargado. «La ha traído para rematarme», pensé mientras mi madre empezaba a tocar *La cabalgata de las valquirias* aporreando el piano.

Algunos hombres nunca se toman la molestia de hacer nada por una mujer si no está en entredicho su propia hombría. Y a este ser lo único que le importaba era que nadie sospechara que fui yo quien realmente lo había abandonado.

Mi amigo me fue presentando a solteros, divorciados y viudos, teniendo la delicadeza de que ninguno de ellos fuera abogado. Las

conversaciones eran adecuadas e insustanciales mientras yo iba mezclando bebidas sin perder de vista a mis exmaridos. Parecían estar pasándolo muy bien, pero lo de las bodas es como el Instagram: un mercadeo de gente que aparenta ser muy feliz mientras vete a saber tú la de porquería que tienen por dentro.

Como me empezaba a tambalear y noté que la erre me salía rara, decidí acercarme a las mesas del fondo, donde se servía el *lunch*. Mientras dudaba entre el jamón o el *sushi*, noté que alguien me rozaba el hombro con una mano.

—Hola.

¡Diosss! El que faltaba. Mi fabuloso ex sin número. El único ejemplar en peligro de extinción que me interesaba en esta tierra. El hombre que había invitado a cenar en París y de quien ni siquiera había obtenido respuesta. Temblé y miré hacia arriba como para pedir explicaciones.

(Mi madre y el señor Murphy estaban sentados juntos en un sofá, aguardando expectantes).

—¡Hola! —Vacilé un segundo—. Eres la última persona que me imaginaba encontrar aquí.

Le di dos besos cerrando los ojos y oliendo su piel, alargando ese instante mucho más tiempo del necesario para cualquier persona que no esté loca como yo.

—Mi mujer es abogada y trabaja en el bufete del padre de la novia —dijo con voz grave.

Me mareé un poco y como valoré positivamente la posibilidad de que mi culo acabara encima de los *nigiris* de salmón flambeado, di un paso adelante.

—Ah, pues qué bien —respondí intentando escoger frases cortas y palabras sin erres.

No podía evitar mostrarme seductora y sensual en mis gestos mientras intentaba mantener el equilibrio. Aprovechando que me abanicaba con la mano y me tocaba la piel del escote, desabroché el botón más estratégico de mi camisa.

—¡Qué calor! ¡Y después algunos negarán esto del cambio

climático! —exclamé.

Él carraspeó.

—Antes que nada, quiero disculparme por no haber contestado a tu invitación a cenar. —Se detuvo un momento para tocarme el brazo—. ¡Ni te imaginas el calvario por el que he pasado! —Ladeé la cara invitándolo a que me explicara—. Mi mujer leyó el WhatsApp antes que yo. Se puso completamente histérica durante días preguntándome quién eras, que si eras mi amante, que cuánto hacía que la engañaba, que si la iba a dejar… No sabes lo celosa que es. Tardé muchos días en calmarla y lograr que me creyera —explicó mientras iba mirando a todos lados, supongo que por si la perturbada susodicha aparecía por sorpresa.

—¿Ella abre tu móvil y lee tus mensajes? —pregunté sobrecogida.

—Sí, los mensajes, los bolsillos, los cajones, el equipaje cuando me voy y cuando vuelvo. Es como vivir con una pequeña cámara instalada en la nuca; vigila todos mis pasos. —Hizo una pausa—. Lo siento muchísimo, de verdad. Me habría encantado responderte.

Me hablaba de su mujer como una condena y parecía sincero.

—¿Y qué habrías dicho? —me atreví a preguntar ávida de un giro en su discurso.

—Eeeh… Bueno, estoy en un momento en que no puedo cambiar ninguna de mis circunstancias. Ya te dije después de París que podíamos vernos y vivir algo que sería sin duda divertido y emocionante, pero, al no contestarme enseguida, descarté la idea. Cuando me enviaste el WhatsApp y se montó aquel drama con mi mujer entendí que, por mucho que me apeteciera verte, sería un gran error. Lo siento, porque la verdad es que me encantas.

Mientras él seguía con sus disculpas andando por derroteros más que previsibles, aparté la vista un momento y observé que mi exmarido número dos se había alejado del grupo y estaba inmóvil, fulminándome con la mirada a poca distancia. Detrás de él, mi exmarido número uno avanzaba hacia mí seguido por su escuálida acompañante. Su expresión delataba mosqueo por todos lados. ¿En

serio había bebido tanto como para sospechar que estaban celosos?

—Perdonad que os interrumpa, pero quiero hablar con mi mujer —ordenó dios mientras me cogía la mano.

—¿Estás casadaaa? —preguntó el que realmente estaba como un dios.

—¿Yo? ¿Qué narices voy a estar casada con este señor? ¡Estoy divorciadísima de él desde hace por lo menos un siglo! —contesté indignada soltándome de su mano—. Pero ¿qué diantres quieres ahora? —le pregunté.

—Quiero hablar contigo —me dijo mientras su pareja permanecía vigilante a una distancia prudente.

—¿De qué? —insistí.

—De nuestro hijo —pareció improvisar.

—¿Qué le pasa a nuestro hijo?

—Lo veo triste.

—¿Será porque ha roto con la novia? —pregunté con una leve ironía—. ¿No podemos hablar de esto en otro lugar y en otro momento?

Me fastidiaba la idea de que el hombre que me interesaba de veras saliera de escena sin un honroso final y, como no sabía muy bien el modo de finiquitar la absurda conversación con mi exmarido número uno, me giré para coger lo que me pareció que era un *mini-sushi roll*. Me lo puse en la boca sin dejar de mirar los bellos ojos aguamarina que me observaban incómodos por la situación. Mordí con fuerza y mi muela estalló en pedazos. Cuando me quise dar cuenta de lo que estaba tragando noté algo durísimo en mi garganta que me impedía respirar. Me puse lívida y, provocando violentos aspavientos con las manos en la garganta, el hombre de mis sueños comprendió que algo me estaba ahogando. Sin pensarlo dos veces, se puso detrás de mí rodeándome con los brazos, cerró el puño de una mano y, tras realizar una brusca presión en mis pulmones, expulsé el cuerpo que me obstruía a tanta velocidad y con tan mala fortuna que fue a dar al ojo de la esmirriada novia de dios.

Después de disculparme con todo quisqui y mirar de soslayo a

todos mis ex calmando a sus féminas (el número uno exigiendo hielo a voces mientras apretaba el desanimado ojo de la damnificada; el número dos abrazando a la del pelo negro porque seguramente se había impresionado por algo por primera vez en su vida y el sin número calmando a la histérica de su carcelera tras haberme reconocido), me dispuse a recoger del suelo el extraño cuerpo que había estado a punto de acabar conmigo y casi se me escapa una carcajada al comprobar que era un carísimo, triste y solitario percebe.

No sé si fue porque noté que de repente la gente me evitaba y empecé a desear que el percebe se hubiera quedado a vivir conmigo, pero corrí hacia los elegantes aseos y me encerré en uno de sus lavabos. Me senté sobre la tapa del váter, apoyé los codos en las piernas y escondí la cabeza entre los brazos. Estuve en esta postura durante largo rato buscando una vía de escape que no encontraba.

Mi madre, tras lanzarme una mirada de esas de amor incondicional, cogió un folio y escribió:

Queridos contrayentes e invitados:

Ruego disculpen la repentina ausencia de mi hija en este maravilloso enlace, pero ha sufrido un inesperado contratiempo que la ha obligado a salir precipitadamente hacia el desierto de los Monegros sin poder despedirse de nadie.

Sin mayor dilación, les reitero sus más sinceras disculpas y les traslado que les desea toda la prosperidad que sin duda merecen los novios y, por extensión, todos ustedes.

Madre de la invitada número uno
que casi hace perder un ojo
a la decaída novia de dios

Me incorporé un poco más calmada y en el preciso momento en

el que iba a salir de mi escondite oí que entraba alguien hablando por teléfono.

—¿Hola? Sí, sí, soy yo. Sí, sigo en la boda. Todavía estamos en el aperitivo. No, no nos hemos sentado a la mesa aún. ¿Y qué quieres que haga? Pues no sé, supongo que tenemos para cuatro o cinco horas con el baile después del banquete y todo eso. No, todavía no me ha pagado. Sí, ya me ha dicho que me abonaría un servicio completo porque esto se está alargando más de lo que él había contratado. Sí, le he explicado que tenemos un servicio de tarifa plana para todo un fin de semana. Sí, al principio era bastante aburrido, pero de pronto una pirada ha lanzado un percebe al ojo de una tía… Que sí, que no te miento, te lo juro, ja, ja, ja. Dicen que ha sido por celos o yo qué sé. Estas tías de cincuenta están como regaderas, ja, ja, ja. Con lo fácil que es dominar a los tíos y sacárselo todo cuando todavía son jóvenes. Sí, eso, montan unos números… Sí, cuando ya nadie les hace caso. Están hechas una mierda porque no paran de currar, dicen, ja, ja, ja. Ya, la libertad y la independencia, ya… ¿Tú conoces a alguien más independiente que yo? ¡Claro! ¡Pues eso! ¿Y has visto lo buena que estoy? Eso es…, que una no se tiene que enamorar en la vida y ya está. Usar y tirar. Sí, sí…

No pude evitar descorrer el pestillo sin hacer ruido y miré por la rendija. Era la formidable morena que acompañaba (nunca mejor dicho) a mi exmarido número dos. Estuve un rato dándole vueltas a la situación y decidí salir. Ella me vio y se quedó sin habla.

—Hola, ¿qué tal? —La saludé sonriendo mientras abría el grifo para lavarme las manos.

—Después te llamo. —Cortó la conversación con su interlocutor y dejó el móvil en su bolso—. Hola —me respondió desviando la mirada.

—Mira, he escuchado sin querer la conversación que sostenías hace un momento y se me ha ocurrido una idea.

Ella me miraba con perplejidad.

—¿Cuál? —balbuceó.

—Bueno, no voy a dar rodeos ni intentar parecer una cincuentona cabreada, pero la cosa es que tú eres una puta, ¿no?

—¡No! ¡Qué va! Soy una *escort* —contestó muy contrariada—. Y de lujo, ¿eh?

—Sí, eso. Pues resulta que el señor que te ha contratado esta noche para hacerle compañía es mi exmarido.

—Ay, yo lo siento por ti, pero es que este no es realmente mi problema y… —dijo mientras hacía un ademán de irse.

—No, quédate a escuchar lo que te voy a proponer —la interrumpí—. Ya verás cómo te interesa.

Ella se mesó la extraordinaria melena y después cruzó los brazos.

—A ver, dime.

—Este tío fue un auténtico hijo de puta conmigo. En el último año de nuestro matrimonio me destrozó el corazón al engañarme repetidas veces y pasarme un virus de papiloma que se transformó en un carcinoma del que me tuvieron que operar *in extremis*.

—Joder, si ya digo yo que hay que utilizar preservativo siempre —me interrumpió murmurando para sí.

—Lo abandoné pese a estar enamorada hasta los huesos —seguí —. Cuando me había recobrado un poco, resulta que descubrí que mientras estábamos casados había organizado varios pufos en los que aparecía mi nombre y tuve que defenderme ante la justicia. —Cogí aliento—. Tuve que hacerme cargo de algunas de sus deudas. Se lo había gastado todo en lo que ya te puedes imaginar.

Ella se iba mordiendo el labio mientras me escuchaba.

—Ahora, tras este breve resumen, y aprovechando que tú ya te has enterado de que estoy pirada y que yo ya sé que las dos estamos de acuerdo en tener esta mala costumbre de trabajar para ser independientes, me gustaría plantearte mi oferta.

Abrió ostensiblemente los ojos.

—Te doblo lo que te pague ese señor para largarnos de aquí juntas.

—¿Qué?

—Sí. Salimos de aquí abrazadas como una pareja enamoradísima

y atravesamos el jardín con la máxima naturalidad, pero, eso sí, me tocas el culo cuando pasemos por delante de mi ex. Y cuando por fin lleguemos a lo alto de la escalinata y nos pueda ver todo el mundo, me das el mejor morreo que tengas en tu inventario.

—¿Me pagas el doble solo por esos minutos?

—Por adelantado.

—Hecho.

Salimos amorosamente abrazadas y, tal y como había planeado, todo el mundo se fue girando. Ella, una auténtica profesional de lo suyo, me iba acariciando el pelo mirándome como una gata en celo; yo sonreía disfrutando de lo lindo. No sé si adivinó que en ese jardín había más de un ex, pero me rozó el culo con sus preciosas manos en varias ocasiones. Nos despedimos de los novios y cuando encontré a mi amigo le susurré al oído.

—Te llamo mañana y te lo cuento.

Aproveché ese instante para girarme y buscar con los ojos a mi segundo exmarido. Estaba en un rincón muy bien iluminado donde se advertía con todo detalle la perplejidad y furia con la que nos miraba.

Seguimos juntas hasta lo alto de la escalinata y, una vez allí, ella se detuvo, me miró intensamente y, cuando se cercioró de que nuestro público atendía deseoso el desenlace, cogió mi rostro y me dio tal beso que me erizó la piel.

(«Mamá, creo que por fin me he convertido en lesbiana», le dije por dentro mientras ella dejaba el piano y soltaba una colosal carcajada).

Nos despedimos victoriosas. La *escort* me abrazó y yo me solté deseándole mucha suerte.

—Por cierto, hay algo que debo advertirte —me dijo preocupada —. Deberías pedir cita a tu dentista, no sé qué tienes por ahí dentro que me ha hecho un corte en la lengua.

—Lo haré —respondí sin dar ninguna explicación mientras acariciaba el percebe que me había guardado en el bolsillo.

—¿Estás segura de que no quieres que pasemos juntas unas

horas más por el mismo precio?

Negué con la cabeza y me subí a un taxi sonriendo, admirando su belleza por última vez.

Cuando entré en el hotel y percibí la mirada decepcionada del recepcionista, me arrepentí al momento de mi aburrido instinto de supervivencia.

Miro por la ventana. El estepario paisaje del desierto de los Monegros es sobrecogedor. El tiempo parece detenido en este inmenso mar de caliza y yeso. A veces, lo único que necesitamos para tomar el pulso a la vida es un poco de silencio.

Un año y once meses y medio después del maldito divorcio

Si todo esto fuera una obra de teatro, me gustaría ser el telón.

O el señor que apaga los focos.

O la palabra que dice fin.

Dos años

Nada.

Enero

Ya sé lo que nos ocurre a algunos. Que la cosa es que somos salvajes.

Pero eso no es lo más grave. El verdadero contratiempo es que solo atraemos y nos sentimos atraídos por nuestros iguales.

Y, entonces, con tanto indomable suelto, ya me dirás tú cómo lo hacemos para que la parte domesticada del planeta nos deje en paz.

Y así nos va. Intentando disimular y haciendo ver que queremos lo que quieren los demás.

Febrero

No sé si llamarlo serenidad, quietud o muerte súbita, pero mis días pasan con tanta placidez que no me reconozco.

Creo que estoy casi a punto de aceptar la evidencia. Que sí. Que ya está. Mi guion no va a ser el de los buenos cuentos. Me he convertido en la protagonista de una novela en la que ya no pasa nada. De aquellas que se escriben por razones ajenas a tener verdaderamente algo que decir. Que describen y describen y se pierden en lo descrito. Historias que uno empieza a leer y deja a medias porque aburren. Sin índice ni sinopsis que ayuden a sobrellevarlas.

Pues eso. Soy como un buen argumento caído en el olvido. Igualita a un fuego artificial. A aquellos que parece que se desmayan. A un petardo. O a una petarda. Qué más da.

La mayor parte del tiempo estoy con Perra. Hablo con ella, la paseo, la llevo de viaje, la alimento, cojo cita en el veterinario, le compro huesos y hago todo lo necesario para que mueva la cola y me muestre cariño. Sí, sé que, para variar, me he puesto un objetivo muy fácil, ya que seguramente no hay un ser vivo más encantado de estar en este planeta que Perra.

Cuando Perra llegó a mi vida, mis amigas se pusieron supercontentas. «¡Por fin has hecho algo inteligente! ¿Tú sabes lo que se liga con un perro?».

Resulta curioso el alto grado de aceptación que obtuvo Perra como animal de compañía y la mueca de rechazo que se les ponía casi siempre que les presentaba al último hombre (a veces de

compañía, a veces un pedazo de animal) que había decidido echarme encima.

La verdad es que cuando un perro llega a tu vida nace un mundo; toda tu cotidianidad cambia sustancialmente, pero nada comparable a lo que sucede en tu propio barrio. Vivo en Tres Torres, que, para quien no lo conozca, es lo más parecido a vivir en mis queridos Monegros: una zona residencial de Barcelona donde imperan el silencio, la soledad, los pájaros y la aparición de algún atracador muy de vez en cuando. Sin embargo, cuando empecé a sacar a Perra, las despobladas aceras se convirtieron en una especie de decorado de opereta donde los personajes sonreían, se agachaban, la tocaban.

«¡Holaaa! ¿Cómo se llama? ¡Qué monaaa!». En cada paseo, intimidada y sobrepasada por la energía de mi cachorra, apenas lograba balbucear un insípido «gracias».

Ahora, pasados esos meses en los que compartíamos rebeldías, las dos somos mucho más estoicas. Paseamos tranquilas mirando al frente y, cuando nos encontramos con algún ser, perruno o no, ella alza la cabeza, cruzamos miradas y, acordando a la vez que no nos interesa, seguimos nuestro camino.

Liberaciones

Ya no consigo recordar la cifra exacta de días que han transcurrido desde que me divorcié. Tampoco me acuerdo con nitidez del número de pliegues que se formaban bajo sus ojos verdes cuando se reía; ni en qué preciso lugar de la frente se hinchaba su vena cuando algo lo contrariaba; ni de la nítida sensación que me producía acariciar su rostro después del afeitado; ni siquiera de aquel calor tan adictivo que desprendían sus besos o abrazos.

Alguien diría que eso significa que ya estoy mejor.

No es que sea una cínica a tiempo completo, pero he de confesar que en mi peor época, cuando me explicaban que en unos dos años me olvidaría de las cosas y se licuaría el dolor, no me lo creía ni por asomo. Y la verdad es que es verdad.

Entre putos psicólogos, amigas de las buenas y refraneros populares, se han cumplido todas las expectativas con nota. Ni Nostradamus lo habría pronosticado con tanto detalle y exactitud. ¡Dos años! Pues sí. Quizá un poquito más para las sentimentales como yo.

Empiezo a sentir una paz extraordinaria. Después de tanta ansiedad sufrida por recobrar algo que había perdido y estrellarme tras cada intento, hoy estoy tranquila. Casi me atrevería a afirmar que en muchos instantes me siento feliz.

Voy aprendiendo a escuchar.

Humo

Es lo mismo. Igualito que cuando dejé de fumar. Lo mismo de lo mismo.

Hay un momento en que ya no te acuerdas de por qué lo hacías. Ahora te asombras de que pudieras estar enganchada a algo de esa manera. Nunca lo reconocías: «Fumo muy poco, solo cuando salgo, y lo tengo controlado», decías convencida de que era verdad (y si te quedabas una noche en casa sin tabaco eras capaz de salir en pijama a comprar una cajetilla, aunque nevara por primera vez en un lustro).

Pues lo mismo con lo de tener pareja. La tienes por primera vez porque ya toca, porque estás en un verano que cumples años y te emocionas al pensar que por fin vas a protagonizar la peli que llevas esperando con tanto anhelo. Y de repente hace «chas» y aparece a tu lado: es ese rubio tan atractivo, el de la Ossa Phantom, el que se hace un poco el chulillo y se parece a Paul Newman (que tanto le

gusta a mamá), y te pide bailar un lento y crees que ya te has enamorado, y te lleva a casa y te da tu primer beso sin lengua y te mareas. Como con el primer cigarro. Y ya vas insistiendo con el tiempo hasta que te sienta mejor. Y ahí te enganchas. Al amor. Y ya no te puedes quedar sin él porque te desesperas. Y fantaseas de aquí a la eternidad. Y fumas. Y follas. Da igual si te vas dando cuenta de que algo no va bien, de que algo te sienta mal. Estás enganchada.

Y fumas porque todo el mundo lo hace. Y tu corteza cerebral se reblandece y va cambiando de forma después de una serie de procesos neurobiológicos que son el resultado de imitar lo que hacen los demás. Y a los quince años tu conciencia pertenece a ese colectivo al que perteneces por suerte o simplemente porque tus padres se han comprado un chalé en la sierra. Y todavía no ha salido lo de que fumar perjudica tu salud. Y tampoco lo de que algunas relaciones son tóxicas.

Un día dejé de fumar por hipnosis.

La tristeza por estar sola, se ve que también.

Primavera

En la esquina de mi casa hemos topado con un joven y precioso labrador de color chocolate cuyo maduro y atractivo dueño color cano casi me hace caer de bruces por la emoción de Perra al tirar de la correa y, por qué no admitirlo, por la mía también.

Sin mediar palabra entre el humano y yo, Perra se ha puesto a olisquear de forma exhaustiva las partes del chucho y al parecer ha quedado tan contenta con el resultado que se ha tirado al suelo bocarriba aullando y abriendo sus patas con tal impudicia que no he sabido cómo reaccionar (mucho entrenador y mucha lectura canina, pero en ningún sitio explican cómo enseñar a tu perra la enorme diferencia que hay entre ser simpática o un auténtico zorrón).

Sonrojada, he buscado los ojos del tipo y él me ha devuelto una mirada inundada de risa.

—Parece que le ha gustado tu perro —he alcanzado a decir intentando mantener la compostura y haciéndome un poco la interesante.

De repente, el labrador ha dado un giro brusco a la situación. En el momento en que Perra se ha puesto a cuatro patas, se le ha montado encima con tal furia que ella ha empezado a ladrar y gruñir como si todo el recato del mundo se le hubiera aparecido de repente.

—Lo siento —ha dicho él mientras restablecía el control de la situación tirando del collar.

—Tranquilo, está esterilizada —he dicho yo sin saber por qué.

Él me ha mirado sorprendido y su perro, curiosamente, también.

—Es precioso. ¿Cómo se llama? —He logrado preguntar para evitar un fortuito corte de suministro en este afortunado encuentro.

—Bendito —ha respondido—. ¿Y la tuya?

—Se llama Perra.

—Un buen nombre. Muy descriptivo —me ha dicho con una voz grave, pero a la vez melodiosa.

—El tuyo también. Tiene pinta de que es un buenazo.

—Lo es. ¿Cuántos años tiene la tuya?

—Dos.

—Bendito igual. Será por eso por lo que los dos tienen tantas ganas *de jugar* —ha soltado con socarronería.

—¿Tú crees que esas ganas solo se tienen en la juventud? —he preguntado intentando mostrar una inocencia deliberadamente exagerada y revelando a la vez mi sonrisa más seductora.

Han saltado chispas de sus ojos mientras se ha reído con una carcajada. Son de color gris tirando a verde oliva. Rasgados por profundas arrugas, se adivina honestidad en ellos. Los labios están armónicamente dibujados debajo de la nariz proporcionada a una cara algo alargada. Todo su rostro, tan equilibrado, augura un temperamento tranquilo y sosegado. Alto, pero no mucho, delgado,

pero no tanto, viste con buen gusto una pulcra camisa blanca y un pantalón de algodón color tabaco.

Debe de tener más o menos mi edad. Su pose, la más natural del mundo, invita a relajarse y a confiar en él. Está claro que tiene clase, pero no de esa impostada, sino de la auténtica, de la de cuna, de aquella que uno no puede evitar. Además, es un hombre muy guapo. Y como a estas alturas ya sé que los hombres bellos siempre tienden a parecerme más buenos, más sensibles, más inteligentes y más todo, mi mente se pone en alerta luchando en máxima confrontación con el apetito que sube por mi cuerpo.

—No, no creo que el deseo tenga edad —me responde.

He sonreído y he mirado sus manos. Sin anillo.

—¿Cómo te llamas?

Me ha hecho la pregunta tras observarme en silencio durante lo que me han parecido unos asfixiantes y largos minutos.

—Bruna.

—¿Bruna? No te pega mucho este nombre. Eres rubia y tienes los ojos y la piel muy claros.

—Bueno, en realidad Bruna es el diminutivo que se adoptó desde que yo era muy pequeña para acabar sustituyendo al verdadero nombre que me puso mi madre: Brunilda.

—¿Cómo la valquiria de la ópera de Wagner? —ha preguntado con entusiasmo, y yo he asentido—. ¡Qué nombre tan admirable!

Debo confesar que ahí mi corazón se ha desbocado, pero, como también reconozco que, después de tanta decepción, me he quedado sin ningún fundamento plausible, he decidido acallarlo al instante.

—¡Vaya! ¡Qué demostración tan cultural en plena calle y entre dos desconocidos! —he subrayado con ligera ironía.

—Me encanta la música clásica. Sobre todo, Wagner.

—Mi madre era pianista —he explicado con voz suave mientras por dentro de mí ha empezado a sonar una melodía tocada por ella —. A ella le fascinaba ese personaje. —Brunilda era una valquiria que desafía las órdenes de su padre, el dios Odín, y es castigada a

dormir un profundo sueño hasta poder casarse con el hombre que la despierte; pero ella, gracias a su tesón, consigue que ese hombre sea el héroe más valeroso: Sigfrido.

Me detengo para analizar su expresión y, como lo veo muy atento, continúo.

—En psicología se describe como «complejo de Brunilda» aquel que presentan las mujeres que idealizan al hombre de quien se enamoran y que lo dan absolutamente todo en esa relación.

—¿Y haces honor a tu nombre?

—Todavía no he conocido a ningún Sigfrido que valga la pena —respondo con una sonrisa burlona.

Mientras nos miramos, otra vez en silencio, los animales juegan y se van mordiendo dulcemente los cuellos, entrecruzando las correas en cada movimiento.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Pablo.

—¿Cómo Picasso? —le pregunto con una sonrisa de oreja a oreja.

Se ríe con ganas.

—¿Quieres que vayamos un día a pasear juntos a los perros? —Se me ha caído, ni sé cómo, la pregunta de la boca (definitivamente, hay un monstruo que se está haciendo fuerte en mi interior).

—Claro que sí —ha respondido, no sé si con demasiada amabilidad—. ¿Mañana te va bien?

—Sí. ¿Aquí? ¿A esta hora? —pregunto en el tono más pausado que puedo.

Los perros se dan lametazos en la nariz.

—Perfecto —dice mientras intenta separar a Bendito de Perra tirando de la correa—. A ver si nosotros también nos gustamos tanto.

Mientras yo muero, me sonríe con complicidad y se va tranquilamente.

De noche

He tomado una gominola con melatonina para poder dormir.
Mañana será otra vida.

Pablo. Un día después

Me he despertado a las cinco y media. No he logrado dormir más. Tras una meditación exprés que no he podido terminar, me he dispuesto a repasar el plan concebido antes de acostarme.

Haré dos clases en el gym: zumba a las ocho y pilates a las nueve. Ducha caliente con tres minutos de agua helada al final para mantener la piel tersa y firme. Hidratación facial y corporal en estética. Pelu a las doce con secado y manicura, también exprés. Un plátano o dos para comer (seguro que no tendré hambre). A las cuatro, probarme toda la ropa elegida mentalmente para hoy. A las cinco, mascarilla facial. A las cinco y media, maquillarme como si no llevara ni pizca de maquillaje. A las seis menos cuarto, vestirme. Y a las seis, visualizar imágenes positivas hasta la hora de la cita y alcanzar mi firme propósito: ligar.

A medida que ha ido pasando el día ha ido mejorando bastante mi aspecto, pero, cuando ha tocado el momento de probarme la ropa, se ha desatado un verdadero drama en mi vestidor. Al probarme los tejanos que siempre me habían sentado de cine, he descubierto que me quedaban como si mis muslos fueran dos jamoncitos de pollo embutidos en plástico en el congelador del Mercadona. Me los he quitado como he podido y, horrorizada, he ido a buscar la báscula, que no comprendo cómo sigue funcionando después de dos años sin usarla. Cuando he comprobado mi peso, he reaccionado de forma tan racional que he ido trasladando como una histérica la balanza de habitación en habitación esperando encontrar algún desnivel en el suelo que me obsequiara con algún kilo de menos. Nada. Se ve que las penas al final también engordan.

A las seis y veinticinco me he puesto otros vaqueros con una larga camisa blanca y un buen escote, y, como amenazaba lluvia, he cogido la gabardina más estilosa que he encontrado. Mi perra solo ha necesitado un buen cepillado, pues con ese pelazo (como tantas mujeres) no precisa nada más. Y así, cuando ha llegado la hora, arregladas y conjuntadas, hemos salido a ganar.

Ellos, impecables, estaban esperándonos en la esquina. Pablo me ha parecido un poco más nervioso que Bendito. Casi no me ha mirado cuando he dudado si saludarlo con dos besos o con un gesto, aunque, al cabo de un rato, el aire entre nosotros se ha ido destensando. Hemos andado y charlado divertidos bastante rato. He escuchado cómo los truenos se iban acercando, pero, concentrada como estaba en mi propósito, no les he hecho mucho caso. A la altura de la cruz de Pedralbes ha empezado a diluviar y los cuatro nos hemos puesto a correr. Al principio, yo he intentado hacerlo con estilo, pero, visto el aguacero, he desistido y he corrido como siempre: de pena y a punto del infarto.

Hemos llegado al portal de mi casa en un estado tan lamentable que mi perra parecía un chucho abandonado, y yo, una mujer de pelo encrespado y rímel corrido a la que irremediablemente iban a abandonar. Ellos, sin duda por su condición de pijos de toda la vida, estaban perfectos, como si algo tan tonto como un mero chaparrón no pudiera cambiar su aspecto.

—¡Qué horror! ¡Qué pinta debo de tener! —he exclamado del modo más femenino que he podido.

—Estás realmente preciosa, Brunilda —dice en voz muy baja—. En realidad, así me gustas todavía más.

Mi perra se ha estirado en el suelo y al instante lo ha hecho el otro, como pensando, si es que los perros piensan, que la cosa iba para largo.

Como no he sabido qué responder, abrumada por la situación, me he puesto delante de la puerta, he sacado las llaves del bolso y he girado mi rostro desdibujado por el agua para decirle adiós. Se ha acercado despacio, ha cogido la mano que me quedaba vacía y, tras

adueñarse de mi mirada, me ha besado con suavidad en los labios.

Sé que ha sido en ese instante cuando ha sucedido. En el momento en que menos lo esperaba ha vuelto a aparecer. A pesar de la tormenta, del rugido de los truenos y el ruido de las gotas de agua rompiendo en el suelo, he oído perfectamente cómo me recorría por dentro. De la boca, todo recto al corazón, una vuelta rápida por el estómago, parada técnica en algún lugar debajo de él y vía libre a cualquier rincón. Cierro los ojos y lo siento conquistando todos mis huecos. Inasequible al desaliento, se sigue sabiendo el camino.

Amor: 1 / Hipnosis: 0

Pablo. Dos días después

Hoy hace un día feliz.

Pablo. Tres días después

¿Por qué hay cosas que nos parecen tan difíciles de realizar cuando las pensamos y otras mucho más complicadas *a priori* las hacemos como si nada? ¿Por qué la rutina pasa con tan poca importancia y en cambio saboreamos cada segundo del presente cuando algo nos interesa de veras? ¿Por qué nuestra farragosa vida se convierte en la más maravillosa de las existencias cuando un solo ser aparece y puebla toda tu alma? ¿Ha sido el destino? ¿La suerte?

No sé, pero ahora tengo la sensación de que has llegado hasta aquí sin que yo hiciera nada. Como un regalo inesperado en un día sin señalar del calendario. Un número del mes en negro y no en rojo. Sin ningún apunte debajo ni nada que sea festivo. Un día de esos a los que llamamos «cualquiera».

Que te haya estado aguardando tanto tiempo no significa que te

reconozca a la primera cuando irrumpes de golpe. Ni el sueño más ambicioso ha alcanzado a imaginar nunca lo que me está pasando. Es algo tan impensado que siento que alguien ha ocupado mi cuerpo y en realidad no soy yo quien lo está viviendo.

¿Te puedes volver a enamorar como en realidad nunca lo habías hecho?

¿En un día de esos a los que llamamos «cualquiera»?

¿En un número en negro?

Pablo. Cuatro días después

Antes de ti ya me estaba acostumbrando a pensar con indolencia. La gente de alrededor me iba aislando en el convencimiento de que cada minuto que pasaba me quedaban menos probabilidades.

«Para una mujer de tu edad va a ser muy difícil encontrar a alguien».

«No hay hombres sin pareja o, si los hay, son un desastre».

«Mira que quedaba este, que estaba bien, pero se ha muerto de golpe».

Cada vez oía más fuerte el tictac en mis oídos, ganándome sin tregua. La realidad iba superando a lo que parecía ser ya ciencia ficción. Los placeres venideros yacían tranquilos en el ensueño y yo me iba dejando llevar por la inercia.

El paso del tiempo me estaba volviendo holgazana. Me inundaba la apatía solo de pensar en conocer a alguien de nuevo. Evocar otra vez toda mi vida al contársela al otro: «Vuelve a empezar, por favor». Recontar los recuerdos escogidos y seguir silenciando los que nunca se podrán pronunciar, o peor, escuchar el largo pasado del otro, intuyendo mentiras y exageraciones tan parecidas a las tuyas propias. Volver a la casilla de salida. Primero con esa ilusión intacta, sabiendo que la decepción llegará un tiempo después.

Y de repente apareces.
Pero con otra forma. (Nunca vista).

Pablo. Cinco días después

Contigo soy otra. Alguien infinitamente mejor. Vivo un sentimiento inédito. Soy una recién nacida. Con la piel traslúcida y la mirada limpia. Una cría que lo aprende todo por primera vez. Huelo a bebé.

Hoy el pasado suena a canción desafinada, a mirada estrábica (aquella que se hace de reojo y a deshora), a quiero y no puedo, a vida excarcelaria. Los recuerdos van bien atados y el corazón se distancia. Las pronunciadas y caducas promesas de amor suenan amortiguadas. Anestesiadas por las que estoy susurrando ahora por dentro.

El miedo a volver a sufrir casi no se oye; es imperceptible, como si viniera de muy lejos y escogiera llamar a la hora de la siesta.

Pablo. Seis días después

Hay sentimientos que aparecen como vestidos de verano.

Son aquellos que necesitan salir de verbena y no parar por casa. Exhibir su parte desnuda y bronceada. Bailar toda la noche y soñar durante el día. Que exigen unas palmas para cantarse. Que se ríen siempre y no dejan dormir a nadie.

Otros entran de puntillas, sin hacer ruido. Son tan cándidos que necesitan fuego y manta para no pasar frío. Son más de invierno. Más de quedarse en ti. Y no contar a nadie.

Pablo. Una semana después

He llegado antes. Que tú.

Estaba tan nerviosa que me he olvidado de mirar la hora y, si la he mirado, tampoco me acuerdo.

Ahora la miro y me duele comprobar que todavía faltan cinco minutos.

Para la hora.

Los minutos parecen pasos de esos que se dan en la luna.

O en el desierto bajo una tormenta de arena. De tortuga. De caracol. Mis segundos andan igual. De lentos.

Pienso en frases cortas. Respiro también corto mientras escribo con muchos puntos. Punto y aparte.

Hago ver que leo la carta. Sin gafas todo está borroso. Aunque me la sé de memoria.

Es uno de mis bares preferidos de Barcelona. Quiero enseñarte todas mis cosas. Las preferidas y las que no. No sé si pedir un vino o esperar.

Rectifico la pose varias veces mientras ensayo la más natural de todas. La ansiedad amenaza con dibujarme una sonrisa tan perturbadoramente artificiosa que temo que cuando llegues te des la vuelta.

Me pido un vino.

Entras.

—Hola, Brunilda.

Me mareo. ¿O es vértigo?

—¡Qué sitio tan mágico! —Sonríe—. Es como tú.

¿Por aquí no tendrán algún remedio rápido para que se me vayan estas ganas de morderte la nariz?

—Gracias. ¿Crees que debo contestarte que eso se lo dirás a todas?

—No.

Me río y alzo los hombros con coquetería. ¡Es tan difícil disimular la alegría cuando la risa se te escapa por tantos lados!

—Qué bien se está contigo, niña.
—Qué bien se está contigo, niño.
—Copiona.
—Ídem.
—Fea.
—Feo.
—Tonta.
—Tonto.
—Te quiero.

Sonrío y lo miro. Dejo que pase un minuto. De los lentos. De los de caracol o de arena. De esos. Sus ojos están brillantes. Supongo que los míos brillarán igual. ¿Es demasiado pronto para querer a alguien? ¿Y para decírselo? ¿Es demasiado tarde para sentir este bullicio entre mi corazón y mi garganta? ¿Es de locos estar disfrutando con todo esto? ¿O el auténtico peligro es no estar loca de atar? ¿Lo digo? Ya sé desde hace un minuto que lo voy a decir. He contado hasta sesenta. Más que suficiente. ¿Cuándo voy a hacer algo que se considere apropiado?

—Te quiero.

Pablo. Ocho días después.

(Mi madre está tocando el *Concierto n.º 3* de Rajmáninov).

Día y noche.

Sin parar.

Pablo

Esta vez no te he inventado.

Cuando ha desaparecido la necesidad del enamoramiento contrarreloj, has aparecido tú. No eres rana ni príncipe. Ni yo te voy

a cambiar ni tú me vas a salvar.

No eres un espejismo de todo lo que desearía que fueras; al contrario, voy a disfrutar mientras te desnudas. Estoy lúcida. He borrado de cualquier viejo desencanto mi áspera mirada.

Te quiero ver como eres.

No puedo mentir y disimular que estoy a tu favor (y quiero que ganes, que ganemos esta partida); pero voy a huir de romanticismos y de cualquier idealización desaforada. Voy a jugar a ti. Contigo.

Doy por hecho que no mientes al explicarme con tanta minuciosidad lo que esperas de la vida. Me atrapas cuando siento que siempre he esperado lo mismo que tú.

Eres, sin embargo, tan diferente a mí… Tu serenidad y tu dulzura me invitan a explicarte, en estas largas noches en las que permanecemos despiertos, mi remolino de ideas sin ningún nerviosismo. Me escuchas, siempre sonriendo y mientras vas asintiendo con tu bella mirada. Me coges la mano o me acaricias un brazo cuando te cuento algún capítulo doloroso. No temo que te parezca exagerado ni victimista. Tú sabes muy bien lo que duele eso cuando te pasa. No quiero disimularme. Ni parecer otra cosa.

Tú hablas distinto, de otra manera, más analítica o más reflexiva, de tus hechos. Me encanta el tono de tu voz, tan suave y a la vez un poco ronco mientras me miras a los ojos. Me abrazo a la almohada y me tapo con la sábana de lino cuando te escucho. Eres maravillosamente inteligente. Lo sé por tu sentido del humor. Por cómo te ríes. Por cómo me haces reír.

También eres valiente (¿qué más puedo pedir?). Hablas de tus sentimientos sin vergüenza. No pasas de puntillas ni tampoco corriendo por los episodios más delicados. Apaciguas mis dudas cuando de repente se escapan y las recoges con ternura.

Son noches largas de palabras dichas en voz baja y otras susurradas al oído; de intimidad en la penumbra; de sudores compartidos; de sorpresas y deseos.

Nos hacemos amigos y amantes al mismo tiempo.

Tres años y diecisiete días después de caer al suelo

Hemos empezado el día como si fuera cualquier otro.

Y ayer a las doce empezamos el año igual. No tomamos las uvas. No nos dio tiempo. Seguramente estaríamos haciendo el amor cuando sonaron las campanadas. ¡Qué más da! La suerte no tiene nada que ver con todo esto. Tampoco sé si hay destino o si siempre recoges lo que has sembrado. Ni siquiera sé si la inspiración te ha de pillar trabajando.

Hoy siento que todo esto es mucho más sencillo de lo que parece y que sin amor no vale la pena casi nada (o lo que es nada de nada). Y no sé por qué nos complicamos. Y lo que es todavía peor: no sé por qué coño nos cabreamos mientras nos complicamos.

Muchas veces tu vida no va al compás de la de alguien con quien te gustaría bailar.

Y la música se para. Y la fiesta también. Y un camarero recoge las copas mientras todavía no has decidido qué te apetecería pedir. Y otro se lleva las sillas. Y van a cerrar. Y de repente todo termina y tú te preguntas por qué no te gustará bailar sola.

Cuando aparece alguien con el mismo ritmo y las mismas ganas que tú, no puedes esperar a que se monte otra fiesta, otra orquesta, otra pista de baile para que todo cuadre y sea perfecto.

Bailas.

Donde y como sea.

Y sí.

Y ya está.

AGRADECIMIENTOS

A todas aquellas personas que me animasteis a intentarlo. En especial, a Cali, Emilio, Inés, Cirus, Maite, Jon y Miquel por convencerme de que este momento llegaría algún día.

A Sergi, por hacerme la mujer más feliz del mundo con tres palabras.

A mis amigas sin número. Las que estáis.

A mis ex, maridos o no, que formáis un grupo tan inspirador como variopinto. Sin vuestra valiosa aportación yo no habría sido posible.

A mi hijo, por hacerme sentir ese amor sin condiciones.

Y a mi madre, esté donde esté, por enseñarme a escribir un buen final.



ANA BOVER VIÑALS Nació en Girona en el siglo pasado bajo el signo de Virgo y con Leo ocupando la casa I. Tal vez por ello lleva más de cincuenta años intentando sin resultado ser perfecta y a la vez caer bien a todo dios. Se licenció en Historia del Arte, aunque todavía no se ha licenciado en su propia historia, que no por ser más banal resulta menos entretenida. Desde joven sufre la enfermedad autoinmune del miedo a la soledad y, mientras espera a que inventen la vacuna algún día, ha descubierto que lo mejor a estas alturas es largarse con su perra a escribir en su refugio de la Provenza. Se gana la libertad con sus negocios de moda y se podría afirmar que hasta hoy le ha salido bastante bien. Esta es su primera y única novela, no atesora ningún premio, ni literario ni de la lotería, pero, si alguien le preguntara, tal vez se pediría un busto en alguna plaza olvidada de su ciudad natal como homenaje a la perseverancia. La autora opina que resumirse la vida en unos cuantos renglones no deja de ser una auténtica putada.